

Tray Mocha

Revista Semanal



Nº. 901

Luisa Bertana

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

Actualidades Cinematograficas



Lon Chaney, el famoso actor de las mil caras, protagonista de "Rie, payaso, rie", que la Metro-Goldwyn-Mayer comienza a exhibir.



Charles Morton, Barry Norton (argentino), Nancy Dresser y Janet Gaynor, protagonistas de "Los cuatro diablos" de Murnan, próxima extraordinaria de la Fox Film.



Reginald Denny y Loraine Du Val en "Su día de suerte", que la Universal estrenará hoy.



Laura La Plante y Jane La Verne en una escena de la superproducción "Bohemios", adaptación de la famosa novela Show Boat, de Edna Ferber



Joseph Schildkraut y Otis Harlan en otra escena de la misma película que la Universal estrenará el próximo mes de agosto.



Dos escenas de "Las tres pasiones", producción de Rex Ingram, con su esposa Alice Terry e Ivan Petrovich como protagonistas, que Artistas Unidos ha comenzado a exhibir.



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, julio 30 de 1929

No. 901



SUMARIO

COLABORACION LITERARIA

LA MARCA DE LA BESTIA, por Rudyard Kipling	4 a 6
TEDIUM VITAE, poesía por Francisco Villacpesa	4
SAN JULIAN, poesía por Valentín Méndez Calzada	6
EL PAÑUELO AZUL, poesía por Antonio R. Zúñiga	7
EL PEREGRINO, por Benigno Varela	8
"PIEDRAS ROTAS", por Carlos F. Melo	8
LA MUJERCITA, por Pedro Mata	9 y 10
NO LO DIGAS PADRE, poesía por Andrés de Salas	10
EL SISTEMA DEL DOCTOR JERKINS, por Antonio Zozaya	11 y 12
LA MAÑANA EN LA SIERRA, poesía por Miguel de Castro	12
LOS HIJOS ESPIRITUALES, por Miguel de Unamuno	13 y 14
LA HORA ROMANTICA, poesía por José Montero	13
EL DIJUNTO, por B. González Arrili	14
ILUSION, por Mauricio Level	15
LAS CREENCIAS FATALES, por Julio Aramburu	16
PENSAMIENTOS, por Francisco González Díaz	16
LAS TIERRAS EXTRAÑAS. EL MISTERIOSO TIBET, por Luis de Viera	17
MENSAJE LIRICO, poesía por Ovidio Fernández Ríos	17
DEL RETABLO DE LAS NOVIAS, poesía, por Francisco A. Pagano	18
KID, por R. H. Davis	27 a 31
FRASES POPULARES, por Lope Barrón	28
LA CIERVA Y LA VIÑA, poesía por Samaniego	30
SOBRE EL VOLGA	32
LAS DOS IMAGENES, por Andrés Romane	32
RAMON Y GENEROSA, por Clotilde C. Buceta	33 a 35
¡QUIEN FUERA HEMBRA!, poesía por José Jackson Veyán	33
PEQUEÑAS HISTORIAS, por Stacey Blake	34
LA BACANTE, poesía por Julio C. Viale Paz	35
UN MUSEO ORIGINAL	36
SI TU NO ME HABLAS, por Rabindranath Tagore	36
LA SEMANA MEDICA	37
LAS ESTRELLAS, EL SECRETO de la VIDA y el SO- PLO DIVINO, por F. de Casas Gancedo	38
AMOR ES TODO, poesía por G. Perkins Hidalgo	38
LOS EXCITANTES EN LOS CABALLOS DE CARRERA COMO HICIERON SU FORTUNA LOS INDIANOS FRAN- CESES	39*
ENTRETENIMIENTOS	40
COSTUMBRES DEL ORANGUTAN EN CAUTIVIDAD	40
PAPEL Y TINTA	41
TEATROS	42

Información Gráfica

NOTAS DE ACTUALIDAD — VIDA SOCIAL — NO.
VEDADES CINEMATOGRAFICAS — MODAS
FEMENINAS — ETC. ETC.



Hay quien sostiene que al Este del canal de Suez cesa el dominio directo de la Providencia; allí el hombre pasa a poder de los dioses y demonios del Asia, ejercitando la Providencia de la Iglesia Anglicana una supervisión modificada y ocasional cuando se trata de ingleses.

Esta teoría sirve para explicar algunos de los más innecesarios horrores de la vida en la India; acaso explique también la historia que voy a relatar. Mi amigo Strickland, miembro del servicio policíaco, que sabe tanto de los naturales de la India como es conveniente saber, puede prestar testimonio de los hechos ocurridos. Nuestro médico, Dumoise, también vió lo que vimos Strickland y yo.

Cuando Fleete vino a la India era dueño de un poco de dinero y algunas tierras en el Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharmasala. Uno y otras se las dejó un tío suyo, y su viaje tenía por objeto poner en explotación las segundas. Era un hombre grandote fornido, de maneras afables e inofensivo.

Bajó de su vivienda en las montañas con el fin de pasar el Año Nuevo en la factoría y se hospedó con Strickland. La víspera de Año Nuevo se celebró una regia comida en el club.

Media docena de plantadores vinieron del sur y contaban mil mentiras.

Era una noche muy húmeda y recuerdo que cantamos *Auld Lang Syne* con los pies en la Copa del Campeonato del Polo y la cabeza en las estrellas y juramos que todos éramos amigos.

Fleete comenzó la noche con jerez y bitters, bebió champaña sin interrupción hasta los postres, después áspero Capri, que tiene la fuerza del whiskey, tomó benedictino con el café.

Por consiguiente, cuando salió a las tres y media de la mañana, con catorce grados de frío no es extraño que se encolerizara con su caballo, porque éste tosiera, en tanto que pretendía saltar a la silla. El animal, desatado, se le escapó y huyó a su establo, con lo que Strickland y yo integramos acto continuo una guardia de deshonra para conducir a Fleete a casa.

El camino, a seguir atravesaba el bazar, cruzando por frente a un templete de Hanuman, el diosmono, que es como divinidad sobresaliente, digno del mayor respeto.

Había luz en el templo y al pasar llegó a nuestros oídos el sonido de voces que entonaban himnos. En los templos indígenas los sacerdotes se levantan a todas horas de la noche para honrar a su deidad. Antes de que nos fuera posible detener a Fleete, ya había éste subido las escaleras, saludando a dos de los sacerdotes con palmaditas en la espalda y restregaba la ceniza de su cabo contra la frente de la imagen de piedra

La marca de la bestia

Por Rudyard Kipling

roja que representaba a Hanuman. Strickland quiso llevárselo a rastras, pero nuestro amigo se sentó y dijo solemnemente:

—Miren... La marca de la b... b... bestia! Yo se la hice. Qué linda... ¿verdad?

En medio minuto el templo estaba en movimiento y Strickland, que, sabía lo que significaba profanar a los dioses, dijo que iba a pasar algo. El, por virtud de su cargo oficial, su larga residencia en el país y su afición a andar

Hombre de Plata se escurrió veloz por bajo nuestros brazos haciendo un ruido exactamente como el maullido de una nutria, cogió a Fleete por la cintura y dejó caer su cabeza sobre el pecho de nuestro amigo antes de que pudiéramos arrebatárselo y llevárnoslo. A continuación se retiró a una esquina donde se sentó maullando mientras la turba obstruía todas las puertas.

Los sacerdotes daban señales de tremenda cólera hasta que el Hom-

TEDIUM VITAE

Soné con un amor grande, infinito como la vida y como el tiempo eterno; más que llama exterior, calor interno, y más que ansia carnal, celeste rito!...

Amor sin arrebatos y sin fiebre, inquebrantable, armónico y constante: ¡tallado por el más divino orfebre en las luces del más puro diamante!...

El mundo fué para mi amor pequeño, y mi sueño ascendió, como una aurora, hacia el azul, para buscar su dueño... Mas ¡ay, que pronto fracasó en su empeño!... Como un milano sobre una paloma cayó la realidad sobre mi ensueño!...

Ansia de idealidad, tu afán fué vano!... Soné elevarme... Y desperté en las áridas inmundicias de fétido pantano, devorado por todas las cantáridas que lubrican el deseo humano!...

Paloma de pureza, sueño mío, ¿qué resta de tu puro ensoñamiento?... Blancas plumas dispersas en el viento y unas gotas de sangre en el vacío; ¡en mi alma el pico del remordimiento y en mi carne las garras del hastío!

Francisco VILLAESPEA.

entre los naturales, era conocido de los sacerdotes y se sentía poco dichoso. Fleete, sentado en el suelo, se negaba a moverse. Afirmaba que el "bueno de Hanuman" le resultaba espléndida almohada.

Entonces, sin previo aviso, un Hombre de Plata salió de detrás de la imagen. Estaba absolutamente desnudo en medio de aquella cortante atmósfera helada y su cuerpo brillaba como plata un poco deslustrada, pues era lo que llama la Biblia, "un leproso blanco como la nieve." Tampoco tenía cara porque su enfermedad databa de tres años atrás. Nos inclinábamos para levantar a Fleete y el templo se llenaba de gente que parecía sargir de la tierra cuando el

bre de Plata hubo tocado a Fleete. Su hociqueo pareció calmarlos.

Al cabo de cortos minutos de silencio, uno de los sacerdotes se acercó a Strickland y le dijo en perfecto inglés: "Llévaos a vuestro amigo. Si ha terminado ya con Hanuman, pero Hanuman no ha terminado aún con él." La turba se hizo a un lado y logramos sacar a Fleete a la calle.

Strickland estaba furioso. Decía que podíamos haber sido acuchillados y que Fleete debía gracias a su buena estrella de haber escapado sano y salvo.

Avanzamos sin que Strickland pronunciara palabra hasta que Fleete fué presa de accesos de escalofríos y sudores. Afirmaba que

los olores que salían del bazar le eran insoportables y se asombraba de que permitiesen mataderos tau cerca de la residencia inglesa. "¿No oléis la sangre?", decía.

Al fin lo metimos en cama, cuando comenzaba a alborear y Strickland me invitó a tomarme otro "whiskey and soda." Mientras bebíamos, me hablaba de lo ocurrido en el templo y confesaba que se había quedado perplejo.

—Debieron habernos apaleado y no ponerse a maullar. No sé lo que pretenderán. Y no me gusta nada la cosa.

Insinué que acaso el comité de administración del templo iniciaría acción criminal contra nosotros por insultos a su religión. Había un artículo del Código Penal de la India en que caía de lleno el delito de Fleete.

Antes de marcharme eché una mirada al cuarto de Fleete y lo ví acostado sobre el costado derecho y rascándose el lado izquierdo del pecho.

A la una de la tarde volví a casa de Strickland para ver como había pasado Fleete la borrachera. Me lo encontré desayunándose y al parecer indispuesto. No estaba de buen humor, pues en el momento de mi llegada regañaba al cocinero por no haberle preparado una costilla bien a la inglesa. Un hombre que puede comer carne cruda después de una noche "húmeda" es una curiosidad. Se lo dije a Fleete y se echó a reír.

—Por aquí crían ustedes una raza extraña de mosquitos — nos dijo. Me han picado de lo lindo, pero un solo lugar.

—Veamos esas picadas — contestó Strickland. — Puede que de esta mañana acá se te hayan quitado las marcas.

Mientras preparaban las costillas Fleete se abrió la camisa y nos mostró, en el mismo de su tetilla izquierda, una marca, imagen perfecta de las rosetas negras — los cinco o seis lunares dispuestos en círculo — que pintan la piel del leopardo. Strickland las contempló un momento y observó: "Esta mañana eran levemente rosadas. Ahora se tornan negruzcas."

Fleete corrió a un espejo.

—¡Por Júpiter! — exclamó — ¡qué mal aspecto tienen! ¿Qué será?

No supimos responderle. En esto vinieron las costillas, rojas y jugosas, y Fleete devoró tres de modo asaz grosero. Comía solo con el lado derecho de la boca e inclinaba la cabeza hacia la derecha mientras arrebataba la carne del plato.

Después del almuerzo, Strickland me dijo. "No te vayas. Quédate aquí toda la noche."

Como mi casa estaba a menos de tres millas de la de Strickland esta súplica me pareció absurda. Pero Strickland insistió, e iba a

decir algo cuando Fleete nos interrumpió descaradamente que tenía hambre otra vez. Strickland mandó un hombre a mi casa a buscar mis avíos de cama y un caballo, y los tres nos dirigimos al establo de nuestro huésped para matar ahí las horas hasta que llegara la de dar un paseo a caballo.

Había cinco en la cuadra, y jamás olvidaré la escena que tuvo lugar cuando quisimos inspeccionarlos. Parecían haberse vuelto locos. Se encabritaban y chillaban y casi rompieron las amarras; andaban y temblaban y se les cubría el cuerpo de espuma y el pánico los poseía. Los caballos de Strickland lo conocían tan bien como sus perros, lo que hacía más curiosa la escena.

Salimos del establo por temor a que los nobles brutos se desesperaran de miedo. Luego Strickland dió la vuelta y me llamó.

—A nosotros no nos temen — dijo Strickland. — Creeme, daría tres meses de sueldo porque *Veloz* hablara.

Pero *Veloz* era mudo, y sólo podía acariciar a su amo e hinchar las narices, como hacen los caballos que quieren explicar algo pero no pueden. Fleete vino a buscarnos cuando estábamos junto a los pesebres y apenas lo vieron los animales recomenzó su terror. Hubimos de huir para no recibir unas cuantas coes. Strickland dijo: "Parece que no les gustas, Fleete."

—Boberías — replicó éste. — Mi yegua me seguirá como un perro.

Se le acercó; el animal se hallaba en una cuadra separada; más apenas el dueño abrió la portezuela, cuando, arrojándolo al suelo con un bruto movimiento, escapó al jardín. Yo me eché a reír, pero a Strickland pareció no divertírle la cosa.

Fleete, en lugar de dar caza a su cabalgadura, bostezó, asegurando que tenía sueño, y se fué a la casa a acostarse.

Strickland y yo nos sentamos en el establo y mi amigo preguntó si había notado algo peculiar en la manera de comportarse de Fleete. Le dije que comía como una bestia; pero que quizá esto se debiera a la vida solitaria que había llevado en las montañas.

Me parece que ni me escuchó porque su próxima frase se refería a la marca en el pecho de Fleete, y yo le respondí que tal vez hubiera sido ocasionada por alguna mosca dañina, o que acaso fuera una marca congénita que ahora se hacía visible por primera vez.

—Ahora no puedo decir lo que pienso — manifestó — porque me llamarías loco; pero si puedes, debes quedarte conmigo durante unos días. Quiero que observes a Fleete, pero no me digas lo que piensas hasta que yo haya puesto en orden mis ideas.

Anduvimos por el jardín, fumando, mas sin hablar palabra — porque éramos buenos amigos y la charla perjudica al buen tabaco — hasta que dejamos exhaustas nuestras pipas. Después fuimos a despertar a Fleete. Estaba despierto ya y se movía por el cuartel.

—Oyeme, quiero más costillas — dijo. — ¿Será fácil conseguir las?

Nos echamos a reír, diciéndole: "Vamos, múdate de ropa. Ahorita estarán dispuestos los caballos."

—Perfectamente — dijo Fleete — iré cuando haya comido las costillas. Y a la inglesa, no lo olvides.

Parecía hablar en serio. Eran las cuatro y habíamos almorzado

bres animales — dijo Strickland.

Regresamos a las siete cuando ya había oscurecido y no vimos luz alguna en el bungalow.

Mi caballo se encabritó por algo con que tropezó en la calzada de los carruajes; Fleete se puso de pie bajo sus mismas narices.

—¿Qué haces a rastras por el jardín?, interrogó Strickland.

—Nada, absolutamente nada — contestó Fleete, hablando apresuradamente y con voz pastosa. — He estado botanizando, ¿sabes? El olor de la tierra es delicioso. Creo que me voy de paseo, un paseo largo, de toda la noche.

Entonces noté que en algún lado había algo excesivamente fuera de lo normal y dije a Strick-

la cabeza a los pies. Debía haberse puesto a rodar por la tierra en el jardín. Huyó de la luz y se fué a su cuarto. Era cosa horrible mirarle a los ojos. Detrás de ellos, no en ellos, si sé explicarme, había una luz verdosa y el labio inferior le colgaba.

Strickland profirió: "Esta noche va a suceder algo grande, muy grande. No te quites la ropa de montar."

Esperamos largo rato que volviera Fleete y entretanto ordenamos servir la comida. Lo oíamos moverse por el cuarto, pero en dicha, habitación no había luz. De pronto, de ella, nos vino el prolongado aullido de un lobo.

La gente escribe y habla con ligereza de la sangre que se hiela en las venas y de los pelos que se ponen de punta y cosas por el estilo. Ambas sensaciones son demasiado horribles para que se juegue con ellas. Mi corazón dejó de latir como si le hubieran clavado un cuchillo y Strickland se tornó blanco como el mantel.

El aullido se repitió y fué contestado por otro aullido que venía allende los campos.

Esto colmó el horror. Strickland irrumpió en el cuarto de Fleete. Yo lo seguí y vimos a nuestro amigo queriendo salir por la ventana. Hacía ruidos de bestia con la parte posterior de la garganta. No pudo respondernos cuando le gritamos. Escupió.

No recuerdo bien lo que sucedió inmediatamente después, pero creo que Strickland debió haberlo aturdido con el largo sacabotas o de lo contrario nunca me hubiera yo podido encontrar sentado sobre su pecho. Fleete no podía hablar, no podía más que gruñir, y sus gruñidos eran de lobo, no de hombre.

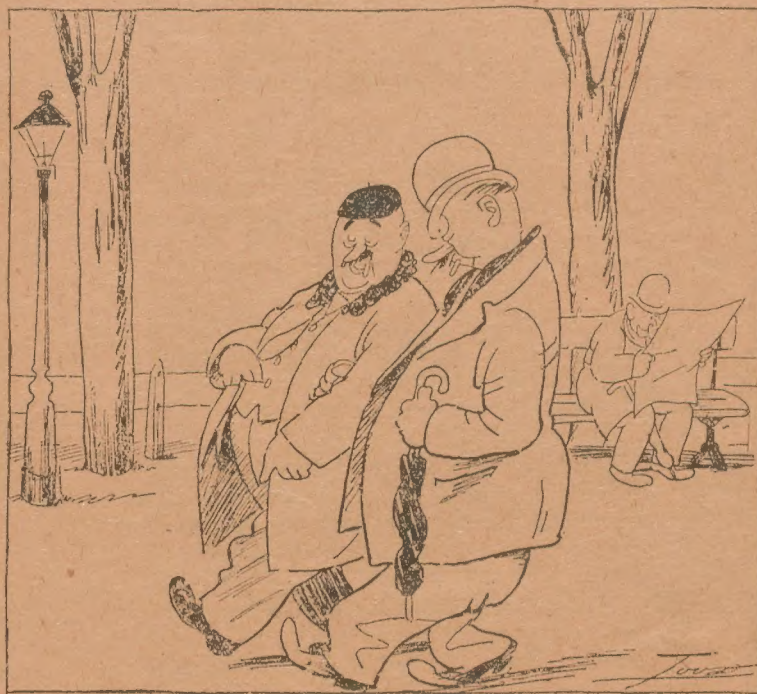
El suceso estaba más allá de toda humana y racional experiencia. Quise decir "Hidrofobia", pero la palabra no me salió, porque sabía que mentía.

Atámosle el pecho con fuertes correas y le ligamos los pulgares y los dedos gordos de los pies juntos, y lo amordazamos.

Luego lo trasladamos al comedor y enviamos un criado al médico, Dumoise, con recado de venir al instante. Después que hubimos despachado al mensajero y comenzado de nuevo a respirar, Strickland dijo: "Mal hecho. No es esto asunto de médico". Yo también sabía que mi amigo decía la verdad.

La cabeza de la bestia estaba libre y la movía de un lado para otro. Quien hubiera entrado en el cuarto en aquel momento se imaginara que curtíamos una piel de lobo. Tal era el accesorio más repugnante de todas.

Strickland, sentado observaba a la bestia que se retorecía en el suelo, pero no decía nada. En la refriega se le había roto la camisa y se le veía la roseola negra en el



—¿Estaba guapa tu mujer cuando te casaste?
—Guapísima, ¡para comersela!
—¿Y... ahora?
—Siento no habérmela comido.

a la una; a pesar de lo cual insistió por largo tiempo en que le trajeran las costillas que pedía. Después se mudó vistiendo el traje de montar y salió a la baranda. Su caballo — la yegua no había podido ser atrajada todavía — no le dejaba acercarse. Los tres animales estaban inmanejables — locos de terror — y por último. Fleete declaró que prefería quedarse en la casa y buscar algo que comer. Strickland y yo cabalgamos llenos del mayor asombro. Al pasar por el templo de Hanuman el Hombre de Plata salió y nos maulló a la cara.

No hubo saltos aquel día en nuestro galope por la pista de las carreras. Nuestros brutos mostraban cansancio y se movían como si hubieran estado corriendo el día entero.

—El susto de después del almuerzo fué excesivo para los po-

kland: "Ya no voy a comer fuera."

—¡Bendito seas! — me respondió mi amigo. — Vamos, Fleete, arriba. Ahí vas a coger fiebre. Vamos a comer y a hacer que enciendan luz. Todos comeremos en casa.

Fleete se puso en pie con pocas ganas y dijo: "No quiero lámparas, no quiero lámparas. Estoy mucho mejor aquí. Vamos a comer fuera de la casa y que nos sirvan más costillas; muchas costillas y a la inglesa, crudas, con mucha sangre y cartílagos."

Ahora bien, las noches de diciembre en el Norte de la India son agudamente frías y la sugestión de Fleete era cosa de loco.

—Entra — dijo Strickland con firmeza. — Entra ahora mismo.

Fleete entró y cuando trajeron las lámparas vimos que estaba literalmente embarrado de fango de

lado izquierdo del pecho. Parecía una ampolla.

En el silencio de la vela oímos afuera algo como el maullido de una nutria hembra. Los dos nos pusimos en pie y yo, sólo respondiendo por mí, me sentí enfermo — verdadera y físicamente enfermo.

Llegó Dumoise, y jamás le visto un hombrecillo tan antiprofesionalmente escandalizado. Dijo que se trataba de un ataque agudo de hidrofobia y que nada se podía hacer. Por lo menos, cualquier medida paliativa prolongaría la agonía.

Fleete, según dijimos a Dumoise, había sido mordido por perros una o dos veces.

Dumoise no pudo ofrecernos ayuda alguna. Únicamente le era dado certificar que Fleete se moría de hidrofobia.

Era un buen hombrecillo y se ofreció a quedarse con nosotros: pero Strickland rehusó su bondadosa oferta. No quería envenenarle el día de Año Nuevo. Se limitó a rogarle que no hiciese pública la causa de la muerte de Fleete.

Con esto se fué el buen Dumoise, profundamente agitado; y tan pronto como se hubo perdido a lo lejos el rodaje de su carruaje, Strickland me comunicó al oído sus sospechas. Eran tan desatinadamente improbables que no se atrevió a decirme en alta voz; y yo, que sustentaba todas las creencias de Strickland, me avergoncé tanto de hacerlas mías que pretendí incredulidad.

Cuando estaba musitándola al oído de mi amigo, el grito del exterior se elevó de nuevo y la bestia comenzó a debatirse en otro paroxismo de lucha, hasta que llegamos a temer que las ligaduras cedieran.

—No le quites el ojo — me dijo Strickland. — Si esto sucede seis veces, voy a hacer justicia por mi mano. Te ordeno que me ayudes.

Fué a su cuarto y volví al cabo de pocos minutos con los cañones de una vieja escopeta, un pedazo de sedal de pescar, una cuerda gruesa y el pesado armazón de madera de su cama. Le informé que las convulsiones habían seguido a los gritos de afuera con dos segundos de intervalo en cada caso y que la bestia parecía perceptiblemente más débil.

Strickland musitó: “¡Pero no puede quitarle la vida!”

Dije, aunque sabía que estaba arguyendo contra mí mismo: “Quizás sea un gato. Debe ser un gato. Si el Hombre de Plata es el responsable de esto, ¿por qué se atreve a venir por aquí?”

Strickland removió la leña en la chimenea, puso los cañones de la escopeta en la llama viva, extendió el bramante sobre la mesa y rompió en dos pedazos un bastón. Había una yarda de sedal de pescar, cuerda de tripa cubierta de alambre enrollado y ató los extre-

mos de una gasa.

Luego dijo: “¿Cómo podríamos atraparlo? Hay que cogerlo vivo e ileso.”

Le contesté que habíamos de confiar en la Providencia y salir sigilosamente, armados con palos de jugar al polo, a escondernos entre la maleza que había frente a la casa. El hombre o animal que emitía el extraño grito se movía evidentemente en torno a la casa con la regularidad de un sereno. Podíamos esperar entre los arbustos hasta que se acercara y entonces reducirlo con nuestros palos.

Strickland aceptó esta sugerión y nos deslizamos por la ventana del cuarto de baño hacia la baranda del frente y después, atravesando la calzadilla, nos ocultamos en la maleza.

A la luz de la luna pudimos ver al leproso que se acercaba, habiendo doblado la esquina de la

bestia. Una vez allí, lo atamos con correas de baúles. No hizo esfuerzo alguno por escaparse, pero seguía maullando.

Cuando lo pusimos frente a la bestia, la escena que tuvo lugar es indescriptible. La bestia se dobló hacia atrás formando un arco como si hubiese sido envenenada con estrienina y comenzó a gemir del modo más lastimero.

—Creo que yo tenía razón — dijo Strickland. — Ahora le pediremos que cure este caso.

Pero el leproso no hacía más que maullar. Strickland se envolvió la mano en una toalla y sacó los cañones del fuego. Yo a mi vez metí la mitad del bastón roto por la gasa del bramante de pesca y afiancé al leproso cómodamente en la armazón de la cama de Strickland.

La bestia maullaba en el suelo y aun cuando el Hombre de Pla-

— eran ya ojos humanos — se cerraron.

Aguardamos una hora, pero Fleete seguía durmiendo. Lo condujimos a su cuarto y ordenamos al leproso que se marchara, regalándole el armazón de la cama y la sábana para que cubriese su desnudez, los guantes y la toalla con que lo habíamos tocado y el látigo que le amarráramos en torno al cuerpo. Se echó la sábana encima y salió en la mañana sin proferir palabra ni maullar.

Strickland se enjugó el rostro y se sentó. Un gong, en la lejanía, daba las siete.

—Veinticuatro horas exactas — dijo Strickland. — Y yo he hecho de manera que me expulsen del servicio y me metan para siempre en un manicomio. ¿Crees que estemos despiertos?

El cañón de la escopeta, ardiendo al rojo, había caído al suelo y chamuscaba la alfombra. El olor era enteramente real.

Aquella mañana a las once los dos fuimos a despertar a Fleete. Le miramos el pecho y vimos que la roseola negra de leopardo había desaparecido. Estaba muy fatigado y soñoliento, pero apenas nos vió, exclamó: “¡Hole, compañeros. Feliz Año Nuevo. Nunca mezclen las bebidas; me siento medio muerto.”

—Gracias por tu buen deseo, pero estás atrasado — dijo Strickland. — Hoy es la mañana del día dos. Has dormido toda una vuelta del horario en la esfera.

La puerta se abrió y el pequeño Dumoise metió la cabeza en el cuarto. Había venido a pie y se imaginaba que estábamos tendiendo a Fleete.

—He traído una enfermera — dijo. — Supongo que puede entrar para... lo que sea necesario. —Cómo no — replicó Fleete en tono jocoso. — Tráigala en seguida.

Dumoise se quedó paralizado. Strickland se lo llevó fuera y le explicó que debía haber habido algún error en el diagnóstico. Dumoise, mudo aún, se apresuró a marcharse. Consideraba perjudicada su reputación profesional y se inclinaba a hacer de la curación impensada una cuestión personal. Strickland también salió. Cuando regresó me dijo que había estado en el templo de Hanuman para ofrecer cumplida satisfacción por la profanación del dios y le habían asegurado solemnemente que ningún hombre había tocado jamás al ídolo y que él era la encarnación de todas las virtudes que actuaba bajo la impresión de una ilusión.

—¿Qué te parece? — concluyó Strickland.

Hay cosas que... — inicié. Pero Strickland aborrece esa muletilla. Dice que yo la he gastado hasta el extremo.

SAN JULIAN

Olvidado, silencioso en la penumbra,
Con los cirios y las flores de su altar,
Su sonrisa bizantina de madera
Muestra a todos, bondadosos, San Julián.

Son muy pocos y sencillos sus devotos;
¡Es tan triste el rincónito donde está!
Algún viejo, siempre el mismo, lo visita
En postura recogida de rezar.

¿Quién conoce sus milagros florecidos?
¡Aquel rey que convirtió junto a Bagdad?
¿Quién los salmos que compuso en ese libro
Que sostiene con su mano de nogal?

Hoy es fiesta. Hoy los santos todos lucen,
Con bordados de oro y plata, un capellar;
Sólo un santo bondadoso sigue oscuro,
Con sonrisa de madera: San Julián.

Valentín MENDEZ CALZADA

casa. Estaba totalmente desnudo, y de vez en cuando se detenía para maullar y danzar con su misma sombra. Era una visión poco agradable y acordándome del pobre Fleete hundido en tal degradación por tan inmundicia criatura alejé todas mis dudas y resolví ayudar a Strickland.

El leproso se detuvo un instante, en la entrada del frente, y sobre él saltamos con los palos. Era asombrosamente fuerte y llegamos a temer que se nos escapara o fuese fatalmente herido antes de poder atraparlo. Teníamos la idea de que los leprosos eran criaturas endebles, pero esa lucha nos sacó de semejante error. Strickland le dobló las piernas de un garrotazo y yo le puse el pie en el cuello. Maullaba espantosamente.

Nos pegaba con los muñones de sus manos y pies. Le amarramos alrededor del cuerpo y por debajo de los brazos la parte flexible de un látigo de perros y lo arrastramos al comedor donde yacía la

ta no tenía cara, se notaba qué horribles sentimientos pasaban por la plancha que había en su lugar, como las olas de vapor que pasaban por los cañones rojos al fuego.

Strickland se cubrió un momento los ojos con la mano e inmediatamente nos pusimos a la faena. Lo que siguió no es para ser escrito.

Comenzaba a amanecer cuando el leproso habló. Hasta aquel punto sus maullidos no habían sido satisfactorios. La bestia se había desmayado exhausta y en la casa reinaba profunda calma. Desatamos al leproso y le dijimos que sacara al espíritu maligno. Se arrastró hasta la bestia y le puso la mano en el lado izquierdo del pecho. Eso fué todo. Luego cayó cara al suelo y lloriqueó entre suspiros.

Observamos el rostro de la bestia y vimos que el alma de Fleete volvía a sus ojos. Después se le perló la frente de sudor y los ojos

El pañuelito azul

(BALADA HUNGARA)

Era un valiente conde, honor de Hungría,
a ignominiosa muerte condenado,
por haber, en su torre casi en ruinas
dado la voz de guerra.

Sus vasallos
en tropel ardoroso le siguieron,
por las viejas montañas y los campos,
pollando el aire con el himno augusto
de los magyares, gloria del pasado.

Más la suerte fué adversa al valeroso
mancebo, que no pudo en holocausto
de su idea morir, como murieron
sus abuelos tenaces y bizarros,
luchando por la santa independencia,
al toque vibrador del campanario,
donde la santa libertad lanzaba
su clamoroso grito de rebato!

Cargado de cadenas, sus rivales
a los terribles jueces le entregaron
y ellos tras breve juicio la sentencia
dictaron y erigieron el caldoso,
donde el verdugo cercenar debía
la cabeza del conde sobre el tajo!

En vano fué que la amorosa madre
piedad pidiera al fiero soberano,
que inexorable se mostró y altivo
sin respetar ni los cabellos blancos
de la dama de Empidos blasones;
sin conmoverse ante el acerbo llanto
de la doliente madre, que pedía
la existencia del hijo muy amado.

El conde en el obscuro calabozo,
esperaba la muerte resignado,
pensando en esa madre idolatrada,
en la esposa gentil y el tierno vástago.
Todo lo iba a perder con la existencia:
los sueños que en su mente se forjaron,
al calor del cariño y de la gloria,
y los recuerdos dulces del pasado...
Con un pañuelo azul, prenda amorosa,
se secaba el sudor del rostro pálido;
cuando la anciana madre logró verlo,
por concesión del sórdido tirano.

Ella y la tierna esposa; con los ojos
empapados y rojos por el llanto,
y el niño, el inocente, el heredero
de tan negro dolor, tristes entraron,
y con gritos de horror los tres cayeron
del hijo, y esposo y padre entre los brazos.
—¿Por qué lloráis? el conde reprimiéndose
les preguntó: ¿Sabéis? ¡Estoy salvado!
(La piadosa mentira parecía
que al brotar abrasábale los labios).
—Sé que en mi último trance ha de ampararme
el piadoso perdón del soberano!
—¿Se ha negado a mis súplicas! la madre
balbuceó amargamente...

—Pero en tanto,
el conde replicó, me enviaba aviso
de que firmaba mi perdón magnánimo.
Nada temáis. Mañana cuando marche
entre otros conjurados al cadalso,
si este pañuelo azul veis en mi cuello,
decid que no he de ser ejecutado!

Idos... Madre, besadme; hijo del alma
es necesario ser honrado y bravo;
esposa idolatrada, que conforte
mi valor, la cadena de tus brazos!

En la fila de heroicos caballeros,
que al patíbulo fueron condenados,
marchaba el noble conde, honor de Hungría,
animoso y valiente, y enroscado
iba el pañuelo azul sobre su cuello,
como un collar, de salvación presagio...
Y la madre y la esposa que miraban
desde un balcón el fúnebre aparato,
llenas de angustia y esperanza inmensa
que llegara ya libre el condenado,
en vano con amor y con anhelo
aquel día fatídico esperaron;
que su noble cabeza la primera

trinchada fué sobre el terrible tajo,
y por su orden expresa a su heredero
aquel pañuelo azul ensangrentado,
entre las negras sombras de la noche,
el verdugo y sus áulicos llevaron...
Y desde entonces en el pétreo escudo
del húngaro a su fe sacrificado;
se ve un pañuelo azul, bajo la espada,
con que su fuerte cuello cercenaron,
formando con su lienzo tinto en sangre,
acusador y doloroso lazo!

Antonio R. ZUNIGA



Desigualdad

Feroz, desigual, era la lucha que el hombre primitivo debía sostener para conservar su existencia. La lucha del hombre moderno no es menos desigual; la única arma para contrarrestar el enorme desgaste, es su propio organismo. Habiendo salud, hay energías y valor; y la alimentación es factor vital de salud. Complementando las comidas con unas copas de Malta Palermo, Ud. mantendrá su organismo en envidiables condiciones, porque Malta Palermo es la bebida tónico-digestiva-asimilativa que más propende al bienestar general.



Malta
PALERMO

EL PEREGRINO

Por Benigno Varela

Fidel Rodríguez, era decididamente un hombre afortunado. Su comercio de ultramarinos, el mejor de la villa, le producía pingües ganancias. Pero lo que había ensanchado el patrimonio del comerciante, no era la venta de productos alimenticios sino el capital que hacía circular entre los necesitados de préstamos y que transigían con abonar intereses abrumadores o perder tierras hipotecadas. Y como fueron varias las víctimas que abandonaron el pueblo para reconstruir en tierras americanas los hogares que destruyó la avaricia de Fidel Rodríguez, se vio éste acosado por los rencores de sus convecinos. En más de una ocasión, no estallaron violentamente las animosidades contra el usurero gracias a la liberalidad de su mujer Teresa era lo contrario que su marido: buenísima, misericordiosa, pronta para correr en socorro de cualquier infortunio. ¡Cuántas veces las monedas que la sordidez de Fidel arrancó de manos pobres volvieron a las mismas gracias al espíritu generoso de Teresa! Muchos agraviados por la codicia de Fidel quisieron vengarse lanzando rumores absurdos referentes a Teresa.

Tan solo consiguieron las comadrerías que se patentizase la firme honra de la mujer y que los celos del esposo se agudizaran. ¡Triste vida la de aquella infeliz hembra vigilada constantemente por su marido! Hasta en el matrimonio había tenido suerte Rodríguez. Su padre, poco antes de morir, fué quien le proporcionó aquella boda con una señorita de la capital cercana. Una tía de Teresa, que al quedar ésta huérfana, la recogió, contribuyó con el padre de Fidel a que los muchachos se unieran. Teresa se resistió al principio. ¡Hundir su juventud en un pueblo, en otro ambiente social distinto al que sus padres, burgueses arruinados, la educaron en la mocedad! Su tía se encargó de desvanecer los recelos de la muchacha. Estaba la tía muy achacosa. Y cuando la tía muriese, ¿qué sería de la sobrina faltando los recursos que la viudedad de aquélla le proporcionaba para vivir estrechamente? Fué decidido en dos meses.

Teresa y Fidel, se casaron.

Y allí, en el pueblo, llevaba ya la mujer veinte años en un vivir de aplastante monotonía junto al Otelito expendedor de aceite y panegirista de la usura.

Teresa vio a Fidel gruñón y maldiciente:

—Nada. Esos sinvergüenzas se han salido con la suya. En el tren de las doce llegarán los que vienen a discurrir en medio de la plaza. Con el diputado del distrito vienen otros charlatanes compañeros suyos del Congreso. Y todo para soliviantar al pueblo; que si mucha igualdad, que si mucha fraternidad, que si muchas riquezas. Ya verás como también me toca la de perder después que muchos oigan a esos sacamuelas. ¡Cómo que no agrada poco a los que

para ver el aspecto que ofrecía? Rápidamente lo decidió. Y con caminar presuroso, como si su honrada conciencia la reprochase por aquel impulso, se dirigió hacia el límite de la calle que desembocaba en la plaza del pueblo. La muchedumbre, silenciosa, rodeaba la tribuna en la que gallardo erguía un orador. Viendo a éste creyó Teresa soñar. Se restregó los ojos. ¿No era Pedrín, su antiguo novio Pedrín, al que tantas veces después vió ella retratado en los periódicos prodigadores de alabanzas para el orador insigne? Sí, era el mismo: con su voz insinuante, con su mirar vivo, con su apostura a la que ocho lustros venidos no restaron arrogancias. Cuantas veces vió retratado a Pedrín en las revistas, evocó aquel breve,

'PIEDRAS ROTAS'

*Los vegetales son organismos de síntesis.
Los animales, instrumentos de análisis y degradación.
En ésta sucesión de la vida parece estar escrito el destino de la Tierra.*

Cuándo examinas el fluir de la materia, ves, que, cada tipo, ha aparecido, crecido en su ambiente, llegado a un límite de desarrollo, declinado y muerto. — ¿Por qué ha de ser una excepción el género humano?

¿No tendrán las bacterias una conciencia aguda y crearán que los grandes organismos, incluso el del hombre, son masas inconscientes hechas para alimento y multiplicación de sus colonias?

La difusión excesiva de un hecho, de una cosa, de un ser, trae su agotamiento.

La decadencia de las sociedades, como la de los organismos vivos, se acusa por los parásitos: succionan la savia y hacen perder el sexo, apropiándose sus caracteres.

Todo grupo profesional tiende a absorber las energías de la sociedad en que arraiga convirtiéndose en clase parasitaria.

Tres clases de antropofagia: Una, por necesidad de carne: exceso de población humana, falta de mamíferos comestibles. Otra, por religión: substitución, del culto e incorpación ritual del principio de vida encarnado en el ser humano. Otra, por impulso de perversidad.

Esta supervive. El malvado no se contenta con arruinar a su víctima; trata de devorarla calumniándola.

Carlos F. MELO

deben, oír el consejo de que no paguen! Yo no los quiero escuchar. Me queman la sangre. Iré a pasar esas horas en el huerto. ¡Ah! Si llega la carta de Pérez con el talón de los quesos, manda al muchacho a recoger los cajones.

Hasta la tienda de Fidel Rodríguez llegaba el eco del bullicio en la plaza próxima. El palmoteo de las ovaciones coreando la rotundidad de una parrafada elocuente hizo que germinara en Teresa el deseo de la curiosidad. ¿Por qué no llegarse un minuto a la plaza

aunque intenso amorío, destroza-do por la ausencia del mozo que abandonó la capital provinciana para ir a estudiar en Madrid. Pero aquellas fotografías no consiguieron lo que en un minuto había logrado la presencia del antiguo dominador. Teresa, la honrada, la esposa leal, la siempre reclusa en aquel pueblo triston, sintió que la envolvía una sensación hasta entonces ignorada oyendo que la voz vibrante de Pedrín decía:

—Soy entusiasta peregrino que va por todas partes predicando la generosidad que debe salvar a los que sufren y el amor que debe redimir a los esclavizados.

PARA
PASPADURAS
USE CREMA VASENOL

Teresa no tuvo bríos para seguir escuchando. Y, convulsa, con el corazón por vez primera en batalla formidable con la conciencia, se reintegró a su refugio conyugal.

Teresa no dormía. Fidel, roncaba. El silencio del nocturno fué rasgado por exclamaciones callejeras:

—¡Viva D. Pedro Artales!

—¡Viva el amigo del pueblo!

Fidel Rodríguez, despertó linaño:

—Gracias a Dios que se largan esos tíos. ¡Así descarrilara el tren! Ahogó Teresa un suspiro.

Y, en tanto el bueno de Rodríguez roncaba, el corazón de Teresa, repetía quedamente las palabras que allí quedaron grabadas para toda una vida:

“Soy entusiasta peregrino que va por todas partes predicando la generosidad que salva a los que sufren y el amor que redime a los esclavizados.”

Dentro de mil años
no existirán tenores

Uno de los más distinguidos sabios de Francia afirma que la voz humana sufre una modificación ligera, pero constante, y que tiende a bajar de tono, de generación a generación. Nuestros antepasados ignoraban casi completamente lo que era una voz de bajo. La voz de fasete constituía por entonces la regla general.

Dice que en la actualidad, el tono más conocido es el de barítono; pero, añade, es muy sensible la debilitación de la voz, que tiende hacia la de bajo.

Esta variación es todavía más perceptible entre las mujeres que entre los hombres. Las nueve décadas partes del sexo femenino era en otros tiempos soprano. Ahora, todos los profesores de música tienden a reconocer que la de soprano es una voz cada día más rara y que ya las “mezzo-sopranos” no son tampoco muy comunes.

De aquí a tres mil años, concluye el sabio de referencia, toda la humanidad tendrá una voz cavernosa.

Nos le presentó D. Francisco, el jefe del negociado.

—Señores...: D. Manuel Bustos, oficial primero que viene a substituir a Díaz... D. Angel Ponte, D. Cesáreo Jiménez, D. Melchor Camino, D. Aurelio Rodríguez...

Hubo unos cuantos apretones de manos y unas frases trilladas de vulgar cortesía.

D. Francisco continuó:

—Creo, señor Bustos, que puedo desde luego felicitarle. Aunque no sea yo precisamente quien debiera decirlo, viene usted destinado al mejor negociado de la casa, no sólo por el personal, que es excelente — ya tendrá usted ocasión de comprobar que somos muy pocos y muy bien avenidos, — como por la índole del trabajo que, gracias a Dios, no es apremiante ni difícil. Creo, señor Bustos, que entre nosotros se hallará usted muy bien.

El Sr. Bustos se inclinó.

—Entonces no hay más que hablar. Esa es su mesa y su sitio. Camino le facilitará cuanto necesite. Y mañana, pasado, cuando usted quiera, nos pondremos de acuerdo para que empiece a trabajar. Buscaremos para *debut* un expediente que sea sencillo. De todos modos cualquier duda que se le ofrezca no tiene más que consultármela.

Al día siguiente, cuando a las diez de la mañana llegué a la oficina, hallé al nuevo oficial sentado ante su mesa limpiando y aforrando los cajones con recio papel de empaquetar. Debía llevar bastante tiempo, porque tenía ya la tarea casi terminada.

—Mucho ha madrugado usted, señor Bustos. Ayer me olvidé de advertirle, que aunque la hora de de entrada es a las nueve, todos solemos retrasarnos un poco. Hasta las diez o diez y media no hay aquí nunca nadie. Se lo advierto por si quiere, en lo sucesivo, evitarse el esfuerzo de venir tan pronto.

—Para mí no es esfuerzo. Tengo por costumbre levantarme temprano.

—Lo cual quiere decir que por las noches se retira usted pronto.

—No suelo salir.

—¿Cmo! ¿No sale usted de noche?

—Casi ninguna.

—¿Es usted soltero o casado?

—Casado.

—¿Tiene usted hijos?

—Tres.

—Me ofreció un pitillo, desdobló un periódico y se puso a leer.

Aquel día empecé a darme cuenta, y luego el tiempo me lo confirmó plenamente, que el señor Bustos era hombre de muy pocas palabras. Se mostraba con todos muy atento, muy correcto, muy bien educado, pero manteniendo siempre, dentro de esta amabilidad, la debida distancia, sin dar pretexto nunca para con-

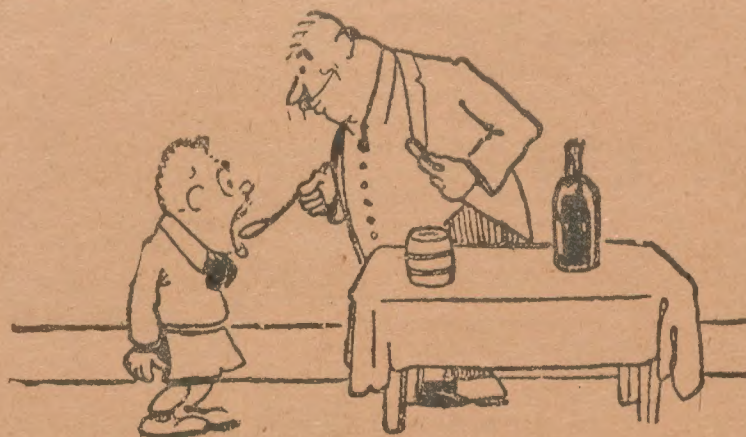
La mujercita

Por Pedro Mata

fianzas ni familiaridades. Al cabo de seis meses de constante asistencia a la oficina, seguía siendo para todos tan desconocido como el primer día que se presentó.

Debía de tener unos cuarenta años; quizá menos a juzgar por su figura esbelta y su ademán gallardo; acaso más por las muchas canas que le plateaban los aladares y el bigote pulcramente recortado a la inglesa. Vestía con gran atildamiento. Todo en él era limpio y todo parecía siempre nuevo: el traje, sin una mancha ni una arruga; las botas, relucien-

tes, lucir las intimidades del hogar, él se mantenía callado como ajeno a la conversación. Nunca nos hizo una confidencia, ni supimos sus opiniones, ni le oímos aventurar un juicio propio. Si alguien, cuando, cometió alguna vez la indiscreción de entrometerse, se quedó con la curiosidad dentro del cuerpo, porque él, siempre habilísimo, soslayó la pregunta y esquivó la respuesta. En las intimidades de la vida privada, Bustos era un enigma. Nunca pudimos saber en qué empleaba el tiempo fuera de la labor oficinesca. En cuanto daban



—Cuando los niños son buenos, y toman su hígado de bacalao, se les echa unas monedas en la alcancía...



... y cuando la alcancía está llena se rompe, y con el dinero se compra otro frasco de aceite de hígado de bacalao.

tes; el sombrero, impecable; las corbatas, recién estrenadas; la camisa, como acabada de planchar.

Un día D. Francisco no pudo contenerse.

—Amigo Bustos, permítame que le felicite con toda el alma. No hay más que verle para comprender que tiene usted la fortuna de poseer una mujer maravillosa.

Bustos sonrió y no dijo nada. Nunca decía nada de su familia. Cuando en los momentos de expansión la charla se generalizaba y los más ingenuos sacaban a re-

la hora, se calaba el sombrero, tomaba el tranvía y no volvíamos a saber de él hasta el día siguiente. No tenía tertulia de café, no iba al teatro, no era socio de ningún casino, no sentía predilección concreta por ningún paseo. Cuantas tentativas realizamos para atraerle a nuestras diversiones, resultaron infructuosas. Nunca hubo manera de contar con él para nada.

Esta actitud intransigente de insociabilidad, comenzó por sorprendernos y acabó, naturalmente, por indignarnos. Y a falta de ba-

ses firmes sobre las que fundamentar una explicación satisfactoria, nos dimos a las hipótesis más aventuradas y a las suposiciones más absurdas. Aurelio Rodríguez, que tenía una imaginación desbordada, se creyó un día poseedor del secreto.

—Ya sé — nos dijo — qué le pasa a este hombre. Este hombre es una víctima de su mujer. Su mujer le tiene así — cerró el puño y con una crispación violenta le tremoló en el aire. — No les quepa a ustedes la menor duda; este pobre hombre es una víctima de su mujer. Fíjense ustedes lo atildado, lo elegante que va. Con trescientos pesos no se puede vestir de esa manera. Indudablemente la del dinero es ella; ella es la rica. Este hombre se ha casado por la plata y le ha salido la criada respondona; ha dado con un marimacho de esos que se ponen los pantalones y el infeliz no se atreve siquiera a rechistar. Ella es la que manda, la que dispone y la que mangonea. Estoy seguro de que por las mañanas le da treinta centavos para una cajetilla y la noche que llega tarde a casa le deja sin cenar. Debe ser una harpía, celosa, vieja, fea... No les quepa a ustedes la menor duda. ¿Si no fuese un adefesio, no ía conoceríamos ya a estas horas? ¿Creen ustedes que él no nos la hubiera presentado? El que tiene una mujer bonita la exhibe. Y a ésta, ¿quién la ha visto? ¿Quién puede vanagloriarse de haberla visto?

Todos callamos.

—Este pobre Bustos es un desdichado — prosiguió Rodríguez enorgullecido de su perspicacia. — Así se explica el gesto de mal humor que siempre tiene. ¡Infeliz! ¡Señores, por dignidad del sexo, por decoro de la clase, hay que salvar a este hombre, hay que emanciparle de la tiranía conyugal, es necesario que le rehabilitemos!

Todos asentimos.

—¡Le rehabilitaremos!

Y, en efecto, a partir de aquel día comenzó con verdadero ahínco el asedio de Bustos. No hubo pretexto que se desperdiciase, ni ocasión que no se aprovechara, ni resquicio por el cual no nos metiéramos para tenderle un lazo o prepararle una celada. Más listo que nosotros supo siempre evadirlos y no caer en ninguno. Ruegos, súplicas, ofrecimientos, convites, bur-las, ironías, todo se estrelló ante la actitud irreductible de aquel hombre.

Una vez nos tocó la lotería. Jugábamos entre cuatro, uno de ellos él dos décimos y nos cayó un premio de dos mil pesos o sea cien pesos a cada uno. Decidimos, como es natural, festejar el suceso y después de un debate animadísimo en el que se desecharon infinitas proposiciones, acordamos por unanimidad ir a varias diversiones y

terminar el día con una cena. Digo que el acuerdo fué tomado por unanimidad porque si bien es cierto que en el primer momento Bustos, como siempre, procuró evadir la sospecha de que pudiéramos achacar sus excusas a tacañería le hizo al fin transigir.

Hicimos un detallado presupuesto de gastos y Melchor Camino se encargó de todo.

Pasamos una tarde deliciosa. Bustos, especialmente, se divirtió muchísimo.

De pronto se suscitó un pequeño incidente. Bustos quería aprovechar las dos horas que faltaban hasta la cena para ir a su casa a saludar un momento a su familia. Como es natural nos opusimos todos. Con este motivo hubo una discusión bastante viva en la que llegaron a decirse algunas cosas francamente desagradables. Por fortuna los más prudentes logramos imponernos y se llegó a una solución de concordia que consistió en permitirle que escribiese un despacho urbano. Yo mismo me presté a acompañarle.

Bustos iba muy nervioso y muy malhumorado. Sin dirigirme apenas la palabra en todo el trayecto entramos en la oficina, se sentó ante un pupitre y comenzó a llenar febrilmente un pliego de papel.

Un movimiento instintivo de curiosidad me hizo cometer la indiscreción de enterarme de lo que escribía:

"Nenita de mi alma: Ya sabes que esta noche no ceno en casa y que probablemente llegaré un poco tarde. Da de comer a los niños, acuéstate y..."

Me indigné. Declaro ingenuamente que me indigné.

Y no es que yo sea un hombre duro de corazón. Al contrario.

Si de algo poco es de sentimental.

Pero una cosa es el sentimentalismo sano y otra la sensiblería ridícula y cursi.

Tratárase de un muchacho en el fervor del noviazgo o en las dulzuras embriagadoras de la luna de miel y todos estos transportes afectivos me hubieran parecido seguramente pocos; en un señor de cuarenta años, cargado de hijos, se me antojaron de una ridiculez intolerable.

No le dije nada, pero acabé por perder la poca estimación que aún le tenía.

Los compañeros nos aguardaban en la "Maison Doré". Tomamos un vermouth y luego en el "Sanatorio" una copas que nos predispusieron muy favorablemente para la fiesta. La cena fué magnífica. Comimos muy bien, bebimos mejor, y nos reímos mucho. No hay que decir que desde el primer plato adiviné el unánime propósito de emborrachar a Bustos, tarea algo difícil porque el hombre trasegaba como un tudesco.

Cayó al fin, mas después de lle-

varse por delante a Cesáreo Jiménez y a Melchor Camino.

Los dos se pusieron hechos uñas cubas. Aurelio Rodríguez tuvo que irse con ellos en un coche y yo me quedé con Bustos en medio de la calle, porque a pesar de su formidable borrachera, se daba cuenta de todo y se negaba en absoluto a ir a su casa en semejante estado.

—No voy, ¿sabe usted? Yo no voy así... No quiero que me vea mi mujercita... No, no, no, no... ¡ea!, que no..., que no voy...

horriblemente pálido. Apenas tuvo fuerza para darme el llavín.

—Abra usted..., hágame el favor..., yo no podría...

No fué necesario, porque la puerta se abrió sola y apareció en el dintel una niña de unos quince años, pálida y rubia, vestida con un amplio delantal de dril.

—¡Ay, gracias a Dios!... ¡Qué susto tenía! ¿No te ha pasado nada, papá?

—No, hijita mía, nada... Es que...

La voz se le ahogó en la gar-

esperante. Te he visto venir.

—Realmente — dije yo avergonzado — nos hemos retrasado un poco. Pero conste que la culpa ha sido nuestra, únicamente nuestra...; él no quería...

—No, no, si han hecho ustedes bien. Yo me alegro mucho de que papá se haya divertido. ¡Pobrecillo! ¡Si viera qué vida tan aburrida lleva!

Se interrumpe para mirar a Bustos que daba cabezadas en el sillón.

—Anda, papá, acuéstate; tienes mucho sueño.

Y como él, con la cabeza caída, los ojos cerrados y la boca abierta, no se moviese, le cogió de un brazo y dulcemente le obligó a levantarse.

—Anda, papá, anda...

Luego se volvió a mí:

—¿Sería usted tan amable que me ayudara a desnudarlo?

Yo estaba tan sorprendido y tan emocionado, que creo que ni siquiera respondí. Automáticamente le llevé a la alcoba y sin decir una palabra le acostamos entre los dos.

Cuando después de dejarle en la cama regresamos al gabinete, no me pude ya contener.

—Pero, ¿y su mamá?

La niña se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, muy graves.

—Nosotros no tenemos mamá.

—¿Cómo! ¿Si él me ha hablado muchas veces de su mujercita!

—La mujercita soy yo, caballero. Papá me llama así desde que mamá nos abandonó..., hace ya mucho tiempo..., cuatro años en septiembre... Mamá ha sido muy mala con nosotros, muy mala... Cuando vea usted a papá no le diga nada de esto. Papá no quiere que se hable de mamá.

Me marché con el corazón oprimido.

Al día siguiente Bustos no vino a la oficina; ni al otro, ni al otro. Al mes supimos que le habían trasladado, a petición propia, a otro ministerio.

Para los cantantes en decadencia

Desde hace algunos días, París cuenta con la Asociación de artistas del canto afónico.

Al efecto, celebraron una reunión todos los afónicos; según se refiere la crónica, la discusión fué animadísima.

El objeto de la reunión era el de asociar a todos los artistas, y, de modo particular, a los de café-concert que no se encuentran en condiciones de trabajar a causa de alguna afección en sus cuerdas vocales.

La reunión terminó con la aprobación de una orden del día, en la cual se declara oficialmente la constitución de la Asociación de los cantantes afónicos.

Poetas regionales españoles

NO LO DIGAS, PADRE

A Fermín Estrella Gutiérrez.

No lo intentes, padre
ni lo igas siquiera.
Aonde va osté a irse que mejor se encuentre,
ni que más lo miren, ni que más lo quieran.
Aquí hay güenas gentes
y mu güenas tierras.
No sabe osté, padre,
ni siquía le piensa,
lo que vale el Marechal con sus gentes,
con sus marchaleros y sus marchaleras.
Y sus tierras durces cuajáicas de almendros
y de parraleas,
y su fuente rica, de agua tan saluable,
y su carretera...
Y paece to esto,
escondío como está aquí en la sierra,
un Perú pequeño
que el cielo lloviera...
Qué sabe osté, padre,
lo que es esta tierra,
ni sabe tampoco lo que son sus gentes,
estos marchaleros y estas marchaleras.
Osté, padre, es viejo y no ve osté el mérito
que tién estos sitios que a osté le rodean.
Yo quieco estarme, padre,
en la villa ésta,
y comprarme quieco en estos alcóres
una parralea,
y mientras sea joven, con otros mozelos
deste pueblecio, en la Plaza Nueva,
pasaré las velás por las noches
cantando y riyendo e iciendo historietas
desas picanticas paque tóicos rían.
Y aluego, de viejo, con la gente vieja,
beberé vinico del que yo ya saque
de mi parralea,
y así iré tirando de mi vida toa
hasta que me muera.

Andrés de SALAS.

Estuvimos andando por las calles hasta las cuatro de la madrugada. A esa hora conseguí convencerle. Tenía mucho sueño y estaba aplaudísimo. Se dejó llevar como una eriatura. Sólo de cuando en cuando, se atrevía a murmurar muy bajito, entre dientes, con la obsesión tenaz de una idea fija:

—¡Pobre nenita mía!... ¡Nenita de mi alma!... Con tal de que no se entere...

A medida que nos acercábamos a la casa, la cobardía y el aplamamiento eran mayores. Subió temblando las escaleras. Cuando al llegar al piso vió luz a través de montante de la puerta, se puso

ganta. Dándome cuenta de su angustia, fui a intervenir, pero la muchacha me atajó con un gesto:

—No, no, si ya lo sé... Han cenado ustedes juntos. Ya me figuraba yo que papá vendría tarde. ¡Pero como es la primera vez que nos ha dejado solos!... Pasen, pasen ustedes.

Nos condujo a un lindo gabinete y nos hizo sentar. Ella se sentó también en una silla baja, con las rodillas juntas y las manitas sobre el delantal.

—Recibí tu carta, papá; di de cenar a los niños, los metí en la cama, dije a la chica que se acostara y me asomé al balcón para

EL SISTEMA DEL DOCTOR JERKINS

Por Antonio Zozaya

Vuestros manicomios — dijo el doctor Jerkins, después de apurar su copa de kirsh — son verdaderamente estimables: unos por sus orientaciones psicopáticas, dejan atrás al famoso de Luys y merecen mención extraordinaria; otros son sencillamente hospederías, cuando no asilos y reclusiones; pero en ellos el loco se cura rara vez. En mi casa de Nueva Jersey, se aplica un método especial, ideado por mí, que da resultados excelentes y que se funda en lo que pudiera denominarse el contragolpe.

Todos miramos al doctor con curiosidad y sorpresa; desde luego creímos observar que no era un hombre equilibrado; alto, descarnado, verdinegro, hablaba con exaltación neurótica, revolviendo los ojos en sus enuecas como un epiléptico, crispando los puños a cada frase enérgica, dejando caer con laxitud los brazos a lo largo del cuerpo en instantes de inexplicable y súbito cansancio; comprendimos que su carácter estrofarario era poco a propósito para interrupciones y polémicas y decidimos escucharlo hasta el fin.

—El contragolpe — siguió el norteamericano, después de una nueva libación — sólo puede hallar eficacia cuando se trata de una perturbación meramente funcional del cerebro...

Íbamos a decirle que la función crea o perturba el órgano, pero no nos atrevimos a discutir la tesis con tan vehemente interloutor.

—Hay individuos enajenados — siguió impertérrito — que lo son por trastornos orgánicos o por una conformación viciosa del cerebro, no hablo de estos, ni menos de los imbeciles y paralíticos. Pero hay otros en los cuales, un choque rudo entre las ideas suscitadas por el medio en un momento de exaltación trágica y las que pudiéramos llamar innatas, han perturbado el funcionamiento normal de los centros nerviosos y alterado la disposición de los haces en forma que les impide reaccionar y convertir las sensaciones en juicios y en voliciones. Pues bien: el contragolpe, consiste en hacer entrar nuevamente en colisión brucea las ideas innatas con otras violentas opuestas, para provocar una crisis que restablezca la disposición primitiva o acarree al sujeto la muerte.

Nuestro asombro llegó a su límite. ¿No nos encontraríamos enfrente de un nuevo doctor Phner? Como en la narración de Poe, ¿no sería el supuesto doctor un alienado de Nueva Jersey, evadido de una reclusión por desentendimiento o debilidad de sus guardianes?

Jerkins pareció no observar nuestro sobresalto y siguió palar-

teando con su nerviosidad acostumbrada.

Hará próximamente dos años, ingresó en mi sanatorio un hombre fornido y normal en apariencia, llamado Samuel Whiston. Había sido escultor muy notable y se había hecho notar entre todos sus compatriotas por una honradez acrisolada que rayaba a las veces en el más exagerado puritanismo. Llamado a trabajar en el palacio

de un millonario, un descuido suyo produjo un incendio formidable que destruyó rápidamente el edificio con todas las riquezas que contenía: la desesperación que se apoderó de él con este motivo y el gravísimo riesgo personal a que se vió expuesto, le produjeron una violenta crisis nerviosa y luego una enfermedad de que salió gravísimamente perturbado. Era un loco inofensivo, pero un caso excepcional de amnesia. Todo su prurito consistía en preguntar constantemente y a cuantas personas veía quién era y por qué estaba allí. Fuera de la anulación de la memoria, Samuel conservaba sus ideas primitivas e innatas de honradez y laboriosidad; se in-

biera hecho matar antes que producir el menor daño o causar la más mínima molestia al prójimo. Afirma Schopenhauer que los hombres tienen púas en el carácter, lo mismo que los puercos espines; pues bien, un humorista como Mark Twain, hubiera dicho que las púas de Samuel eran de manteca.

Después de lanzarnos esta necedad, el doctor apuró una copa de Martell y siguió impertérrito:

Uno de los días en que con mayor insistencia me interrogaba Whiston acerca de su pasado, decidí afrontar el peligro y ensayar con él el contragolpe. Lo llevé a un extremo del jardín; lo senté en un banco a mi lado y, una vez que



El "Chucaque" y sus "quebradores"

¡Tres tirones, tres escupitajos y un credo!

EN algunas regiones del Perú se daba el nombre de "Chucaque" a cierto dolor neuralgico muy intenso que afectaba la cabeza y la cara. Según la ingenua creencia de los indios, para curar este mal era preciso "quebrarlo".

"Con tan curioso fin, dice el Señor Pedro P. Vigo, a quien debemos este interesante relato, en cada lugar existían varios "quebradores", o "quebradoras" que ejercían su "profesión" de la siguiente manera: sentaban al paciente en el suelo, le aseguraban la cabeza entre las rodillas, como en un cepo, tomaban porciones de cabello, las que liaban en el dedo índice, y haciendo palanca con el resto de la mano, tiraban brutalmente, previo un asqueroso escupitajo por cada tirón, hasta que el cuero cabelludo producía un sonido igual al croar de un sapo, tirones que se repetían hasta conseguir, por lo menos, tres sonidos. Durante esta operación, el paciente debía rezar un credo".

"Pero este rezago de la ignorancia incaica desapareció — dice el Sr. Vigo — ante el progreso humano, que de esta vez nos vino en forma de blancas tabletas llamadas "CAFIASPIRINA". Desde que ellas aparecieron, el "Chucaque" y sus "quebradores" desaparecieron. Y hoy todos, pobres y ricos, combaten sus dolores con la CAFIASPIRINA; todos bendicen a ésta y a los demás preparados que ostentan la CRUZ BAYER, porque a la vez que esparcen la felicidad combatiendo el dolor, completaron la obra civilizadora en el Perú".



"... hoy, pobres y ricos, combaten sus dolores con CAFIASPIRINA".



La CAFIASPIRINA ha venido a realizar el ideal de la ciencia moderna en materia de analgésicos, porque a la vez que alivia el dolor rápidamente, regulariza la circulación de la sangre, levanta las fuerzas y

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.

**La carta del Sr. Vigo fué una de las premiadas en el célebre CONCURSO CAFIASPIRINA, al cual concurrieron cerca de veinte mil personas.*

me lanzó la interrogación consabida,

—Samuel — le dije: — tú has sido general de un poderoso ejército.

Quedó como alelado; me miró fijamente a los ojos y pronunció resueltamente:

—No.

—Sí, Samuel — insistí. — Tú no recuerdas nada de esto; pero has sido general y te has batido bravamente. Cien mil soldados tuviste a tus órdenes y con ellos has llevado a cabo las más estupendas hazañas.

Samuel me escuchaba asustado: hacía esfuerzos inauditos por recordar; pero todo era inútil; y, en esta lucha interna, primero se apoderó de él la duda y, luego, gradualmente, por un fenómeno de sugestión hipnótica, la sorpresa y la credulidad.

—¿Qué hazañas he podido yo realizar? — preguntó balbuciente.

—Ante todo — le contesté — organizaste un admirable cuerpo de espías. Sobornando servidores domésticos que hacían traición a sus amos, mujeres casadas que vendían los secretos de sus maridos, niños que se fingían inocentes para robar planos y aviones a sus padres, conseguiste enterarte con todos sus detalles de los puntos débiles de una gran población y de sus recursos y defensas, gracias a esas personas arteras que practicaban la delación y el espionaje.

—¿Qué cosa más fea y repugnante! — interrumpió tembloroso Whiston.

—Todo eso hiciste — seguí implacable. — Luego, enfilaste tus cañones más poderosos sobre un monumento, el más prodigiosamente artístico que vieron los siglos y en donde la piedra se había ablandado en maravillosos encajes bajo los dedos de los artífices. Día tras día, cañoneaste sus pórticos afligidos, sus esculturas incomparables, los capiteles de sus torres, los ventanales de sus claustros, las tracerías de sus sepulcros, y con sangre fría inaudita, redujiste la maravilla a escombros, deleitándote al ver cómo, tras de cada explosión, caía hecha cenizas una belleza más, una irreemplazable joya de inspiración, una tradicional reliquia que fué asombro de los humanos.

—¡Mentira! — rugió frenético Samuel — ¡Yo no he cometido esa infamia!

—Sí, miserable, sí — proseguí: — has hecho esas enormidades y muchas más. Entrado en la ciudad, permitiste el saqueo. Tus soldados invadieron los palacios y las pinacotecas, lo arrasaron todo, lo profanaron todo; se revolcaron como bestias en los lechos de las doncellas núbiles y dejaron sobre las alfombras el hedor de sus inmundicias. Y tú lo presenciaste orgulloso. Algunos niños fueron mutilados; mujeres indefensas,

La mañana en la sierra

¡Qué bonita está la Sierra
bajo el Sol de la mañana,
con sus cumbres coronadas por la nieve,
con sus riscos relucientes por la escarcha!

Yo he escalado las alturas de los montes
caballero en una jaca,
aspirando los efluvios matutinos
que jarales y tomillos derramaban.

Yo he bebido en los regatos cristalinos
de las húmedas cañadas
donde encuentran los rebaños su reposo,
donde tienen sus espejos las zagalas.

Yo he corrido tras las hábiles vulpejas
por las lóbregas barrancas,
donde ocultan sus nidales los lobeznos,
donde esconden su rencor las alimañas.

Yo he subido hasta las cúspides bravías
donde el Sol y la alba nieve se besaban,
donde fingen áureas músicas los céfiros
que idealizan los idilios de las águilas.

En la paz de los barbechos amarillos
de la mística llanura castellana
se sentían cantinelas pastoriles
que elevábanse hasta el cielo cual plegarias.

De la torre de la próxima abadía
vino el lento repicar de una campana,
y a su ruido se espantaron las palomas
que en los blancos palomares se arrullaban,
y veloces remontáronse aturdidas,
al volar batiendo palmas.

¡Qué bonita está la sierra
bajo el Sol de la mañana
repasando sus secretos
qué secretos los que calla!

En las cimas gigantescas de las cumbres
sentí locas sensaciones ignoradas
viendo un cielo tan azul sobre mi frente,
viendo un campo tan feraz bajo mis plantas.

Y en mi pecho de centauro redivivo
sentí todas las potencias agolpadas,
y por mi alma galoparon las pasiones
como potros desbocados por las Pampas.

Y soñé con el amor de una bravía
recia moza castellana,
que tuviese el sano olor de los cantuesos
y tuviese el mirar vivo de las águilas.

Una moza que inspirase mis cantigas
más alegre que las gráciles serranas
que escucharon en Navalagamella
los decires del Marqués de Santillana.

En la sierra el corazón se torna recio
como encina de corteza centenaria.
En las cumbres nos invade ese optimismo
que es como un caudal de amor que se derrama
con reír de regatuelos
y con música de esquilas en el alma.

¡Qué bonita está la sierra
bajo el Sol de la mañana,
con sus cumbres coronadas por la nieve,
con sus riscos relucientes por la escarcha!

Miguel DE CASTRO



Cosme Saavedra, el famoso ciclista, que antes de cada largada, se reconforta con el poderoso reconstituyente **HIERRO QUINA ESLERI**.

después de violadas, fueron atravesadas por lanzas y coloradas en los senderos como sanguinarios trofeos. Una Universidad gloriosa fué incendiada por ti y las llamas consumieron los incunables, las obras más selectas de los sabios excelsos, las máximas de los filósofos y los patriarcas. Más cruel que Attila, por donde tú pasaste no volvió a florecer el humano espíritu.

Sudoroso, convulso, Samuel comenzó a dar pasos gigantescos; se golpeaba airado las sienes, se mecaba el cabello y revolvía sus ojos, dilatados por el espanto en las órbitas.

—¡Miserable de mí! — sollozaba. — Soy la escoria de los bandidos. ¡Nunca mi culpa hallará perdón!

—Y todavía hiciste más — continué cruel y fieramente. — So pretexto de que habías auxiliado en su fuga a dos soldados heridos, te apoderaste de una enfermera joven y hermosa. La sometiste a severo juicio, la martirizaste y, seguida de un pelotón de soldados, la llevaste hasta el lugar del suplicio.

—¡Ah, no! — gimió ya Samuel puesto de rodillas y alzados los brazos en cruz. — ¡Decidme, por Dios, que no he cometido semejante infamia!

—La llevaste — proseguí sin hacerle caso. — La infeliz lloraba y se reforcía en arranques de desesperación estéril. Fría, impiamente, como lo que eras, como un asesino, formaste tus soldados y alzaste tu sable. La figura doliente de la víctima, se destacaba con su alba vestidura y sus flotantes y rizados cabellos sobre la negra masa del muro. Sus gemidos no te hicieron estremecer; bajaste el arma refulgente al sol y una descarga hizo rodar acibillado el cuerpo de la virgen. Tú lanzaste una carcajada, volviste la espalda y te dispusiste a hablar con un nuevo espía.

Samuel lloraba, veía, se revolcaba por la arena en los más violentos espasmos.

Sus ideas innatas de hombre honrado luchaban en contienda frenética con la convicción de su crimen.

Y la pelea fué tan ruda, tan grande su vergüenza, tan extrema su desesperación que, no pudiendo volverse loco de remordimiento y pesar, porque ya lo estaba, recibió el juicio!

Con qué mezcla de amargor y de dulzura recordaba Federico los comienzos de su vida de escritor, cuando vivía con su madre, los dos solos! ¡Pobre madre! ¡Con qué emoción, con qué fe seguía la carrera literaria de su hijo! Tenía en el triunfo de éste mucha más confianza que él mismo. "Llegarás, hijo, llegarás", le decía empleando ese término de la jerga literatesca. Y le rodeaba de toda clase de prevenciones y cariños.

El trabajo de Federico era sagrado para su madre. Las criadas tenían que andar con zapatillas o alpargatas y hasta de puntillas. A una que le dijo no haber llevado más que zapatos, la obligó a andar descalza hasta adquirir calzado silencioso. No les permitía berrear las cancioncillas en moda. "¡Está trabajando el señorito!" Tal era la consigna del silencio. No permitía que entrase nadie sino ella en el despacho de Federico a arreglarle los papeles. Arreglo que consistía en dejárselos exactamente donde estaban y como estaban. Ni que antes de limpiar la mesa de trabajo hubiese señalado, como quien acota, la posición de cada libro, de cada cuartilla, de cada objeto. No, las criadas no podían entrar allí, las criadas tienen la monomanía de la simetría, y por querer arreglarlo todo lo desarreglan.

¡Que tiempos aquellos en que Federico vivía solo con su madre! Después se casó con Eulalia, bien que no a gusto de aquélla. "Pero si es un ángel, madre" — le decía él. "Sí, hijo, sí, todas las novias son ángeles, pero ya verás cuando tenga que quitarse las alas en casa... Porque con alas no se puede andar por casa, ni se cabe por la puerta de la alcoba, ni es posible acostarse con ellas... estorban mucho en la cama. No se sabe dónde ponerlas. Los ángeles, como los pájaros, vuelan o se están de pie, pero no se acuestan." Y así fué, que no aparecieron las alas del ángel del hogar.

Al principio, Eulalia, fué una mujercita discreta y tímida, como en espera de algo y en constante actitud de espionaje. Un íntimo espionaje doméstico. "Te está estudiando, hijo mío". "Está buscando tu flaco, porque no piensa sino en dominarte." Y Eulalia, cohibida, no hacía sino escudriñarle y avizorarlo todo y como si para algo se preparase. "Madre — le dijo una vez Federico a la suya, — parece en espera de algo." "Claro, hijo mío, claro: es natural — le contestó ella, — está en espera del hijo." Federico se quedó pensativo. Con aquello de su trabajo literario, con sus ansias de gloria y renombre, no había pensado que su mujer viviese de aquella espera.

Seguía la madre entrando en el despacho a arreglar los papeles de su hijo. La mujer apenas pisaba aquel cuarto de estudio y de

Los hijos espirituales

Por MIGUEL DE UNAMUNO

trabajo; parecía tenerle aborrecimiento. Y rehuía de las aficiones y de la vocación literaria de su marido. Jamás le vieron leer ninguno de los escritos de Federico, aunque leyese otras cosas, sobre todo novelas de matar el tiempo de espera. Una vez que le oyó a su suegra que le decía a su hijo: "Llegarás, hijo mío, llegarás", preguntó la mujercita con displicencia: "¿Llegar...? ¿a dónde

patear el suelo. Hasta que un día estalló. Y fué que estando la madre en el despacho de su hijo, arreglándole los papeles, quitando el polvo con la recogida devoción con que se limpia el altar de un templo, entró Eulalia y de repente como en un acceso, le dijo: "Deje usted eso, madre!" "Pero, hija..." "¡Yo lo arreglaré!" Y tomando unas cuartillas escritas que había en el pupitre, las rasgó diciendo:

LA HORA ROMANTICA

En el silencio augusto de las nocturnas horas a la ilusión se rinden las tristes soñadoras bajo la enorme cúpula del encendido azul; los sueños las envuelven en sus melancolías hechas flores y versos, canciones y armonías, como en los ténues hilos de su invisible tul.

Allá lejos, la rosa de la ilusión florece como un dulce regalo de las hadas; y ofrece la divina palabra de un galán amador, el galán de los reinos quiméricos venido, príncipe misterioso de púrpura vestido, que trae al cinto espada y en la mano una flor.

Las estrellas lo envuelven en radiantes destellos, el aire, tibio y manso, sacude sus cabellos, tiene el paso solemne y es dorado y gentil; en sus ojos fulgura una luz de quimera y es su voz un suave canto de Primavera, la divina cadencia de un romance de Abril.

El amor acaricia las frentes sonrosadas y pone ante los ojos de sus abandonadas imágenes doradas y un nombre encantador: Ofelia mira y pasa deshojando sus flores, va rezando Julieta su rosario de amores y Desdémona llora su tragedia de amor.

¿En qué amante regazo descansará el viajero y a qué pulidas manos ofenderá el acero? ¿A quién dará las rojas flores de su rosál? Las románticas novias amando desesperan y en todas las ventanas unos labios esperan los milagrosos versos de un tierno madrigal.

Mientras tejen el velo de sus melancolías y riman, sin saberlo, trémulas armonías, las soñadoras miran al lejano confín y ven al caballero del vestido escarlata navegando en la espuma de las olas de plata sobre el nevado cisne de un soñado Lohengrin.

José MONTERO

de?" Y cuando se lo explicó la madre, hizo un mohín de desdén y agregó: "A donde hay que llegar es a otra parte... Total, para lo que todo eso vale!..."

Pasaron los días y los meses, y la mujercita se iba poniendo más huraña y más recelosa. Se le habían caído del todo las alas y pisaba fuerte; a las veces parecía

ratura, de la vocación de tu marido." "¿Celos? Celos... ¡no! Que escriba lo que quiera, pero..." "Pero ¿qué, hija, qué?" "¡Nada!" Y se separaron.

Y seguían corriendo los meses, y habían pasado ya tres años que Federico y Eulalia se casaran. Y la pobre madre observaba que se cernía sobre la casa una muerte; algo peor que una muerte, pues ésta supone que se ha nacido. Eulalia se pasaba las horas muertas encerrada en su alcoba y Federico en su despacho, leyendo y escribiendo como un desesperado. Una vez que por descuido madre e hijo, en la mesa, hablaron de literatura — se llegó al convenio tácito de no hablar de ella, ni casi de otra cosa, — la mujercita estalló, diciendo: "¿Y para qué escribes, si con las rentas que tenemos nos sobra para los tres?" Madre e hijo se miraron acongojados. "¿Para los tres nos sobra! — añadió ella con recogida furia y como silbando. — ¡Nos sobra para los tres!" Y como los otros dos se callaran, agregó: "¡Ahora para los tres... muy pronto para los dos!" "¿Quieres matarme, hija?" — preguntó la suegra. "No; pero a su edad y con sus achaques se morirá usted pronto, y quedaremos los dos solos, ¡solos los dos! ¡Y para eso no vale hacer literatura!"

Desde aquel día los echaques de la pobre madre se recrudecieron y murió a los pocos meses. "Ahora escribe una elegía a la muerte de tu madre — le dijo Eulalia a su marido — ya que no puedes escribir una oda triunfante al nacimiento de tu primer hijo." Federico hundió la cabeza sobre el pecho y rompió a llorar. Es que había oído, de voz viva de su mujer, el secreto que ya había adivinado. "Tú crees — agregó ella — que no leo tus cosas... Pues bien, he leído algunas y he visto que a esos poemas, a esos cuentos, a esas fantasías, a todas esas necedades que se lleva el viento, las llamas tus hijos... espirituales. ¡Espirituales! ¡Espirituales! ¿Y qué es eso del espíritu? ¿Crees que voy yo a vivir de espíritu?"

Y estalló la guerra, una guerra terrible. Federico tenía que ir a estudiar y a escribir fuera de su casa, porque su mujer perseguía con saña todo lo que fuese escritura suya. Le rompía los manuscritos y las cuartillas y hasta las cartas que recibía. "Mejor si te quedases tonto — le dijo una vez, agregando — con tal de que..." "¿Qué?" — preguntó él. Y ella se limitó a añadir: "Con que espirituales, ¿eh? Espirituales... ¡Buen espíritu nos dé Dios!..."

La mujercita, convertida ya en una diablesa, perseguía a su marido por dondequiera. Una vez se atrevió a ir a buscarle a la Redacción de un periódico, y al encontrarle escribiendo, le pidió las cuartillas, y allí, delante de los

"Así, así, para lo que valen..." La madre estuvo al pronto por lanzarse sobre su nuera y arrebatarse de las manos los sagrados papelillos; mas luego se contuvo, la miró con lástima y asomándole a los ojos las lágrimas, le dijo: "Vamos, sí, Eulalia, que tienes celos." "¿De quién? ¿De usted?" "De mí no, Lija mío, de mí no... de la lite-

otros redactores, se las hizo áñicos diciendo: "Es lo que hay que hacer con los hijos... espirituales!" Federico lloraba. Y acabó por encerrarse en casa, a no escribir, a no leer, a hacer penitencia, a constituirse prisionero de su mujer. A la que empezaban a brotar alas, pero alas de diablesa. Y él, a todas horas, temblaba creyendo oír el zumbir de aquellas alas negras en el silencio.

Un día apareció Eulalia trayendo una gran muñeca, una pepona que había comprado. La acariciaba y besaba como una loca. Se la presentó a su marido y le chilló: "¡Anda, hombre, bésala, bésala!" Federico se quedó lívido; sentía que las alas negras de la diablesa le abanicaban la frente helada, y tembló: "¡Bésala te he dicho, bésala!" El pobre hombre, aterrado, puso sus labios secos y fríos en aquella carita de porcelana. "¡Así, hombre, así; es mi hija... espiritual! Me ha costado diez pesos... No es cara, ¿eh?" Y como él callase, ella agregó: "¿Te parece cara?" "¡No!" — dijo el pobre. "Pues bien — continuó la mujercita, estremeciéndose las invisibles alas negras — ahora puedes escribir y dedicaremos lo que ganes con la pluma a comprar hijos de éstos, ¡también espirituales!" Federico fué aquella tarde a visitar la tumba de su madre y a pensar allí en el suicidio. Pero una voz silenciosa que salía de bajo tierra le dijo: "¡Aguarda y sufre, hijo mío, que ya llegarás!"

Cuando volvió a su casa su mujer le llevó al despacho y allí, en uno de los estantes de la librería, le enseñó la muñeca acostada en una camita. "¿Y los libros que aquí había? — preguntó como alhelado Federico y comprendiendo que la pregunta era una inocentada de sainete en aquel lúgubre drama. "¡Los libros? — dijo ella. — ¡Los libros! Pero habla bajito, que no se despierte... Los he echado a la calle, y no les he dado fuego porque el humo habría de molestar a la pobrecilla... no la despiertes..."

A los quince días volvió a entrar en la casa la mujercita con otro muñeco. "Mira, Federico, mira qué pronto ha venido otro... no ha hecho falta diez meses; ha bastado con quince días. Y eso que tú no has querido escribir nada en este tiempo. Y debes escribir, sí, debes escribir, hay que hacerlos ropitas, hay que cuidarles... Gracias que nada gastarán en escuela... Aunque ¿quién sabe? ¿A este qué le haremos? ¿Qué será? ¿Llegará? ¿Crees tú que llegará? ¡Vamos, dale un beso!" El pobre esclavo besó al nuevo muñeco. Y la mujercita arrojó a la calle otros cuantos libros para instalar la cunita de su nuevo hijo espiritual. Es como les llamaba. Y cada mañana, al levantarse, y cada noche le obligaba a su marido a besar a

los muñecos. "Son mis hijos... espirituales" — le decía. Y llegó a más, y es a acostar un día a uno de ellos entre ella y su marido. Pasó ésto la noche toda en una

¡madre! ¡madre! ¡Y a mí no podías referirte!... Aunque sí, soy madre, madre espiritual de mis muñecos, como tú padre espiritual de tus escritos." Y se echó a reír

EL DIJUNTO

Se murió anoche de pulmonía. Tenía apenas ocho años. Era delgaducho, color de tierra; siempre descalzo y sucio...

El rancho de adobes, se divide en dos compartimentos o cajones. Semeja una cueva, todo tierra.

En la primera de las partes lo velaron, sobre la cama de hierro, negra. Desapareció el cadáver insignificante, entre una almohada grande de paja, — como el jergón —, algunas matras, un poncho listado a colores, y una pequeña sábana amarillenta, que alguien extendió por sobre todo aquello.

Afuera, bajo la pequeña enramada, junto al horno, un tío del muerto hizo el ataúd, con el fondo de una gruesa tabla de álamo, y las paredes de pino blanco.

Puso en su construcción todo el esmero del que realiza a conciencia una obra perdurable. Demoró más de dos horas, en tanto le conversaba con voz queda, un amigo de "cosas de agua" — el canal seco, el río que se cortó, la hijuela; — ni mate quiso probar mientras duró la obra. Con aquel eran cinco los cajones que hacía para sobrinos "dijuntos", ¡no se diga!

Cuando dió por terminado el ataúd, después de colocadas las cuatro pequeñas lazadas de sogá a los lados, a manera de manijas, llamó a su mujer, y con un gesto se lo entregó.

Las mujeres concluyeron, entre las tres, — la madre, la tía, una hermana del muerto, — la última morada del muchacho. Colocáronle dentro un trozo de sábana, forráronle por fuera con zaraza color de rosa... Después, sin decir nada a los hombres, — ¿para qué? — metieron el "angelito", limpiaron la mesa de pino, percutida por diez años — o más — de grasa y tierra, y subieron el cajón.

Encendieron otra vela de sebo, que humeaba fuertemente, iluminando de una manera extraña las paredes pardas, el techo bajito, algunos retazos del piso polvoriento...

En seguida, las mujeres picaron el papel de seda de color y formaron la corona, a la luz inquietas de la vela, musitando a ratos una salve sellada al final con el rezongo de un "amén", mientras los hombres, fuera, bajo el alero, contemplando a lo lejos la luna

que bañaba suavemente de blanco la extensión inacabable, conversaban entre un cigarro y un mate, con acompañamiento de tragos de ginebrón, conversaban de la vida de los pequeños problemas que les planteaba la existencia tan ajenos al muerto como si tuvieran convertida en carne la resignación por las cosas inexorables, fatales, que van y vienen con los días...

Por la mañana llegaron a caballo amigos de la casa. Lo apartado que quedaba aquel rancho imposibilitó el festejo con que se despidió siempre a los "angelitos", — según se explicó. La casualidad también tuvo su parte. En el poblado se había velado la misma noche al hijo de un capatás de la estancia, y allí concurrieron todos los que cantan, guitarran o bailan en los velorios. Ya con el sol en alto se bailó en honor del "angelito" aquel último "gato relacionado".

El tío aun tuvo que realizar otra obra. Pacientemente afiló con el facón dos trozos de álamos, el uno como de metro y medio, el otro de cincuenta centímetros.

Les "firuleó" las puntas. Con un claro oxidado y torcido juntólas y las convirtió en una...

Picaba ya fuerte el sol, cuando se dispuso la marcha. Lentamente, por el carril polvoriento, reseco, caminó el cortejo. Iba delante un muchachón amigo con los maderos cruzados. Cuatro niños pequeños, de diferentes edades, conducían, inseguros el cajoncito forrado de zaraza rosa. Seguían la tía y la hermana que llevaba la coronita de papel picado, color patria, celeste y blanco... Al final, hasta cinco hombres, dos llevando de las riendas a un "oscuro" y a un picazo".

La madre, serena, imperturbable, como un dolor convertido en estaca, se quedó apoyada en un horcón, contemplando la partida sin retorno del hijito.

Cuando el grupo se perdió en un recodo del camino, tras la tristeza verdosa de un sauce, le resbalaron por la cara ceirina dos lagrimitas de cristal, que ella enjugó con la punta de su blusa celeste...

Después llamó a un cuco que correteaba a las gallinas...

B. GONZALEZ ARRILI

fièvre de locura, delirando. Y a la mañana le dijo su mujer: "Te has pasado la noche llamando a tu madre... Es decir, supongo que sería a ella, porque decías:

¡Padre espiritual! ¡Padre espiritual!" Y en adelante le llamaba así: el padre espiritual.

Y un día estalló la tragedia y dieron marido y mujer un terri-

ble espectáculo. Y fué que él entró en el despacho y empezó a coger muñecos — había ya varios — y a echarlos por el balcón a la calle, mientras ella, furiosa, echaba a la calle libros y más libros. Y cuando no quedó en el despacho nada, y los vecinos, alarmados, acudían, dijo la mujercita con terrible calma: "Así, así ni unos ni otros; ni los tuyos ni los míos. Y ahora hagamos las paces y vamos a rezar juntos al sepulcro de tu madre, que ya llegaremos, Federico, ¡ya llegaremos!" Federico huyó de su casa. Y vino la separación, y desde entonces vaga solo por el mundo, sin querer leer nada, sin escribir una letra, odiando toda literatura. Y ella se encerró donde no viera un niño.

PARSIFAL

El argumento de Parsifal, la celebrada ópera donde Wagner se remontó a regiones de imperecedera belleza, pertenece al cielo Carolingio de los Caballeros de la Tabla Redonda y constituye la juventud de Parsifal, el encantador mancebo de alma grande a la cual no lo graban empañar las impurezas humanas.

Los caballeros del Santo Grial formaban una especie de orden, eran como cruzados, los cuales adoraban el Caliz de donde José de Arimatea recogió la sangre de Jesucristo derramada en la Cruz.

Los presidía el noble Anfortas, el cual había sucumbido a los balagos del jardín encantado del mago Klingsor, el cual poseía la lanza de Longinos, con la cual fué herido el Divino Costado. Con esta lanza hirió a Anfortas, y éste sólo por ella podía ser curado.

Parsifal niño entra un día en este jardín, pero su inocencia resiste a incitaciones. Entonces, Klingsor, desesperado, le arroja la lanza, pero esta queda detenida sobre la cabeza de Parsifal, el cual se apodera de ella, hace la señal de la cruz y el jardín, las ninfas y todo cuanto hay en él desaparece.

Un día de Viernes Santo Parsifal vuelve a Monsalvato y toca con la lanza a Anfortas, el cual cesa en sus dolores y muere tranquilamente.

Parsifal es nombrado rey, toma el caliz en sus manos y da la comunión a sus leales caballeros.

COSTUMBRES EGIPCIAS

Cuando iban a un banquete los egipcios tenían una singularísima costumbre. Cada convidado llevaba una figura de lana, parecida a un cadáver, y la mostraba a su vecino de mesa, diciéndole: "Bébe y hártate", pero "mira lo que serás después de muerto".

Aterido de frío y con las manos en los bolsillos, en los que llevaba lo poco que había recaudado abriendo y cerrando portezuelas, el mendigo circulaba por entre la muchedumbre, harto cansado y mohino para pedir una limosna a los transeúntes.

Cuando la nieve en pequeños copos oblicuos, que se adherían a su barba o se deshacían en su cuello.

El infeliz meditaba y decía para sus adentros:

—Si tuviese dinero suficiente, si fuese rico, tomaría un coche. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Tan difícil es disfrutar de algunos minutos de verdadera felicidad, de esa ilusión fugaz hacia la cual tiendo los brazos?

A los pocos momentos notó nuestro hombre la presencia de otro mendigo que tiritaba de frío y con la mano, tendida pedía limosna con una voz tan débil, que se perdía en los rumores de la calle.

Junto al mendigo estaba echado un perro, que, transido de frío, agitaba la cola y ladraba suavemente para llamar la atención de los transeúntes.

El desconocido se detuvo, miró a su compañero de miseria y leyó en el cartelón que éste ostentaba en el pecho la palabra "ciego".

Nadie hacía caso de aquel desdichado.

El individuo que acababa de detenerse sacó de su bolsillo unos cuantos céntimos y se los puso al pobre en la mano.

—¡Gracias, caballero! ¡Dios se lo pague a usted! ¡Gracias!

Al oírse llamar "caballero", el desconocido estuvo a punto de exclamar.

—No, no; soy un pordiosero como tú; un miserable, desheredado de la fortuna.

Pero guardó silencio y se limitó a decir:

—¡No hay de qué!

—Es usted muy bueno, caballero, y le agradezco en el alma que con este frío horrible haya sacado usted la mano del bolsillo para socorrerme. El invierno es fatal para los pobres. ¡Si usted supiera!

—Lo sé, lo sé...

Después, olvidando ante aquel infortunio su propia desdicha, añadió:

—¿Es usted ciego de nacimiento?

—No, señor. Mi desdicha reconoce por causa mi avanzada edad. Además, he llorado mucho, y esto ha contribuido mucho a mi ceguera.

—¿Ha sido usted muy desgraciada?

—Mucho, señor. En el espacio de un año he perdido mi mujer, mi hija y mis dos hijos. Todo cuanto amaba en el mundo. Como no podía trabajar, me ví pronto en la más espantosa miseria. No

Ilusión

Por MAURICIO LEVEL

como todos los días. Desde ayer no he comido más que un pedazo de pan. De los dos que tenía, le he dado uno a mi perro. Con lo que usted me ha entregado compraré provisiones para esta noche.

El generoso donante contó el dinero que tenía en el bolsillo, y dijo a su compañero de desdichas:

—Venga usted conmigo. Hacer aquí mucho frío y voy a llevarle a usted a tomar algo.

—¡Qué bueno es usted, caballero!

—Y para usted — preguntó la muchacha.

—Para mí, nada.

Cuando trajeron la pitanza, el ciego se puso a comer pausadamente, sin hablar. El filántropo le contemplaba, cortando pedacitos de pan que daba al perro, que estaba debajo de la mesa.

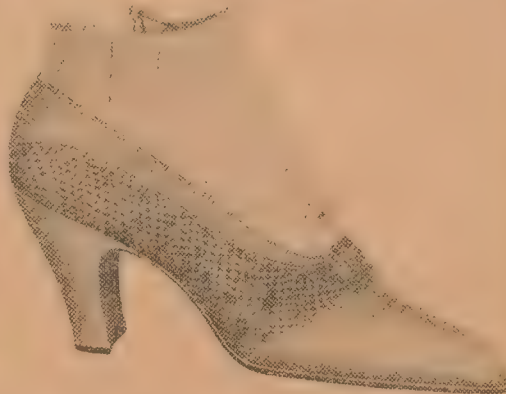
Terminada la comida, dijo a su compañero:

—Ahora va usted a beber un vaso de vino.

Y después preguntó a la cama-

Calzado "NEWARK"

VENTA
DIRECTA
DE LA
FÁBRICA
AL
PÚBLICO



Precio Único

\$ 15.-

m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245

Y CARLOS PELLEGRINI 342

—¡Venga usted!

Acto continuo le asió del brazo y los dos mendigos se pusieron en marcha. Al cabo de algún tiempo, se detuvieron ante un restaurant situado en una obscura callejuela.

El filántropo abrió la puerta y dijo al ciego:

—Pase usted.

Y después de haber buscado una mesa junto a la estufa, le hizo sentar y se sentó también él.

—¡Qué bien se está aquí! — exclamó el ciego.

Su bienhechor llamó a la camarera que servía y le dijo:

—Una sopa y un cocido.

rera:

—¿Cuánto es?

—Setenta y cinco céntimos.

Nuestro hombre pagó, dió diez céntimos de propina e hizo levantar al ciego.

Cuando estuvieron nuevamente en la calle, le preguntó:

—¿Vive usted muy lejos?

Duerme bajo un cobertizo situado al otro lado del río.

—Voy a acompañarle a usted un rato.

—Sin explicarse el por qué, el bondadoso protector del ciego tenía en aquel momento por el hombre más dichoso de la tierra.

Caminaba silencioso, perdido en

un ensueño interminable, sin pensar siquiera que él tampoco había comido desde el día anterior, y que no tenía un hogar donde refugiarse, olvidando su miseria, sus trabajos, y que también era un mendigo digno de lástima. De cuando en cuando decía al ciego:

—¿Voy demasiado de prisa? ¿Está usted cansado?

El ciego le contestaba con acento de humildad y de gratitud:

—No, caballero.

Y su acompañante se deleitaba al oírse llamar así, mecido por la ilusión que daba al otro y que el otro le devolvía, tomándole por un rico bondadoso y caritativo.

Cuando llegaron a los muelles, el ciego, al notar la frescura del agua, dijo:

—Desde este instante puedo seguir solo, en compañía de mi perro.

—Sí, voy a dejarle a usted — contestó el otro, como si hablara en sueños.

Un pensamiento extraño acababa de asaltar su cerebro. ¿No se había producido aquel espejismo tantas veces deseado? ¿No había tenido por algunos instantes la ilusión de la felicidad? ¿Podía sospechar acaso el pobre ciego que se había apoyado en el brazo de un mendigo como él? ¿Y él mismo no había podido creerse rico por algunos momentos?

Habían llegado a la mitad del puente. El improvisado filántropo se detuvo y registró los bolsillos para ver si le quedaban algunos céntimos. Pero no había nada en ellos.

Estrechó la mano al mendigo, y al decirle éste:

—Gracias, caballero... Dígame usted su nombre para que lo repita en mis oraciones — murmuró en voz baja:

—No vale la pena. Siga usted su camino y quede usted con Dios.

Dió acto continuo algunos pasos, se detuvo y se puso a contemplar el agua.

A los pocos instantes se arrojó bruscamente al río.

—¡Socorro! ¡Socorro! — exclamaron a un tiempo varias voces.

El ciego, inmóvil y zarandeado por la gente que corría presurosa, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Un chicuelo le contestó sin detenerse:

—¡Un mendigo, que acaba de tirarse al río!

El ciego se encogió de hombros, y murmuró:

—¡Al menos, ese ha tenido valor para suicidarse!

Después dió un puntapié a su perro y se puso en marcha, explorando el terreno con su bastón, con la cara tendida hacia el cielo y sin conocer la esencia del drama íntimo en que tan importante papel acababa de desempeñar.

El largo perfil del caballero iba clavando su grotesca sombra por la senda polvorienta. El sol de estío hería de bochorno la marcha del feliz viandante. Basilio Humacata, que galopaba sin fatiga, era un viejo domador de potros. Toda su vida la había pasado en las tareas del campo, ajeno en absoluto a la preocupación de cambiar su trabajo y experiencia. Sus conocimientos sobre la raza caballar sorprendían por la exactitud profesional. El sabía descubrir las causas biológicas que provocaban la enfermedad y la muerte de los animales. Y así, sin haber estudiado nunca — verdadero analfabeto, — poseía el sentido científico del mejor veterinario diplomado.

A pesar de esa natural aptitud admirable, Humacata, que era un hombre recio y vivaz para la lucha llevaba en su espíritu simple una obscura ofuscación moral. En todos los actos de su vida consultaba el oráculo primitivo de sus creencias. Tenía por las supersticiones regionales un profundo sentimiento de terror y de respeto. Era una especie de alucinación dolorosa y siniestra que guiaba diariamente los menores hechos de su pobre humanidad. En las fiestas civiles, las luchas políticas, las cárceles y andanzas agrestes, la misma idea lo perseguía como sombra Atávica herencia de las almas ignaras, ella atría la consecuencia fatal de la incertidumbre y de la angustia.

Cabalgando sobre el hridón entusiasta, su bizarra figura daba el aspecto de un paisano valiente. El negro sombrero, de alas levantadas y amplias, aureolaba de nobleza criolla la serena virilidad de su rostro moreno. Los guardamontes cerriles golpeaban al pasar las ramas de los arbustos pequeños; mientras a ratos, él les sacudía con la fusta vibrante un glorioso redoble de tambor. La carrera de necesidad y de premura iba devorando distancias. El largo camino le producía una seducción nómada y romántica para ensayar sus infatigables bríos de domador.

El caballejo corría luego por una llanura silenciosa y desierta. Los potreros de las fincas mostraban la decoración de los pastizales amarillentos y marchitos. Bandadas de tordos negreaban la copa de los algarrobos; mientras algunas "chascas" monteses ponían en los tarcos floridos la bulliciosa nota de sus trinos prolongados. A ningún lado del sendero se miraban signos de trabajo, ni cultivo rural. Todo era un campo triste, calcinado por el sol y la intemperie.

De pronto, llega a una encrucijada del camino. Al galope urgente, no tiene tiempo de pensar en sus fanáticos escrúpulos. Sin embargo, en ese límite raso y callado, advierte que una manada de

LAS CREENCIAS FATALES

Por JULIO ARAMBURU

caballos está al margen de una aguada. Tienen sed por el calor estival y beben el agua con fruición; mas al preciso instante en que Humacata asoma, todos los animales levantan una mirada unánime de curiosidad ante el viajero. Ese detalle ingenuo lo tortura de pavor. Ahora recuerda la fatalidad de esos encuentros: el

anuncio anticipado de morir para quien lo ve y provoca.

Basilio Humacata no sabe qué hacer. Para retroceder es tarde, ya la visión siniestra se cumplió sin salvación. Nada era más doloroso y terrible que esa coincidencia del mirar, basada en las duras leyes de la superstición y la ignorancia.

PENSAMIENTOS

Quiero que me alcancen las bendiciones de la Caridad, ya que me son inútiles las indulgencias plenarias. Y soy católico, dentro de mi pobreza.

Pero aquéllos a quienes socorre mi mano, bendicen la limosna y olvidan al limosnero.

Los mendigos se limitan a recibir sin devolver. No devuelven la dádiva, ni siquiera bajo la forma de un buen pensamiento, de un voto generoso o de una efusiva plegaria.

Dicen mecánicamente: Dios se lo pague; pero no piensan en Dios ni en mí.

Tampoco piensan en ellos mismos. No piensan en nada. ¡Horribles petrificaciones de la humana miseria!

Esos desgraciados están fuera de la humanidad. No la sienten, no la comprenden.

* * *

En perseguir la quimera de la Felicidad, gastamos y malgastamos nuestra vida.

¿Qué sería de nosotros si la Esperanza, como el aire ambiente, no fuese inagotable?

...Pero lo es; y además de serlo finge sin fin perspectivas dichosas, tal como el espejismo finge en las nubes ciudades fantásticas.

* * *

Los inertes dicen: Dejádme dormir. Los activos dicen: Dejádme trabajar.

Yo, uno los dos lemas, y digo: Dejádme trabajar para no dormirme.

El que no trabaja, se duerme.

* * *

La preocupación extrema de la elegancia es señal de cursilería. Y la extremada preocupación de la originalidad, señal segura de trivialidad.

Para Fofanof, escritor ruso, ambos conceptos se identifican.

No tanto. Pero es indudable que muchas veces buscando sistemáticamente la novedad de las ideas o las formas, se cae en lo contrario; se cae en el amaneramiento y la afectación, cosas triviales.

Se empieza por buscar y se acaba por rebuscar. La rebusca torna difícil el vuelo espontáneo de la imaginación, el libre juego de la inteligencia.

* * *

Lo nuevo viene a ser, si lo analizamos concienzudamente, lo viejo vuelto al revés, lo viejo renovado.

Con razón ha dicho Bariatinsky que la sabiduría del mundo es economizadora. Todo evoluciona, todo se rehace, todo pasa... y vuelve a pasar.

Hay el desfile de las formas y el desfile de las sombras. A menudo confundimos las sombras con las formas, por que lo irreal nos parece real y vice-versa.

* * *

La sociedad está llena de trapenses que, sin saber lo que hacen, cavan su fosa.

Muchos trajes son sudarios sólidos y elegantes; muchos hombres van llamando al enterrador. Cargan la vida, no como una cruz, sino como un féretro, y debajo o detrás del féretro aparecen aplastados, devorados por la muerte.

¡Extraño contraste! Esos infelices no claman: morir habemos. Dicen Vamos a vivir, y se ríen con una risa falsa, con una risa fúnebre que les pone en relieve el esqueleto.

Naturaleza muerta.

Francisco GONZALEZ DIAZ

Y no reflexionó más, porque un emocionante llanto irrestañable le abrió de lágrimas sus tristes ojos turbios.

Sigue el viaje hacia el rancho montañoso, lleno de zozobra y sufrimiento. Una lenta resignación cristiana le va templando de valor el alma. Llega a la casa mustio y silencioso. La esposa lo recibe con inquietud y le interroga sobre la desolada expresión del rostro. El no sabe cómo ocultar la tragedia espiritual. Sin embargo, era necesaria la verdad para su consuelo íntimo, y la revela con voz entrecortada y ronca.

Bajo el auspicio tutelar de los mitos antiguos, Humacata congrega en la quietud de la pieza a toda su familia. Allí les relata el mortal encuentro con los animales, la mirada expresiva y funesta, la inevitable y próxima extinción de su existencia. Nada lo salvaría ya del anuncio aciago, las crueles leyes del destino tenían que cumplirse. En la profunda noche dormida, sólo se oía un conmovedor coro de llanto. No había duda: el presentimiento horrendo de las bestias extravió la razón y la fe de aquella pobre gente.

Una tarde de estío, algo lluvioso, Basilio Humacata ensilló su caballo para arriar la hacienda hacia el corral. Partió al galope, alegre y confiado. No quiso que nadie lo ayudara en la tarea rural. Se sentía fuerte y sano, y ya había olvidado también las lejanas remembranzas del suceso. Y silbando un "huainito" serrano se le vió desaparecer por las espesas sombras del monte.

No habría pasado una hora, cuando en el rancho familiar sintieron llegar a un animal despa- vorido. La mujer y los hijos salen a ver al extraño huésped y se encuentran con un espantoso cuadro: el caballo corría desesperado, rameando el cuerpo exánime de Humacata. Un pie se le había enganchado del estribo, dando lugar a la tragedia. La esposa, al contemplar la funesta desgracia de su amor, recuerda entre sollozos que en ese día se cumplía un año justo del campestre episodio de la aguada.

Los descubrimientos de Glozel

Después de un prolongado y detenido estudio, ha emitido informe la Comisión nombrada para dictaminar acerca de la autenticidad del descubrimiento de Glozel (Francia). La Comisión ha declarado falso este descubrimiento y afirma que en este lugar no pudo existir el hombre primitivo, a quien se atribuían los objetos encontrados.

La Naturaleza, gran colaboradora en los humanos propósitos, ha hecho posible que durante siglos y siglos el misterio más absoluto cayera sobre el legendario país del Tibet, que lograba defenderse de la curiosidad del extranjero gracias a sus naturales y casi infranqueables murallas. La colosal cordillera del Himalaya, con sus crestas, las más elevadas de la Tierra, cerraba por el Sur el paso al curioso viajero; mientras al Norte, el imponente macizo del Kuen - Lun, con sus altas mesetas y sus eternos glaciares, y por el Oeste, el Pamir, se oponían a la penetración, tanto, guerrera como pacífica, del misterioso país. Encerrados por estas altísimas murallas vivían los tibetanos, como si para ellos el tiempo hubiera sido detenido en su curso; como si la Historia no hubiera podido pasar de las páginas escritas en los comienzos de la Edad Media.

La incomunicación con el resto del Mundo era completa, y cuantas expediciones se organizaban en la vieja Europa para intentar arrancar al Tibet los velos del misterio, se estrellaban contra el salvaje fanatismo de los naturales del Tibet, contra sus defensas naturales, y tras los sufrimientos causados por los horrores de un clima extremado y la pérdida de algunos de sus hombres en las emboscadas de los tibetanos, volvían a Europa sin haber conseguido levantar más que la punta de alguno de los menos tupidos velos.

Y así, poco a poco, a fuerza de constancia en las investigaciones, ha ido conociéndose por las cultas naciones de la vieja Europa cómo se desarrollaba la vida en estas casi impenetrables comarcas, que, refractarias a todo progreso, constituían un estorbo para las comunicaciones interasiáticas. Las dos naciones más interesadas en la penetración de estas tierras extrañas eran, naturalmente, Inglaterra y Rusia, ya que ambas son vecinas del Tibet.

Cupo a Inglaterra la gloria de que una expedición militar, organizada por ella en 1903, lograra entrar en Lhasa, después de haber franqueado penosamente el Himalaya.

Pero el área del misterio no estaba allí; había que ir a buscar la llave a Chigatsé, que es la capital religiosa, la ciudad santa del imperio, prohibida para los extranjeros, y esto es lo que un audaz viajero sueco, el doctor Sven Hedin, consiguió en el año de 1907.

Partió Hedin del sur de Cachemira en agosto de 1906, disfrazado de indígena y con un convoy numeroso. Tres meses duró la lucha del explorador y sus veinticinco compañeros con la furia de los elementos, teniendo que escalar alturas de 6.000 metros y soportar temperaturas de 30 grados

bajo cero. El camino iba quedando señalado por los cadáveres de los mulos y caballos portadores del convoy. Tras sufrir repetidos ataques de los tibetanos, consiguió Sven Hedin ponerse al habla con el gobernador de la provincia de Naktasang, quien estaba dispuesto

y, realizada esta hazaña, pudo Sten Hedin contemplar las tranquilas aguas del río sagrado, el Brahmaputra, con la íntima satisfacción de ser el primer europeo que lo vio tan cerca de las fuentes que le dan vida.

Y surcando las tranquilas aguas



a hacer fracasar todos los trabajos realizados por el valeroso explorador. Mas, felizmente, la suprema autoridad religiosa del Tachi-Lama, trabajada por los ingleses de la frontera indotibetana, se dignó autorizar a la expedición para que siguiera hasta la ciudad soñada, la misteriosa Chigatsé, que es la Meca del budismo. Para llegar hasta ella tuvo el valiente explorador que escalar el Himalaya,

del río sagrado en débil y primitiva embarcación, fué como se dirigió el explorador hacia la ciudad santa, rodeada su piragua de numerosas embareaciones que conducían peregrinos hacia Chigatsé.

El 9 de febrero veía un europeo por vez primera la ciudadela de Chigatsé. Minutos después, la planta del extranjero hollaba las calles de la ciudad, que parecía dormir mecida por el misterio de

su vida.

Según cuenta Hedin en sus interesantes memorias, todo en Chigatsé hace pensar que aún nos hallamos en tiempos de los cruzados; todo le da el aspecto de un feudo de la Edad Media; unos cientos de casuchas, distribuidas en horribles callejuelas, y en una altura, dominándolo todo, la enorme y maciza ciudadela, en cuyos torreones, como una visión de tiempos remotos, hacen centinela los soldados, cubiertos con sus armaduras y armados de arcos y flechas... Y al pie de la ciudadela, el mercado, en el que se han reunido los más heterogéneos productos de estas regiones asiáticas.

* * *

En la ciudad sagrada hay, naturalmente, cientos de monasterios. Quizás es Chigatsé la única ciudad del Mundo que ofrece, en nuestros días, ejemplos tan abundantes de la vida monacal. Están los monasterios, en los que viven cuatro mil monjes, algo distantes de la ciudad. Se alzan, en vistosos y coloreados edificios, mitad convento, mitad castillo, en una colina que mira hacia levante, y en lo más alto se ve la mansión sagrada del Tachi-Lama, soberbio palacio flanqueado de poderosas torres.

Cuando Sven Hedin visitó Chigatsé, el Tachi-Lama era un joven de veinticinco años y se hallaba en el uso de sus funciones desde los seis años. La razón de tan temprana elección se encuentra sabiendo que, según los budistas del Tibet, al morir un Tachi-Lama o sacerdote máximo, el alma de la divinidad Amithaba que encarna en tan gran personaje va a alojarse en el cuerpo de un niño, y es entre los niños donde se busca el sucesor. Los nombres de los niños aspirantes son inscriptos en papeles y encerrados en un cofre, sobre el que fluyen las oraciones de los lamas. Se extrae del cofre uno de los papellitos y el niño designado en él es el elegido de Amithaba para su nueva encarnación: es el Tachi-Lama.

El explorador sueco obtuvo en su interesante entrevista con el sumo sacerdote budista una fotografía de su sagrada persona.

Y he aquí como un hombre del Norte de Europa consiguió conocer los misterios de la ciudad sagrada, que más tarde fué ocupada por los chinos, sin que hasta la fecha, que sepamos, haya podido penetrar en las regiones que defienden las más altas montañas de la Tierra la luz del progreso, que parece iluminar el Mundo entero, aunque a veces, como ahora ha ocurrido en el Afganistán, se apague ante la superstición de aquellos mismos que intentó iluminar con sus destellos.

MENSAJE LIRICO

Manos para officiar ritos paganos.
Manos de rósea transparencia leve.
Bálsamo milagroso. Sol y nieve.
Blancos lirios en flor. ¡Benditas manos!

Ojos para avivar raros autojos.
Sombras de abismo. Noches de secreto.
Estocadas de luz que dan un reto
al pecado mortal. ¡Benditos ojos!

Boca para apagar la fiebre loca.
Anforina de miel. Línea de fuego.
Puerta del corazón. ¡Bendita boca!

Y benditos mis versos soberanos
que parten de mi alma, con un ruego
a esa boca, a esos ojos y a esas manos!

Ovidio FERNANDEZ RIOS

Luis de VIERA.

Del retablo de las novias

(Para FRAY MOCHO)

UNA ESTRELLA EN LA NIEVE

En medio de esta inmensa
tristeza de la vida,
levantemos bien alto
tu ansiedad y la mía!
Juntemos las miradas,
unamos las pupilas;
te besaré en los ojos...
soñaré en tus mejillas...
Y, aunque Dios dispusiera
que una pena infinita
reinara para siempre
sobre el mundo y la vida...
—Cual testimonio mudo
de recóndita dicha—
tu labio sobre el mío
por siempre quedaría!

LOS CANTARES DEL ALMA

Tengo en el alma una pena
que no sé por donde ha entrado;
seguro, cuando te fuiste,
tu sombra se habrá quedado...
Tengo en el alma una sombra,
una sombra funeraria;
y una indecible congoja
tengo en el fondo del alma.
Para decirte que sufro
se tendrán que hacer palabras...
cuando mi pecho era tuyo,
hasta en el silencio hablaba!
Te llevabas mi cariño...
con mimos te lo llevabas
y le hablabas como a un niño
que se durmiera en tus faldas!
Llegué deshojando flores
con el alma tan cansada
a la tumba de mis penas...
que hasta ni pude llorarlas!
Ya no tengo más amiga
que la imagen de la luna:
De mi alma se vá vestida
con lágrimas y amargura;
pero, cuando me visita,
llega inocente y desnuda...
Con la luna y mis pesares,
con mi guitarra y mi ensueño...
quizá encuentre un corazón
"de regular para bueno"!

Las canciones del límite

CON EL ALMA EN FIESTA

Ya no acepto tus diagramas
en la sombra, pesimista...!
Mis ansias son panoramas
y cambiantes cosmoramas
sin lógica finalista.
Un minuto de ansiedad...
que — aún cuando la dicha muera —
en su espectro hay realidad,
y es vivir de eternidad
guardar la esperanza entera!
A lo que fué y lo que llega
y a cuanto en la margen toca,
no le busques razón... Juega:
la ilusión siempre se entrega
con besos a flor de boca!
Déme una flor su perfume:
irradie hasta mí la llama;
llegue un sueño que me abruma

de antojos... No se consume
mi ideal, porque es fe del que ama!
Quiero gozar la extensión
del horizonte, aunque extienda
sombas sobre el corazón
la Muerte... Tendrá razón
cuando llegue hasta mi tienda!
Ahora?... Dame el atavío
de la alegría más pura!
¿Qué un déa caeré, ya frío,
en la triste sepultura?...
¿Ese no es asunto mío!
Dame gloria, amor, compañía
sabedora de idealismo...

Quiero un cacho de montaña
en el cual — héroe de hazaña —
sueñe hasta conmigo mismo!
Vanidad! Qué importa al mundo
la inserción de un pensamiento
sobre el mazazo rotundo!...
Lo que importa es el aliento
del que puede hacer un mundo
con sus dos brazos al viento!

Francisco A. PAGANO

Montevideo.



Hormigas en la Garganta

Esa es la sensación que produce el cosquilleo molesto que incita a toser. Para suprimirlo tome las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

que suavizan y desinflan las vías respiratorias, eliminando las causas que provocan el ataque de tos.

La Iodeina asegura el sueño tranquilo y quita la tos crónica de los fumadores.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

CONFERENCIA DEL CONDE KEYSERLING EN EL CLUB DEL PROGRESO



Ante un numeroso y calificado auditorio, el conde Hermann Keyserling, pronunció su anunciada conferencia en los salones del Club del Progreso. El presidente de dicha institución, doctor Pedro Caride Massini, presentó al conferenciante en un conceptuoso discurso, que fué muy aplaudido. — A la izquierda: el conde Keyserling, acompañado por los miembros de la comisión directiva del Club, al iniciar su interesante disertación, que versó sobre el tema "El simbolismo en la historia". — A la derecha: una vista parcial de la concurrencia al acto.

ENTREGA DE PREMIOS A LA VIRTUD



La señora Maria Diehl de Miguens, presidenta de la Sociedad Damas de Caridad de San Vicente Paúl, durante la entrega de premios discernidos a la virtud, que anualmente acuerda la mencionada institución de beneficencia. La ceremonia se realizó en el local del Asilo Constanza Ramos Mejia de Bunge, ante numerosos invitados.

FESTIVAL DE BENEFICENCIA



Elementos que representaron el número "La moda a través de las edades", durante la fiesta social realizada en el Petit Splendid y organizada a beneficio de la obra de Santa Teresita del Niño Jesús, Taller n.º 4.

En la tumba de la señorita Elflein



Con motivo de cumplirse el décimo aniversario de la muerte de la escritora, argentina, señorita Ada M. Elflein, tributóse un sentido homenaje a la memoria de la extinta, ante la tumba que guarda sus restos en el cementerio alemán. — A la izquierda: la señorita María Esther Otamendi, pronunciando su discurso necrológico, en nombre de la asociación que lleva el nombre de la desaparecida escritora. — En el centro: un aspecto de la concurrencia que asistió a la ceremonia. — A la derecha: la señora Carmen S. de Pandolfini, hablando en representación de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres y de la Escuela Paula Albarracín de Sarmiento.

Celebración del aniversario de Bélgica

El ministro de Bélgica acreditado ante nuestro gobierno, presidiendo el banquete servido en el restaurante Conte, con que la colectividad belga, radicada en la capital federal, conmemoró el aniversario patrio.



Vista parcial de las familias que concurrieron al baile social efectuado en los salones del Círculo Belga, en ocasión de la efemérides nacional.



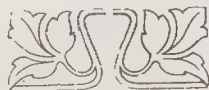
Constitución Uruguay

El ministro de la República Oriental del Uruguay, rodeado del personal de la legación y de un grupo de connacionales que asistieron al banquete realizado en los salones del Club Oriental, con motivo de conmemorarse el 99.º aniversario de la jura de la Constitución uruguaya.



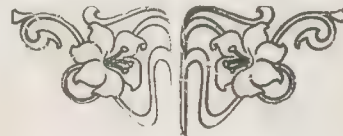
Almuerzo festejando el salvamento del teniente coronel Fránco y de sus compañeros

Destacados miembros de la colectividad española y de los círculos aeronáuticos, celebraron con un banquete, servido en el restaurante Trocadero, la aparición de los aviadores españoles, tripulantes del hidroavión Dornier 16, que como se sabe, fueron encontrados por el "Eagle", buque portaviones de la armada inglesa. — El embajador de España, señor Ramiro de Maeztu, rodeado por un núcleo de caballeros de los que asistieron al banquete.



En honor de don Federico Perea

Con motivo de ausentarse para Europa, el señor Federico Perea fué objeto de una afectuosa demostración, por parte de un numeroso grupo de amigos, consistente en un banquete servido en su honor en los salones de la confitería del Aguila. — Vista de la cabecera de la mesa, durante el acto.



Homenaje a la memoria del doctor Beiró

En ocasión de cumplirse el primer aniversario de la muerte del ex vicepresidente electo de la República, doctor Francisco Beiró, llevóse a cabo un funeral cívico como homenaje a su memoria. — Un aspecto de la concurrencia que asistió al homenaje, escuchando la palabra de los oradores ante la tumba que guarda los restos del extinto en el cementerio de la Recoleta.





Dib. de P. Rops

(Continuación)

Habíamos caído en una emboscada, de suerte que nuestro cuerpo de ejército quedaba dividido.

De la meseta llegaba hasta mí sordo zumbido: era que allí probablemente, había trabado una lucha encarnizada; más encontrárame en un nivel algo inferior, nada podía ver.

Varias hormigas probaron nuevamente de ganar el desfiladero, pero fueron vanos sus esfuerzos. Era evidente que algo superior a su probada inteligencia les atajaba el paso.

Las que desde la maleza habían rodado hasta abajo, vieron en el acto rodeadas e interrogadas, y sus explicaciones no fueron nada tranquilizadoras sin duda, supuesto que la alarma se difundió con la velocidad del rayo por todo el cuerpo expedicionario.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)

nuestras.

—A prisa, grillo, me dijo toda apresurada: avisad al cuerpo de reserva que está en el linde del bosque. No perdáis momento, pues vos podéis llegar antes que yo. Decid que velen a nuestro socorro; las cosas no se presentan muy bien para nosotras.

Dicho esto me dejó y corrió al lado de sus hermanas.

Deseo de servir a mis protectoras, ya que en el sitio del combate nada podía hacer por ellas, emprendí la marcha, según sus deseos, hacia el sitio donde habíamos dejado la retaguardia.

CAPITULO XX

Acusación terrible.

Después de correr durante una hora, me detuve. No podía estar muy distante del linde del bosque, y hasta me pareció que ya debía haber llegado a él.

Habiéndome guiado las hormigas a la ida, me olvidé completamente de poner señales en el camino para que me sirvieran a mi regreso; olvido disculpable, pues no podía imaginar que volviera solo.

El zumbido que a la sazón precedía de la hondonada, dominaba al que venía antes de la meseta; de suerte que me era imposible darme cuenta de si el combate trabado por este lado había terminado o no.

Hacia algún tiempo que duraba la lucha con gran encarnizamiento cuando ví una hormiga que venía a mi encuentro y supuse de las

que lado caía el hormiguero; pero apenas empecé a hablar cuando el molusco idiota se metió en su casa y no pude sacarle una palabra.

¿Qué hacer? Poco extensa parecía la arboleda de abetos; más ¿qué dirección debía tomar para ponerme sobre la verdadera vía? ¿Había de encaminarme a la derecha o a la izquierda? He aquí lo que me traía perplejo.

Indeciso me aventuré por la senda de la izquierda. Algunos insectos que interrogué no supieron darme ninguna indicación exacta: unos, de hábitos sedentarios, hasta ignoraban la existencia del hormiguero; otros sabían que existía, más eran contradictorios los informes que me daban. Varios me preguntaron de cual hormiguero estaba hablando, pues en el bosque había dos. Esto bien lo sabía yo tanto o más bien que ellos; y para mejor ilustrarles le decía que el hormiguero que buscaba se encontraba situado en un claro, al pie de dos hayas. Finalmente, después de muchas marchas y contramarchas, tuve la fortuna de encontrar un elito, a quien expuse mi situación y le dije el por qué de mi zozobra para hallar la verdadera ruta que al hormiguero conducía.

El bueno del elito me la indicó, y hasta se ofreció a acompañarme, pero como no podía andar a prisa y me informó muy exactamente, me despedí de él después de darle las gracias por su amabilidad.

Compréndese perfectamente bien

se había detenido la reserva.

Estaba desierto...

No me quedaba otro recurso que encaminar nuevamente mis pasos al hormiguero, lo cual practiqué sin pérdida de momento.

Cuando me presenté se estaban tapiando las puertas. Las guardianas parecieron sorprendidas de ver que llegaba solo. Lo primero que pregunté fué si tenían noticias del cuerpo expedicionario: nada sabían, y hasta reinaba cierta inquietud entre ellas sobre el resultado de la expedición. En pocas palabras les dije lo que sabía, lo cual causó un pánico general.

Veinte veces tuve que repetirles lo mismo, y luego fui arrastrado hasta el salón de sesiones, donde las hormigas comenzaron a deliberar.

Compréndese perfectamente bien

Apenas me tuví quedéme dormido como un lirón.

* * *

A media noche desperté, pues oí ruido a la puerta de mi celda. Alguien me llamaba cautelosamente. Alcé uno de los travesaños que tapiaban mi habitación, y ví que la que me llamaba era Meg. Estaba como inquieta. Cerré con tiento la puerta, y acercándome me dijo en voz baja:

—Grillo, vengo a deciros que vuestra vida corre peligro. Os amonesto para que sin pérdida de momento partáis de aquí.

Al oír esto desperté del todo.

¿Qué decís! exclamé: ¿mi vida peligra?

Si.

¿Y eso?

ris al combate con el bombardero. ¡Maldito animal! ¡que el diablo se lo lleve! No es la primera vez que mis impulsos generosos me ponen en un apuro. ¿Qué hacer?

—Huir; no teneis más remedio. —Huir! perfectamente; pero me parece que es más fácil decirlo que hacerlo: el alambrado me perjudica. Si saliese afuera...

—Estabais perdido sin remisión. Todas las calles están llenas de hormigas. ¿No oís las pisadas desde aquí? Se están trasladando, en previsión de la llegada del enemigo, los huevos, las larvas y las ninfas a los pisos inferiores; en las puertas se esfuerzan todos los retenes, y aquellas manteniense cerradas por temor a un sitio. Por ahí no podeis escapar.

—Entonces estoy perdido.

—Todavía no; os queda un recurso.

¿Cuál? Decídmelo.

¿Sabeis escharbar la tierra?

—Perfectamente, pero no la madera, y estamos apoyados en el tronco de un árbol.

—Teneis razón; más la casualidad os favorece. Esta celda está en los confines del hormiguero; escharbando horizontalmente en el muro contrario a la puerta encontrareis tierra virgen: por este lado no se ha abierto ninguna calle.

—¿Qué suerte la mía! Siendo así voy a empezar mi trabajo. ¿Quereis ayudarme buca Meg?

Imposible si estuviera ausente cuando mis hermanas noten que habeis huido, se me acusaría de complicidad en vuestra fuga y lo pasaría mal.

—Pero si voy a perderme.

—No, si seguís al pie de la letra mis indicaciones.

—Hablad, os estoy escuchando.

—Vais a abrir un corredor horizontal en dirección contraria a esta puerta. Después que hayais traspasado los límites exteriores del hormiguero, es decir, cuando hayais avanzado en tal dirección como quince o veinte veces la longitud de vuestro cuerpo, lo que podreis conocer con gran facilidad oblicuareis hacia arriba. Arreglaos de modo que esto suceda mañana a la noche.

—¡Oh! Necesito muy bien todo ese tiempo para abrir la galería. ¿Y bajo tierra no seré perseguido?

—No me parece probable. Mientras vayáis avanzando, arrojad la hiera detrás de vos; y en cuanto a las huellas que aquí dejéis, yo me encargo de que desaparezcan. Mis hermanas creerán que habeis huido por una de las puertas, y mañana temprano os audarán buscando afuera.

—¿Y qué hago la próxima noche cuando llegue al campo?

—Emprender la fuga a marchas dobles.

—Me volveré a perder.

(Continuaré)



C. RENARD

que reinara gran perturbación; las hormigas se entregaban a todo género de suposiciones sobre la suerte del ejército; cada cual daba su parecer, de modo que no nos entendíamos. La opinión general era que el combate había durado hasta la noche y que en aquellos momentos el ejército debía retirarse. ¿Habían sido derrotadas las nuestras? ¿Volvían coronadas con el lauro de la victoria? En caso de que hubiesen tenido que retroceder, ¿se efectuaba en buen orden la retirada? Y seguían los comentarios y la confusión. Unos proponían que se enviaran mensajeros para proponerle alguna noticia; otros, y era los más, opinaban que más valía aguardar, pues nada se sacaba con recibir antes la noticia, ya fuese favorable o desfavorable, ya que de todos modos no podía obrarse hasta el día siguiente.

Prevaleció esta última opinión.

Pregunté por Meg, pero nadie supo darme noticias de ella. Después de tomar un bocadillo, lo que me hacía suma falta, pues estaba muerto de hambre o poco menos, me encaminé a mi celda para descansar de mis fatigas mientras llegaban las tan esperadas noticias.

Por último llegué al sitio donde



C. RENARD

ANIVERSARIO DEL COLEGIO MILITAR



Festejando el aniversario de la fundación del Colegio Militar, sirvióse un almuerzo de camaradería en el que tomaron parte las autoridades y profesores de la institución y los alumnos que cursan sus estudios militares en la misma. — Una vista parcial de la mesa.

BIBLIOGRAFIA



Señor Marqués Galvano Lancia di Brolo, autor de la novela "Cuando los dioses aman", recientemente aparecida.



Señor Fidel Solari, autor de los volúmenes de poesías "Disonancias" y "Así", últimamente editados.

FIESTA INFANTIL



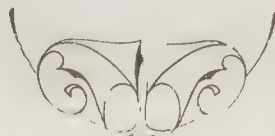
Concurrentes a la fiesta infantil realizada en casa de los esposos Raffetto - Onetto, con motivo de celebrarse el cumpleaños de su hijo Carlos Germán

ENLACE

NECROLOGIA

Artistas argentinos

El notable barítono argentino Ernesto Dodds Lanús, de destacada actuación en Milán, en su interpretación del Gerard de "Andrea Chenier".



Señorita María Josefa Bertelegni, recientemente desposada con el señor Miguel J. Forallo.



Señora Camila L. de Sorracco cuyo fallecimiento, ocurrido en la capital federal ha sido muy lamentado.

De Cacheuta



Señoras Lía Sansinena de Galvez
y Juana Barreto de Zuberbuhler.



Señor Angel Grego y su esposa
y señora Otilia Oliver de Subira



Señorita Beatriz Carvajal y se-
ñor Carlos Múscari



Señoritas Elisa Errazu, María Teresa Beaudant y Caro-
lina Filipello y teniente Francisco F. Schauman.



Una simpática mendocina en-
tregada a los vaivenes del columpio.



Los hijos del gerente del Banco Español del Río de la
Plata, señor Molinari



Señoritas Emma Alfaro y Elisa Errazu y señor
Jorge Bulló



Señorita María Mattiuzzo



Señoritas María Campodónico, María Antonia
Puentes y Carolina Filipello.
Fots. Bejarano



Señor Intendente:

RESPONDIENDO A SUGESTIONES DE "FRAY MOCHO"
EL INTENDENTE VISITO LA BOCA. — EL "PARQUE
GOAL", FOCO DE INFECCION MORAL

EL SEÑOR CANTILO EN LA BOCA

Acompañado de sus secretarios de Gobierno y de Hacienda, señor Rodríguez Irigoyen y doctor Arambarri, respectivamente, el Intendente, señor José Luis Cantilo, realizó, en los últimos días, una larga y provechosa gira de observación por el barrio de la Boca.

Nos corresponde anotarnos un pequeño y modesto triunfo. En efecto, dicha visita responde a sugerencias de FRAY MOCHO.

En números anteriores indicábamos al señor Intendente la conveniencia de que recorriera personalmente los distintos barrios suburbanos a fin de imponerse de las necesidades fundamentales que debían satisfacerse en ellos.

Refiriéndonos al asunto recordábamos la saludable práctica establecida en su anterior administración comunal, de hacer frecuentes incursiones de inspección a las zonas metropolitanas, práctica que se tradujo en múltiples manifestaciones de progreso y que, como no dudamos que aconte-

cerá ahora, fué estimulada por el concurso de la población.

El señor Intendente al hacer eco de nuestras palabras, demostró, una vez más, el plausible interés que se toma en el desempeño de sus altas funciones.

Le había tocado romper el criterio tradicional y falso de que nuestra urbe se limita a su centro, en el punto de convergencia y actividad, en sus grandes arterias; y nuevamente insiste en su afán el doctor Cantilo, restableciendo su concepto de la acción comunal, que posteriormente a su pasado gobierno fué abandonada. "Visite, usted, señor Intendente, — decíamos entonces — los barrios del sud. Constate su situación precaria tanto en el orden edilicio, como en lo que atañe a otros aspectos de su desarrollo. Sabemos de su entera dedicación a los intereses colectivos, de su espíritu de bien público, de sus actividades en favor del progreso de Buenos Aires. Por eso nos permitimos invitarlo a efectuar esa gira".

Bien: el recorrido del señor Cantilo por la Boca será seguido de otros diferentes barrios metropolitanos. Y como es notorio el agudo sentido de observación que caracteriza al jefe del gobierno de la Comuna, estamos seguros de no aventurarnos al afirmar que todos ellos darán lugar a una serie de iniciativas prácticas, tendientes al embellecimiento y el progreso general.

El señor Cantilo se ha hecho cargo de las múltiples deficiencias que afligen a la Boca, y este es el primer paso de

la obra que hemos sugerido y que el ilustre funcionario se propone encarar e intensificar a la brevedad posible.

INSISTIMOS EN EL CASO DEL "PARQUE GOAL", FO- CO DE INFECCION MORAL

Deberíamos reiterar el subtítulo para dar la sensación cabal de sus palabras: **foco de infección moral**. Eso y no otra cosa es el "Parque Goal", establecido, para vergüenza de la población, en plena Avenida de Mayo.

¿Qué dirá de esto el transeúnte extranjero que a su paso por la Capital haya querido conocerla ligeramente?

Porque si bien es cierto que nosotros ciudadanos de Buenos Aires, sabemos que hay en nuestra ciudad mucho bueno que atenúa esta cruda nota, no es menos cierto que ella será lo primero y lo que más hondamente impresione al viajero.

En esta forma es fácil llevar al exterior la idea de que somos, todavía, un pueblo de cafres o semi-bárbaros. El "Parque Goal" está allí dando razón indiscutible a las denuncias de Albert Londres, el desenfadado cronista de "L'Chamín de Buenos Aires".

La ubicación céntrica del "Parque Goal", en el punto inicial de la Avenida de Mayo, la calle principal de la metrópoli; a pocos pasos de la Casa de Gobierno y del Congreso de la Nación; en la vecindad del Palacio de la Municipalidad y de los grandes diarios argentinos; circuido de importantes establecimientos comerciales e industriales,

es una afrenta para la cultura colectiva y un índice seguro — para muchos — de que su permanencia en tal sitio obedece — como dice jactanciosamente quien lo explota — "a intereses e influencias políticas incommovibles".

Llamamos la atención del señor Intendente sobre el caso. El "Parque Goal", foco de infección moral, debe ser desalojado de su actual ubicación sin mayores dilaciones. Su libre funcionamiento que denunciamos como una seria amenaza a la decencia pública, dá pábulo a versiones que aunque evidentemente carecen de consistencia comprometen la dignidad de funcionarios públicos de la Municipalidad, de la Policía y aún del Gobierno de la Nación.

No creemos que pueda retardarse por más tiempo la sanción legítima que reclamamos en nombre de los verdaderos intereses comunales, y en salvaguardia del prestigio de las instituciones. Porque, no obstante su aparente pequeñez, el problema es de grande alcance social...



KID

Por R. H. DAVIS

Caminaba el amo con incierto paso y arrastrando las piernas, lo mismo que a mí me pasa durante una lucha, y después del quinto o sexto round. Pero no se vaya a creer que, cuando las piernas del amo se encuentran en semejante estado no pueden alcanzarnos. ¡Al contrario! Entonces disparan más puntapiés; por lo que, si eso pasa, me mantengo a sus espaldas, en la sombra, o voy trotando por la mitad del arroyo.

La tarde a que me refiero, detúvose en varios "bars" que tienen puertas batientes, con objeto de que podamos empujarlas y atisbar si el amo está allí. Los camaradas del amo siempre me dispensaban muchas atenciones, y cuando intentaba alcanzarme con la punta del pie, le amonestaban con rudeza:

—¿Te has propuesto que perdamos nuestro dinero? — le decían.

Yo ayunaba durante un día y una noche, y en el momento de salir, el amo me aplicaba un duchazo bajo la bomba. ¡Cómo me echaba a temblar! Pues de memoria me sabía lo que aquello significaba: ¡tenía que luchar una vez más por mi amo!

Confieso que no lucho por gusto. Combato porque, si no, mi adversario me agarraría por la garganta; mi amo perdería su dinero y yo me quedaría triste y aborronado.

Los perros pueden pasar a mi lado y yo pasar al de ellos, sin que me venga la menor idea de mover querella. Aún más: si me lo permitieran, le preguntaría a cada can cómo le ha ido; pero hay algo en mí que ningún perro bien nacido puede sufrir. Cuando me les acerco a perros elegantes, sonriendo y procurando parecer amable, todos, sin excepción, me envían a paseo:

—¡Vete al diablo! — me ladrán, — ¡lárgate!

Y todavía cuando me alejo, añaden:

—“¡Bastardo!” y “¡Perro del arroyo!”

Algunas veces, cuando he vuelto los cuartos traseros, se lanzan sobre mí.

Por supuesto que ignoran que yo soy el mejor bull-terrier de combate, y de mi peso en todo

Montreal. Ignoran que, si se me autojara morderlos, iba a llevarme el pedazo entre los colmillos.

Mi madre fué la que me enseñó a luchar cuando yo era muy joven todavía. Dormíamos en una cantera del bosque, al borde de un río, y durante el día nos buscábamos la vida a lo largo de las calles. Tan luego como halláramos qué comer, los otros perros se lanzaban a arrebatárnoslo, y había que ver a madre dar un

Algún tiempo después de que madre huyó de mi lado, pedí una explicación a “Guardián”, el viejo mastín ciego que pertenece al velador de nuestro muelle, el cual me dijo:

—No hay un solo perro en todo Montreal que ignore la historia tuya y la de tu madre, excepto tú; y, al igual que todos los perros, todos los amos la conocen también. Pero creo que ha llegado la hora solemne de que la se-

... británica”. Para qué voy a negártelo: tu padre estaba extraordinariamente satisfecho de él mismo, y su aspecto era tan altanero y arrogante como el de los perros de piedra de Victoria Park: ¿te acuerdas?, los esculpidos en mármol blanco. Y en esto te le parece — recalco el perro ciego, — porque tengo entendido que eres tan blanco como él. Es en lo único que con él tienes semejanza... Pero, mira, la desdicha fué que... ¡bueno!... no sé cómo decírtelo... Tu madre... ¿comprendes?... Basta — dije.

Y lo dije porque ya todo lo había comprendido, y me alejé sacudiendo al aire la cola y mi cabeza. Pero me sentía muy desgraciado; ¿hubiera querido ver a mi madre

nuevamente, en el acto, para consolarla, diciéndole que todo aquello me tenía sin cuidado.

Madre es lo mismo que yo: un perro del arroyo. Por sus venas no corre sangre real. No se parece a mi padre, y — esto sí lo siento. — tampoco a mí. ¡Ah! porque hay que verme recién bañado, listo para un combate, blanco como la nieve... en tanto que madre es negra y rojiza!!

Cuando madre me abandonó ya tenía yo doce meses de edad, y era capaz de fajarle a golpes con cualquiera. Me dirigí a la parte alta de la

ciudad y allí encontré al amo. Antes que él, y muy a menudo, otros hombres habían procurado atarme y llevarme a su casa; pero todos lo intentaban valiéndose de una caricia o de un pedazo de carne, y nunca los seguí. Mi amo, en cambio, un día en que yo estaba empeñado en una rina, me tiró de las patas traseras y me propinó un severo correctivo a puntapiés.

—¿Cómo tienes muchas ganas de pelear, eh? — me dijo. — ¡Bueno! Ya te buscaré la ocasión.

Y siguió golpeándome, por lo que me convencí de que era mi amo, y lo seguí a casa.

Desde aquel día, son muchas las veces que por él he peleado, al extremo de que de todos los rincones de la provincia llegaban perros para medir sus fuerzas con



brinco y lanzarse en su persecución. Cuando tuve la estatura suficiente para enfrentarme con cualquiera, nos convertimos en los amos del arroyo, que conservamos para nosotros solos. ¡Qué época más hermosa aquella!

Cierto día una banda de gusqueillos, al mismo tiempo que se alejaban, nos dijeron tales o cuales palabras, que yo no oí bien, con lo que bastó para que madre partiera, con la cabeza gacha como si nos hubieran dado una tanda de latigazos... Después de aquello no quiso nunca más salir en mi compañía, a no ser en la obscuridad; y un bello día se marchó para no volver más. La busqué lo que no es para imaginado, por calles, callejuelas, plazas y empujadas de Montreal; pero me fué imposible volver a hallarla.

pas.

Y, en menos que canta un gallo, me puso al corriente de que padre, que había abandonado a madre, era un noble y poderoso señor de Londres.

—Tu padre contaba veinticinco antepasados registrados. Por sus venas corría la más azul de la sangre de todos los bull-terriers de la Inglaterra entera. La más antigua, la más regia, la sangre que gana los primeros premios y que hace palpar el corazón de los campeones. Cuando tu padre se sentaba en las patas traseras y levantaba el hocico, haz cuenta que decía: “Hombres y perros villanos, ya podéis limpiaros los ojos, porque gozáis de la excepcional oportunidad de poder contemplar un auténtico príncipe de

las mías, sin que ninguno de ellos que pesara menos de treinta libras, hubiera logrado vencerme.

Pero la noche a que me refiero, apenas si habían acabado de ponerme en la arena, cuando me doy cuenta de que mi adversario era muy pesado y el "match" imposible. Era mucho exigir a un perro joven.

La arena se hallaba en la trasfuerza de un café, en uno de cuyos rincones estaba una gran estufa caliente al rojo blanco, y en el otro, la arena. Yo permanecía recostado sobre las rodillas del amo, envuelto en un capote; y, a pesar de la estufa, temblaba de frío; pero lo cierto es que siempre tiemblo antes de la pelea. Mientras que los hombres resonaban el dinero de sus apuestas y tomaban una última copa en el bar, un pequeñuelo, caballerizo irlandés, vino a mirarme y me hizo cosquillas detrás de la oreja.

—¡Pobrecillo perrito! — exclamó. — No mereces semejante suerte. Ese bruto perrazo te va a pulverizar de la primera dentellada.

—¿Eso opinas? — dijo el amo. — Te apuesto un par de soberanos a que "Kid" lo devorará.

El caballerizo movió la cabeza; pero continuó lanzándome tales miradas de lástima que mi ánimo comenzó a ensombrecerse. Parecía no poder resistir a la tentación de acariciarme, y me dijo en voz baja, completamente como si se dirigiera a un hombre:

—¡Que tengas buena suerte, perrito!

Con lo que me halagó tanto, que me levanté y le lamé la mano.

PENETRAMOS AL RING

Jamás he podido acordarme de lo que entonces sucedió, porque el otro sólo me dio tiempo de pegar un brinco y cayó encima de mí en menos que lo cuento. Apretaba duro, y todo a mi alrededor se tornó rojo y negro, y vi millares de estrellas. Me di por muerto; pero los mozos me arrancaron de los colmillos de mi adversario; y el amo, para recombrarme, me aplicó un puñetazo. Mientras tanto, yo no podía ni moverme, ¡qué digo!, no podía mover ni una ceja, porque mis ojos estaban anegados de sangre.

—¡Es un cobarde! — rugía el amo. — ¡Un cochino perro del arroyo, que ha perdido el "match"... porque no es más que eso: un bastardo cobarde!

Y me asió de nuevo tal golpe en las costillas, que me hizo rodar por sobre el aserrín.

—¡Pero qué ingratitud! — continuaba rugiendo el amo. — ¡Pensar que yo he alimentado a este perro, cuidándolo y tratándolo como a un príncipe... para que me pague con semejante traición! Es un cobarde y no quiero verte más. ¡Lo cambiaría por el

tabaco suficiente para llenar una pipa!

Me levantó por la cola y empujó a balancearme ante el grupo de espectadores:

—¡Si hay algún caballero que desee comprar un perro para hacer salchichas, aquí hay uno inmejorable!

Entonces oí que el jovencito irlandés dijo:

—Ofrezco diez chelines por ese perro.

A lo que contestó una voz:

—¡Pero se ha vuelto usted loco! Ese perro está hecho una desgracia: a lo mejor está muerto.

—¡Diez chelines! — dijo el

se trata de un animal ordinario. Por sus venas corre buena sangre...

Y quedó suspenso un instante, como si quisiera estar bien cierto de que el caballerizo le escuchaba.

—El padre del perro que aquí vemos — añadió, — es Regent Royal, el hijo de Champion Royal Monarch, campeón por cuatro años de los bull-terriers ingleses.

Yo me sentía extenuado y lleno de magulladuras; sufría espantosamente; pero las palabras de aquel hombre sonaban tan bien a mis oídos, que indudablemente me hubiera puesto a mover la cola a

FRASES POPULARES

¡PRESUMIDO COMO NARCISO!

La naturaleza había dotado de extraordinaria belleza a Narciso.

Admirados sus padres Cefiro y Liriope de don tan preciado, trataron de conocer el porvenir de la criatura por medio del célebre adivino Tereus, y éste auguró muy condescendiente que Narciso "viviría todo el tiempo que no se mirase a sí propio".

Rieron aquellos la donosa ocurrencia del ciego oráculo; pero más adelante hubieron por fuerza, de rendirse a la exactitud de la profecía, pues insensible el mancebo al amor que su hermosura inspirara a las ninfas del país y especialmente a la interesantísima Eco, que miró de sentimiento al verse desdeñada, la severa Nemesis resolvió no dejar impune la cruel indiferencia de Narciso y para castigarle le hizo advertir su figura en cristalino manantial, quedando hasta el extremo enamorado de sí mismo, que allí pereció de inanición por no dejar de contemplarse y su cuerpo se transformó en la flor de su nombre.

Otra versión más poética atribuida a Pausanias supone que Narciso tenía una hermana de nombre Nardane tan enteramente parecida a él, así en las delicadas facciones como en

el aspecto general de toda la persona (en la edad fabulosa vestían ropa talar las mozas y los zagales), que solo en la voz encontraban sus padres alguna semejanza. Ambos jóvenes se amaban con noble afecto; más su incomparable dicha originó su mutua desventura, pues envidiosa la Discordia de semejante felicidad, provocó en un accidente de caza la muerte de Nardane.

Desde este momento el único consuelo de Narciso fué la soledad en la fuente donde acompañado de su hermana acostumbraba descansar de las alegres excursiones agrestes; y mirando en cierta ocasión a uno y otro lado a fin de suavisar su quebranto, advirtió su imagen reflejada en el agua.

Como siempre se cree lo que con afán se desea, Narciso no la reconoció por la suya propia, antes bien persuadióse ebrio de gozo de que tal figura representaba la de su adorada Nardane; y desde el momento en que así pensó, rebrotando en su alma el cariño que en vida le profesara, no consintió, en separarse de aquel querido paraje y absorto en muda contemplación expiró el tierno hijo de Cefiro.

LOPE BARRON

amo, cuya voz se había dulcificado un tanto. — Diga usted dos soberanos, y se lo lleva.

Pero entonces los camaradas intervinieron:

—Eres un imbécil — le advirtieron. — Cuando no tengas qué comer, te lamentarás de haber vendido tu perro.

Uno de mis ojos no estaba tan hinchado como su compañero, y pude abrirlo mientras permanecía suspendido de la cola, en el momento en que uno de los amigos del amo cogía al caballerizo por un hombro, advirtiéndole:

—Usted debería de pagar cinco soberanos por ese perro, pues, no

no impedírmelo el estar colgado por ella.

El amo chilló:

—Sí, su padre es Regent Royal, pero, a pesar de eso, es un cobarde bastardo, y os explicaré por qué: porque su madre es una perra del arroyo.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero lo cierto es que, al escuchar aquello, me libré de la opresión de amo, caí a sus pies, y revolviéndome, hundí mis colmillos en su pantorrilla.

Cuanto desperté, después de que los camaradas del amo me

aporrearon, me encontré en un departamento fumador de un tren, acostado sobre las rodillas del pequeño caballerizo, que curaba mis heridas con una especie de ungüento oleoso y amarillo, que olía a gloria.

* * *

—¿Cómo se llama usted? — Nolan?... Pues bien, Nolan, sus referencias me parecen satisfactorias; queda usted a mi servicio como segundo caballerizo. Puede usted empezar desde ahora — dijo el caballerizo, a quien mi nuevo amo llamaba Mr. Wyndham.

Mi amo, haciendo una reverencia, contestó:

—Gracias, señor. Y luego, carraspeando como si se le hubiera atravesado una espina de pescado, agregó: Señor, yo tengo un perrito.

—Tendrá usted que deshacerse de él — dijo Mr. Wyndham secamente.

—Se trata de un perrito de poca edad, señor, que no saldrá de la cuadra.

—O, eso no importa; pero el caso es que tengo una gran perra con ejemplares muy finos, lo mejor de su raza en América, por lo que no permito que ningún perro entre en mi propiedad.

Mi amo sacudió la cabeza y con un ademán me llamó. Entonces, apartándome de la puerta tras de la cual me ocultaba, me adelanté, rampando.

—Pues lo siento mucho, pero no puedo aceptar la plaza, porque, créame usted, caballero, me sería imposible vivir sin mi perrito.

Mr. Wyndham me miró tan afezzado, que creí iba a darme de latigazos, por lo que me rodé hasta quedar con el lomo pegado al suelo, y pedí misericordia con mis patas y mi cola.

—Después de todo, sus referencias son inmejorables. Le dejaré, pues, conservar su perro, con la condición de que cuide que no se acerque a la perrera porque entonces tendréis que salir ambos.

—Gracias, señor — repuso mi amo, sonriendo igual que un gato que acaba de correr un gran peligro y súbitamente se ve fuera de él.

—Mantenedle alejado de mis San Bernabados, porque darían buena cuenta de él.

—¡Ya lo creo, señor, que eso sería lo que ocurriría! — contestó el amo.

La casa del nuevo amo estaba en el campo, en una provincia llamada Long Island, y rodeada por una gran verja de hierro. Había, además, otra casa con cinco techos rojos, y las cuadras en que yo habitaba estaban más limpias que la tienda de nuestro antiguo panadero. Vi también las perreras, que no se parecían absolutamente a nada de lo que hasta allí había conocido. Al principio, por las noches se me había ido el sueño, por

temor de que alguno, al descubrirme acostado en tan espléndido lugar, me arrojara de él. Según decía el amo, las cuadras eran mi prisión, pero yo no ambicionaba más hogar que aquella prisión.

—“Kid”—me dijo cierta vez, sentándose sobre un cubo colocado al revés, — comprende bien lo que voy a decirte: cuando oigas silbar, será una señal para advertirte de que no debes abandonar este patio. Estas cuadras son tu prisión, y si sales de ellas tendré que perder mi empleo. Y no debo perderlo, “Kid”; mejor dicho, no debes hacérmelo perder. Tienes que mantenerte a respetuosa distancia de las perreras, que no se han hecho para los de tu categoría. Las perreras son para los perros distinguidos, aunque tú bien sabes que yo no daría ni un solo movimiento de tu rabo por media docena de esos malhadados canes; pero, como quiera que sea, son tus superiores lo mismo que las personas que habitan la casa grande son superiores míos. Y como conozco mi posición, guardo las distancias. Haz lo mismo, y no te acerques a los campeones.

Por tanto, yo no salía de las caballerizas, en donde todo el día me lo pasaba tirado al sol, sobre las grandes losas del patio, relamiéndome los morros y mirando cómo los caballerizos lavaban los carruajes, cuidándome, eso sí, de que no les acometiera un acceso de alegría y apuntaran la manguera sobre mí.

Lo que no podía, era dejar de pensar en madre, a quien imaginaba huroneando por los arroyuelos, temblando por la noche bajo los puentes, o, lo que era peor todavía, corriendo a través de las calles brillantes con la lengua colgando, tan apurada por la sed, que las gentes, al verla pasar, daban la voz de alarma contra el perro hidrófobo, y la lapidaban cruelmente.

Llegó un día en que el cochero anunció que la linda señorita, que llamaban Dorotea, acababa de llegar del pensionado; y aquella misma mañana se presentó en las cuadras para acariciar sus poney, y me vió.

—¡Oh, qué perro blanco más bonito! — dijo. — ¿De quién es?

Acerqueme a ella de la manera más cortés y lamí su mano; porque debo confesar que, jamás en toda mi vida, había conocido persona más encantadora.

—Vamos, “Kid”, tendrás que acompañarme a hacer una visita a mis nuevos perritos — dijo cogiéndome en sus brazos, y llevándome consigo.

—¡Señorita, por favor, se lo suplico! — dijo Nolan. — Mr. Wyndham me ha dado orden de que no deje que “Kid” vaya a las perreras.

—¡Cómo es eso! — repuso la encantadora criatura. — Las perreras son también mías, y mis perritos gustarán de jugar con él.

No me creéis si os contare en qué forma eran tratados aquellos perros de calidad. Sumaban cuarenta, y cada uno de ellos tenía su casa particular con su patio así como una cama una escudilla exclusivamente para él. La servidumbre estaba pendiente de si tenían hambre para darles de comer. Tenían ayudas de cámara que les lavaban, y sus pelos estaban peinados y alisados como los cabellos de los caballerizos cuando salen a guiar. Llevaban sobre todos, en los cuales se leían sus nombres marcados con letras azules; y los de aquellos a quienes llamaban campeones estaban pintados en la parte superior de sus residencias, y eran los más enormes sanbernardos que en mi existencia vi, al punto de que, con toda comodidad, hubiera yo podido



EL VIAJERO. — Me pide usted treinta pesos por la habitación y usted me escribió que las tenía de diez y veinte pesos.
LA PATRONA. — Bueno; ¿pues cuántos pesos son diez y veinte?

pasar por entre sus patas, como me lo hubieran permitido; pero, orgullosos y altivos, se desdignaron aun de mirarme y resoplaron, menospreciativos.

El perro favorito de la linda señorita era un viejo bulldog, que nos había seguido, y que se dio cuenta de lo intimidado que me encontraba, manifestándose amable y gentil.

La señorita Dorotea le llamaba “Jimmy Joks”; y su corpulencia daba a su paso un aspecto de grave dignidad, que se asemejaba al contoneo de un pato.

—Esta es la pista de entrenamiento y la sala de trofeos — me explicó. — Y allí abajo está la sala del hospital, a la que no hay más remedio que penetrar cuando nos enfermamos, y en donde el veterinario administra drogas horribles.

—¿Y cuál de éstas es la casa de usted, caballero? — pregunté como una deferencia.

Pero contra todo lo que yo me esperaba, asumió una catadura de resentimiento, y me contestó:

—“Yo no vivo en un perrera; yo soy un perro de familia y duermo en la alcoba de la señorita Dorotea, pudiendo asistir a los al-

unos días... Desde luego, no podría yo hacer nada a nadie, porque soy demasiado viejo y ya no tengo dientes”.

Se volvió lanzando una mirada preñada de odio hacia los grandes sanbernardos.

Por fin llegamos a una casita solitaria, donde “Jimmy Joks” me invitó a entrar.

Esta es la sala de trofeos — me dijo, — donde guardan todos los objetos de arte que han ganado. Los míos — añadió con orgullo, — están sobre aquella consola.

La sala de trofeos era más hermosa que el más hermoso de los “bars”. Las paredes estaban colmadas de retratos de los más bellos sanbernardos, y de listones azules, rojos y amarillos. Y como

yo preguntara a “Jimmy Joks” por qué había tantos listones azules, se rió al exclamar: —Pues porque esta perrera gana siempre todos los primeros premios. ¿Qué no sabes que los listones azules están destinados a los primeros premios, los rojos a los segundos, y los amarillos a los terceros? Refulgían numerosas copas sobre anaqueles, respecto a las cuales me informó “Jimmy” que eran los premios ganados por los campeones. —¿Me querrá usted decir, señor, lo que es un campeón? Se puso a resoplar tan fuerte que creía reventaba: —¡Pero, amigo mío!... ¿Adónde te han educado? Un campeón es un perro que ha ganado nueve listones azules en público concurso, contra todos los perros de su categoría. Entonces lleva el título de campeón como antenombre, y los periódicos de deportes publican su retrato. —Supongo que tú sabes que yo soy un campeón — añadió. — Yo soy el campeón Woodstock Wizard II, y los otros dos Woodstockwizards, mi padre y mi tío, eran al igual que yo, campeones.

Yo suponía que usaba el nombre “Jimmy Joks”! le dije, con lo que tuvo para reír hasta las lágrimas. Ese es mi nombre de perrera, nunca mi nombre oficial. Pero tampoco sabes que todo perro tiene dos nombres? ¿Cuáles son tu nombre oficial y número de registro? —Yo tengo, sólo y únicamente, un nombre: “Kid”. “Woodstock Wizard” resopló: ¿Pero quién es tu dueño? ¿Dónde vives? En las caballerizas, señor, y mi amo es el segundo caballerizo. “Woodstock Wizard” se puso a considerarme, sin que un solo pliegue de su cara se moviera. Después de todo — dijo al fin, — tú eres un perrito cortés. Cualquier perro de pelo corto es mucho mejor que esos camellos ataviados que se llaman sanbernardos; y cualquier cosa que se te pueda ofrecer en la cuadra, ven a casa, que tendré mucho gusto en proporcionarte un hueso. Aunque yo ya no puedo comérmelos, no por eso dejo de tomarlos, para esconderlos, enterrándolos en el jardín. Pero no me queda más remedio que despedirme de ti porque mi linda ama se acerca. Créeme que deploro que la diferencia de nuestra categoría social nos mantenga alejados, porque tú eres un estimable perro, respetuoso para con sus superiores, cosa tan extraordinaria en esta tierra!

Al partir, sentí que me quedaba solo y triste; pues era el único perro a quien me había sido dado dirigir la palabra desde hacía algunos días; pero, a la vez, como me había echado en cara el habitar en las cuadras, no me causaba la pena mínima el ver que se alejaba.

Salí, pues, de la sala de trofeos que se encontraba a cierta distancia de las perreras, y vi cómo la señorita Dorotea y “Woodstock Wizard” se alejaban, cuando un hermoso sanbernardo, llamado “Champion Red Elferg”, que había roto su cadena, se les lanzó a la zaga. Apenas hubo alcanzado al viejo “Jimmy Joks”, dejó oír un aullido semejante al silbar de la sirena de un vapor, y en tres saltos estuvo sobre él. Encaramóse recto sobre la espalda con el propósito visible de destrozarle los riñones, por lo que el pobre viejo intentó defenderse con sus mandíbulas desdentadas; pero, como era natural, inútilmente, lo que le hizo ponerse a jadear y a gemir lastimosamente, mientras que el otro le daba crueles mordiscos. No había remedio: la última hora de “Woodstock Wizard II” había sonado. Como yo desconocía los reglamentos que rigen en los campeonatos, me abstuve de intervenir entre dos caballeros que dirimían alguna vieja querrela, contentándome con presenciar el encuentro, cuando “Woodstock Wi-

zard III", que me vió, exclamó con débil voz:

—¡Socorro... pero pronto! ¿Que me mata!

Fué entonces cuando la linda Dorotea, que pedía auxilio llorando, cogió a "Red Elferg" por las traseras patas, y procuró separarlo; pero el bruto se revolvió rápidamente, con ánimo de morderla. Era el instante que yo estaba esperando, por lo que me abalancé contra el saubernardo, y, mi mandíbula, de que madre se ufana tanto, se cerró sobre la garganta lúrida. Como yo no podía sacudirle, sacudía mi propio cuerpo, y a cada uno de mis movimientos, eran treinta libras que quedaban suspendidas de su pesnezo.

Cuando "Red Elferg" estuvo al cabo de sus fuerzas, tuve que huir y refugiarme como alma que lleva el diablo, en las caballerizas, porque los hombres de la perrera, que habían acudido, querían matarme.

La resolución de aquel asunto era clara, por lo que a mi amo y a mí atañía. Mr. Wyndham se presentó en las cuadras, espumante de ira, gritando que yo había medio muerto a su primer premio, por lo que debían apalearme; y que, como quiera que fuese, el amo quedaba despedido; pero la señorita Dorotea, que lo acompañaba, le dijo que "Red Elferg" había atacado a "Jimmy Rocks", cuya vida había salvado, lo que valía más que todos los saubernardos del mundo, y que yo era su campeón.

Mr. Wyndham declaró, a la postre, que podríamos continuar en la casa, pero bajo la condición expresa de que se me encadenara, con lo que todo acababa bien, menos para mí.

A mí me consolaba la idea de que el amo conservaría su puesto, pero el pensamiento de que me encadenarían me desoló; y esto no fué lo peor. Los perros de categoría, incapaces de olvidar mi victoria sobre su campeón, aparecieron en la reja que separaba las perreras de las cuadras y me insultaron de modo feroz.

La mes más tarde, propalóse por las perreras la noticia de que la exposición canina de Nueva York estaba próxima a inaugurarse, y confieso que no vi jamás preparativos semejantes. Los perros peinaban a los saubernardos, les daban masaje, engordaban a unos, ponían dieta a los otros. No se hablaba sino de la exposición y de las probabilidades que unas perreras tenían de triunfar sobre las otras. Bien sabía que las exposiciones no se organizan para la clase de mi amo, por lo que yo permanecía echado, fingiendo dormir.

Por un tiempo antes de que se abriera la apertura de la expo-

sición, la señorita Dorotea se presentó en las caballerizas, acompañada de Mr. Windham, y cuál sería mi asombro cuando me desencadenara, me toma en brazos y exclama:

—¡Pobre animalito; qué crueldad tenerlo amarrado de esta forma! Nolan, conozco poco de bull-terriers, pero creo que "Kid" es un buen perro y un ejemplar digno de que lo exhiba. Como me propongo exponer a "Jimmy Jocks", si usted quiere, haré que inscriban a su perro. ¿No te gustaría, "Kid"?

Sus palabras me produjeron tal contento, que no supe hacer más sino ponerme a menejar el rabo lo más aprisa que pude.

—Pues dice que sí — observó ella.

LA CIERVA Y LA VIÑA

Huyendo de enemigos cazadores

una cierva ligera,
siente, ya fatigada, la carrera
más cecreana de perros y ojeadores.

No viendo la infeliz algún seguro
y vecino paraje
de gruta o de ramaje,
crece su timidez, crece su apuro.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
continúa la fuga presurosa.
halla al paso una viña muy frondosa
y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría
viéndose en paz y a salvo en tan buena hora:
olvida el bien, y de su defensora
los verdes y frescos pámpanos comía.

¡Mas ay! Que de esta suerte
quitando ella las hojas de delante
abrió puerta a la flecha penetrante,
y el listo cazador le dió la muerte.

Castigó con la pena merecida
el justo cielo a la cierva ingrata.
¿Mas qué puede esperar el que maltrata
al mismo que le está dando la vida?

SAMANIEGO.

Mr. Windham cogió, riendo una hoja de papel blanco y se sentó junto a la mesa del caballerizo mayor.

—¿Cómo se llama su perro. Nolan? — preguntó.

—El hombre que me lo vendió me dijo que su padre es Regent Royal, pero, ¿no le parece a usted poco probable?

—Indudablemente — dijo Mr. Wyndham.

—¿Usted no está seguro, Nolan? — interrogó la señorita Dorotea.

—No, señorita — repuso el amo.

—Padre desconocido — declaró Mr. Wyndham. — ¿Fecha de nacimiento?

—Desconocida, señor.

—¿Educador?

—Desconocido, señor — dijo Nolan, mientras yo metía mi cola entre mis piernas.

—¿Cómo se llamaba la madre? — continuó Mr. Wyndham.

—Se llamaba... se llama... también desconocida, señor.

Lamió su mano.

Madre desconocida — escribió Mr. Wyndham, que tomó el papel para leer en voz alta: "Padre desconocido, madre desconocida, educador desconocido, fecha de nacimiento, desconocida".

Dos semanas más tarde, tomábamos todos un tren con dirección a Nueva York. "Jimmy Jocks" y yo, acompañábamos a Nolan en el vagón fumador, mientras veintidós saubernardos fueron embarcados en sus jaulas. Antes de partir, Miss Dorothy hizo venir un especialista que me lavó, cepilló y pulió.

—¡Por vida mía! — dijo "Jim

y procure que el juez no lo pierda de vista un solo momento.

La pista donde se encontraba el juez era, tan semejante a una arena de combate, que cuando me tocó mi turno y vi en ella otros seis perros, me puse en guardia inmediatamente; pero el amo me acarició, y murmuró con voz queda:

—¡Cuidado, "Kid"! Aquí no vienen a batirte. Sé discreto.

Millares de ojos nos contemplaban, y en primera fila encontré a tres mozos de las perreras que se burlaron de Nolan y de mí, y de la señorita Dorotea, cuyo mentón llegaba a la altura de la balaustrada.

Era el juez un hombre de severo aspecto, que usaba lentes y una gran barba roja, y el cual no me vió cuando entré; pero en cuanto el amo me tiró para obligarme a avanzar, como advirtiera mi presencia, me lanzó desde luego una mirada de poco más o menos, para fijarse inmediatamente en mí de manera más atenta. Tuve la impresión de que todo en mi vida había acabado.

—¿No hay más? — preguntó sin separar de mí la vista.

El secretario ojeó su libro.

—Siete en la clase de los que se presentan por primera vez. Ya todos se hallan aquí y puede usted comenzar — dijo, a la vez que cerraba la barrera.

El juez no titubeó ni un punto. Señaló a uno de los rincones de la pista, diciendo a Nolan:

—Llévelo y téngalo allí.

Luego se volvió para examinar minuciosamente a mis seis competidores. No sé cómo llegué al sitio indicado; pero confieso que, de buena gana, hubiera querido escarbar en el serrín para cavar mi tumba.

El examen se prolongó bastante. Medía los perros, los contemplaba y daba vueltas a su alrededor. Después les daba unos golpecillos y los hacía correr, mientras Nolan, tabibzajo, me acariciaba.

Miss Dorothy se nos acercó sin decir palabra, pero enjugándose los ojos con la punta de los dedos.

Ahora el juez había colocado a dos de los seis perros sobre una plataforma pequeña que se encontraba a la mitad de la pista, en tanto que los otros cuatro habían sido relegados a un rincón, donde se entretenían en lamerse.

Aquel par de animales era tan hermoso, que el mismo juez no se decidía a declarar cuál era el mejor de los que lo formaban. Aproximóse al fin a la mesa donde el secretario escribía, y donde estaban dispuestos montones de listones azules, amarillos, rojos y oro, y tomando un puñado de ellos volvió aerea de los dos señores que tenían a los perros.

Dadme sus números — les dijo tendiéndoles sendos listones. En seguida se dirigió rectamente al amo.

—¿Qué número tiene?

le

preguntó con brusquedad.

Sintió el amo tal sorpresa, que no pudo contestar; pero la señorita Dorotea, aplaudiendo, exclamó, en tanto que reía:

—¡Trescientos veintiséis!

El juez inscribió el número, y le tendió al amo un listón azul.

Súbitamente mordió al amo, de alegría, y hubiera mordido con todo gusto a la señorita Dorotea también; y tiraba tan fuerte de la cuerda con que estaba amarrado, que el amo se veía en apuros para contenerme.

Cuando hube llegado a la puerta, la señorita Dorotea me cogió y me besó entre ambas orejas, al mismo tiempo que se aproximó un caballero, que después de examinarme cuidadosamente, dijo:

—Miss Wyndham, ¡qué perro más bonito! ¿Querría usted venderme lo?

—No es mío — contestó la señorita Dorothy —, estrechándose en sus brazos; y en verdad que lo siento.

—No está de venta, caballero — dijo a su vez mi amo.

—¡Ah, con que ese perro es suyo! — dijo el caballero descubriendo a mi amo. Le ofrezco por él quinientos francos — añadió —, con aire despreocupado.

—Se lo agradezco a usted mucho, caballero, pero no está de venta.

En ese instante pasaba un señor, gritando:

—¡Trescientos veintiséis! ¡Trescientos veintiséis!

—Aquí está. ¿Qué ocurre? — preguntó Miss Dorothy.

A la sección de excelentes. Apresurnos; os lo suplico. El juez espera.

Al llegar a la barrera, un secretario inscribió nuestro número.

—¿Quién ha resultado triunfador en la primera clase? — preguntó la señorita Dorotea.

—¿Quién quiere usted que sea, — contestó riendo el comisario —, sino el viejo campeón? Es el tercer año que se lleva el premio. Aquí puede verle, ¿verdad que es magnífico?

Y señalé un perro que se mantenía altanero y firme sobre la plataforma.

Hay que ser sincero y decir que jamás había visto yo un perro tan magnífico, tan bello, tan noble, tan limpio: blanco como si lo hubieran rodado en harina, la nariz al aire, los ojos cerrados, como pensando que nadie era digno de sus miradas.

—¡Pero qué hermoso! — dijo la señorita Dorotea — ¿Como se llama?

—Si a ninguno conoce usted tan bien... — dijo el comisario —. Es el campeón de los campeones: Regente Royal.

El amo enrojeció.

—Y aquí tenéis a su hijo, — dijo éste, tirándome hacia la arena.

El juez asumía un aspecto solemne. Permaneció aún largo rato examinándonos, arrodillado, en

el serrín, y luego se levantó:

—Este, — dijo designándome, y a la vez posó una de sus manos sobre mi padre, exclamando: —Lo siento, de todo corazón.

El caballero que tenía a mi padre, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?... —

—Quiero decir que el otro perro es superior. Y tomando la cabeza de mi padre entre sus manos, le miró tristemente, mientras exclamaba: —¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey! ¡Adiós, Regent!

La multitud aplaudió. Yo me encaminé hacia la barrera tan aturdido que no acertaba a encontrar el camino.

Fué así como entré en posesión de mi "herencia", como dice la señorita Dorotea. La muchedumbre me acompañó hasta mi banco, acariciándome y prodigándome palabras de admiración.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

En lo sucesivo todo fué mimos y requiebros. Si me mojaba las patas, Nolan me daba un baño caliente y me llevaba cerca de la estufa. Si no tenía apetito, mandaban por el veterinario. Mis alimentos eran preparados aparte en una estufita de gas, y la señorita Dorotea me regaló un sobretodo muy elegante.

Después de la exposición del año siguiente, a la que llevé tres listones azules, cuatro copas de plata y dos medallas, recibí mi bautizo oficial. La señorita Dorotea quería que me llamaran "Príncipe Heredero", pero yo me alegré al oír que Nolan decía:

—No, miss Dorothy, porque no debe nada a su padre. Todo se lo debe a usted y a su propio mérito. Si a usted le parece, podemos

Y así se hizo, por lo que todos llamarle "Windham Kid". Y vosotros podéis leer ese nombre en mi sobretodo y en mi perrera.

Cierta día que paseábamos en un dog-cart, y que yo iba al lado de la señorita Dorotea contemplando el paisaje, pensando en lo agradable que es verse tirado por un caballo y no alpresto de tan pronto, viendo a un zorro, o a un pe-

rrero que pedía socorro desesperadamente. Enderecé mis orejas y miré por sobre la cabeza del caballo, prescindiendo algo que me hizo estremecer de pies a cabeza. Sobre el camino, tres enormes perros daban caza a una pobre perrita, a cuya cola los pilluelos habían atado un caldero y la cual estaba cubierta de lodo y espantosamente magullada. Era demasiado vieja para defenderse, pero no por eso dejaba de pelear, vendiendo cara su existencia.

Ví aquello en un abrir y cerrar de ojos, y cuando los perros la tiraron por tierra no pude ya contenerme. Salté por sobre la rueda, me precipité al camino de cabeza, y corrí a tomar parte en la batalla. Sólo oí detrás de mí a la señorita Dorotea exclamando:

—Van a matar a ese pobre perro. Un momento, tome mi látigo.

nos pusimos entonces a saltar, a bailar, a ludrar, a mordernos, rodarnos por el camino.

Vas a venir conmigo, — dije —, y procura no volver a escapar.

Le enseñé nuestra casa con sus cinco techos rojos, colgada de lo alto de la colina: pero mamá se puso a temblar, diciéndome:

—Jamás querrán aceptarme en un sitio de esa naturaleza. ¿Es la mansión del virrey, Kid?

Yo sonreí, advirtiéndola:

No, pero es la mía. Y si se niegan a dejarte entrar, volveremos ambos a la calle, porque no debemos separarnos más.

Trotábamos la una al lado del otro, mientras Nolan intentaba atraparme, y la señorita Dorotea se burlaba de él desde lo alto del cochecito.

—Kid ha entablado relaciones con la vieja perra, — dijo ella —. Puede ser que la conociera desde que callejeaba. Tráigala aquí a mi lado y verá si no la sigue.

A lo oír aquello, le dije a mi madre que subiera al coche, pero ella se resistía, por temor de manchar el traje de la linda dama; al fin me obedeció. Nolan la levantó, le puso toda temblorosa sobre el asiento, y yo seguí el carruaje la drando de alegría.

Una vez que hubimos llegado a las caballerizas, llevé a mamá a mi perrera, diciéndole que tomara posesión de su casa.

—¡Oh, pero cómo eres que de dejarme aquí! — me decía.

—¿Qué no te van a dejar? — le pregunté mirando a Nolan gruñendo para demostrar lo grande que era mi resolución por firme con la mía.

—¡Pero cómo así! ¡Tú Windham Kid! — dijo al mirar a mamá inserto sobre mi perrera.

—¡Sí, yo soy Wyndham Kid! — contesté. — Con que mi madre — ¿Con que mi madre? — Kid es el gran Wyndham Kid, quien todos los perros — lenguas?

La señorita Dorotea lo dijo todo.

—Si Kid quiere que la perra vieja viva en la cuadra, — dijo —, déjala allí. Es una perra vieja y roja y su madre era roja. ¿Será por esto por lo que ha acometido a Kid tal amiga hacia ella?

Al principio mi madre se mostró asombrada, por no haberse tumbado de tratar con gente así, pero era tan cariñosa, que me echó a correr y la conduje a la perrera, donde ella se quedó.

Y me puse a jugar con ella. A veces me iba a la perrera y me quedaba allí, jugando con ella, pero mamá me decía: —¡Vete a jugar con los otros niños! —

Por lo que a mí me dio igual. Yo me quedaba allí, jugando con ella, y mamá me decía: —¡Vete a jugar con los otros niños! —

Sobre el Volga

Nos encontramos sobre uno de los vapores de lujo que hacen la travesía del Volga. El mal tiempo lluvia y niebla — nos impide permanecer en el puente y nos refugiarnos en uno de los salones. Conservan éstos la misma suntuosa apariencia que tenían en tiempo de los Zares.

Cómodamente instalados en los butacones de cuero, contemplamos a través de los cristales, el paisaje extraño que se desliza ante nuestros ojos.

Colinas y más colinas; valles y selvas y bosques, estepas, pantanos y arena. Algunas barcas se deslizan silenciosamente sobre las aguas, cerca de la orilla.

De cuando en cuando, una cabana de pobre aspecto o las ruinas de otras abandonadas.

Un grupo de hombres — pescadores del Volga — preparan su comida de modo muy característico y original; con sus remos clavados en la arena han dispuesto una especie de armazón por medio de sus cuerdas, de las que penden también las grandes calderas, donde, suspendidas a cierta distancia del fuego, se cuece a la suculenta sopa preparada. La escena tiene un marcado color local.

Vamos dejando atrás más cabañas y más llanuras.

El paisaje es sencillo, apacible, serio; tiene una gran serenidad. Una melancolía infinita parece flotar en el ambiente.

El tiempo se ha despejado: pasan las nubes velozmente sobre los pantanos del Kama, y el viento impulsa las olas a poniente, ha descorrido el velo que nos ocultaba la ciudad de Nijni Novogorod, que aparece ahora a nuestros ojos maravillosamente iluminada por la pálida luz del sol de otoño.

Lo que más nos sorprende a primera vista es el contraste que ofrece Nijni Novogorod. En sus cúpulas y cruces doradas pone el col sus últimos destellos; al lado de éstos y otros monumentos interesantes se alinean toda clase de cabañas y chamizos.

Entre la gente que circula por la población distinguimos, muy típicos, los mendigos, los vendedores callejeros y las lavanderas; llevan éstas la cabeza cubierta por vistosos pañuelos y las piernas descalzas.

Nijni Novogorod está situada en la confluencia del Volga y del Oka; a 430 kilómetros este de Moscú y a 1.200 sureste de San Petersburgo. Obispado griego.

Tiene como monumentos notables el Kremlin o Fuerte; dos catedrales, veintiséis iglesias, muchas de ellas con cúpulas doradas, una fuente bellísima y algunos otros pintados con vivos colores, carac-

monumentos de menor importancia.

Nijni Novogorod fué fundada por Iouri III en 1227. Los duques de Soujda la eligieron para su residencia, antes de Moscú. La ciudad fué arrasada por los tártaros en 1317 y 1378.

El clima es sano y la tierra bastante fértil. Es un punto estratégico comercial, disposición facilitada por tres ríos: el Volga, el

Las dos imágenes

En su gabinete de trabajo, Pedro Villebourg concluía una carta dirigida a su infiel prometida.

“Adiós, Juanita, mi único y gran amor. Sin ti, para nada quiero la vida. Pero antes de sumirme en las tinieblas del más allá, quiero evocarte por última vez, ver en mi pensamiento tu rostro reidor de muchacha inconscientemente cruel, el oro vaporoso de tus cabellos, tu nariz imperiosa, anegar mi mirada en el agua glauca de tus pupilas. ¡Adiós, Juanita! Cuando leas estas líneas, este corazón, que tan tuyo ha sido, habrá cesado de latir.”

Por una especie de desdoblamiento de su personalidad, Pedro Villebourg, al esforzarse en traducir así el tumulto de su pensamiento, sentía el ridículo de estas palabras.

Mientras una lágrima humedecía el papel, desesperado, pero satisfecho de la ironía de su comparación, se decía:

—Soy un autor romántico, y el público, cansado, no comprenderá mi lirismo.

Firmó su carta, la metió en un sobre y la puso junto a otro pliego, en que se leía: “Este es mi testamento.”

Todo estaba ultimado. A Pedro sólo le correspondía ya desaparecer.

Quiso, sin embargo, fumar su último cigarrillo y beber su postrera copa de licor.

Una rosa, colocada en un florero de cristal, le sugirió una nueva tentación. Se inclinó para respirarla, y la flor, casi marchita se deshojó.

Pedro armó su revólver, y tranquilamente puso el cañón sobre su sien.

Sonó una detonación y aun-

vanas de camellos y comerciantes con turbantes y gorras de pieles. Estos carteles abigarrados dan una idea que parece ser muy exacta de lo que son estas ferias.

Nos hemos detenido algunas horas en Nijni Novogorod. No hemos conseguido ver un camello; en cambio, hemos visto, con sorpresa un gigantesco oso custodiando la entrada de un hotel, un oso perfectamente domesticado, que hace esta original “réclame”.

Este hotel, uno de los más recomendados a los europeos, es de muy reducidas dimensiones.

Aún en la escalera se ven reuniones de huéspedes que charlan animadamente, formando un caos

que Pedro no había apretado el gatillo, se asombró de estar aún en este mundo.

Un neumático había estallado en la calle. Por instintiva curiosidad, Villebourg se asomó a la ventana. Hacía una mañana espléndida. Pasaban raudos los automóviles. Las aceras estaban llenas de gente.

—Un solo ser me falta y todo es soledad—murmuró Pedro, al tiempo que sentía que su voluntad flaqueaba.

La vida adornada de todos sus encantos, le retenía al borde del abismo.

En aquel momento pasaba frente a su casa una señora anciana.

Era la madre de Juanita. Se parecía extraordinariamente a su hija; pero como una caricatura a un buen retrato.

—He aquí — pensó — por quién te matas. Por una mujer que será igual que ésa dentro de algunos años. Por aquel rostro ajado y lleno de arrugas, por aquel cuerpo encorvado, por estrechar algún día esos senos en tu brazos es por lo que te vas...

Un campanillazo interrumpió el monólogo interior.

Villebourg se guardó el revólver en el bolsillo y fué a abrir.

Un mensajero le entregó un sobre.

“Pedro — le escribía Juanita —, perdóname. Me arrepiento del mal que te he hecho. Vuelve. Te amo y soy tuya para siempre.”

Pero Pedro veía ahora superpuestas dos imágenes de mujer y ya no sabía si amaba a Juanita.

Andrés ROMANE

Oka y el Soura.

La gran feria, llamada el Markiew, que allí se celebra, es una de las principales de Europa y atrae a más de 500.000 individuos.

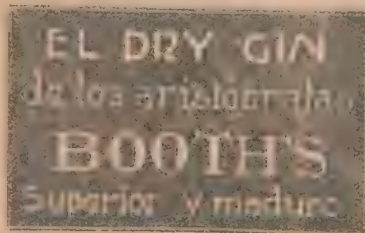
Esta feria anual se celebra aquí con la mayor animación; por todas partes, antes de llegar, pueden verse los grandes carteles anunciados. En ellos aparecen, pintados con vivos colores, cara-

de lenguas, una verdadera Babel: ruso, tártaro, caucásico y una porción de lenguas desconocidas para nosotros.

A media noche hemos reanudado nuestra travesía.

Los bosques de abedules, bañados por la luz de la luna, adquieren un aspecto realmente fantástico.

Durante nuestra parada se han



ocupado todos los camarotes de 3ra. y 4ta. clase. Van a bordo doce familias: comerciantes tártaros en su mayoría, trabajadores rusos que se dirigen a Astrakán y algunos músicos armados de sus violines y acordeones, que se creen en el deber de amenizarnos la travesía.

Hacia el este distinguimos en las sombras de la noche un bosque negro, una inmensa y tupida selva; en ella deben habitar los lobos y fieras que tanto hemos oído hablar en los relatos de estas tierras.

Entre la gente que viene a bordo encontramos dos médicos rusos que hicieron la guerra y conocieron todas las fases del largo y angustioso período.

Hay encantados la travesía del Volga, que consideran desde hace tiempo como una buena cura. Otro de los viajeros, un profesor, nos cuenta sus amarguras de casado, y cómo este viaje sobre el Volga lo hace para celebrar su reciente divorcio.

Brindamos a la salud de todos, fraseando sendas copas de Wodka.

Ha pasado la noche; de entre las sombras de ella surge el día, dibujando hábilmente los menores contornos en esta luz vaga, imprecisa del amanecer.

Como en un sueño contemplamos esta tierra tan cantada en las viejas leyendas de Rusia; el río, las estepas y los bosques milenarios, cuyo encanto hemos presentado alguna vez ante el poder evocador de la música rusa.

El paisaje, iluminado por la luz mañanera, es de una gran serenidad.

En la proa del barco un hombre de hinojos con la frente apoyada en el suelo, adora a su dios; es un musulmán.

Seguimos avanzando sobre las aguas. Brilla ahora el sol sobre las vastas estepas.

Nos cruzamos en el camino con muchos “burlaki” — pescadores del Volga. — Cantan canciones de su tierra, con el sentimiento y armonía tan propios del alma eslava.

En las orillas del Volga divisamos algunos árboles, encinas y abedules, truncados por el huracán.

Cantan los pescadores, deslizándose sus barcos como cáscaras de nuez sobre la poderosa corriente, mientras nosotros gozamos plenamente del encanto que se desprende de esta tierra infinita y extraña.

Había llegado en busca de trabajo y mirándose las manos se decía tristemente:

¡Pobres manos mías! ¡Qué feas se están poniendo! — Y si sus manos eran ahora blancas, finas y suaves, ¿podían acaso ser feas? Pues, sí, feas: feas de no trabajar: lisas... blandas... exangües...

Añoraba ahora sus manos de herrero: callosas, fuertes, tostadas por el fuego. Recordaba con tristeza aquel repiqueteo de su martillo en el yunque: catarata de gotas cristalinas, desgranar de perlas, canto de canario. Todo estaba lejos... allá, en su pueblecito natal, encajado entre las sierras en el valle lozano de naranjos y sombreado de palmeras gigantes.

Había buído del lado de su padre, del lado del yunque, sobre el cual se ganó el pan de su crianza. Creyó el mundo suyo: se echó a correrlo, pero ¡cuánta desilusión! probó bien pronto! ¡Cuánta inquietud halló en aquella libertad que tanto ansiara!

Vagaba por la plaza, el lugar preferido de los desocupados: allí van a rumiar sus pensamientos, a forjar sus proyectos, a esperar lo que venga, a matar ese tiempo odioso que los está matando.

Se dejó caer en un banco, al borde de un sendero, y metiendo la mano en el bolsillo contó por centésima vez el dinero que aún le quedaba: cuatro monedas: treinta centavos: su fortuna.

—Voy a robar — pensó — voy a morir ladrón. Este dinero no me alcanza para comprar con que envenenarme.

Y es que además tenía hambre: quería comprar pan y queso; quería comer algo antes de morir. Estaba ya perdiendo esa fea costumbre que tenemos todos: ¡comer! ¿Hay algo más prosaico, más vulgar? Y, sin embargo, quería comer. ¡Tontería! — dirán ustedes. — Vaya un pan perdido, vaya un queso tirado a la calle! Pero es que él tenía hambre, y el hambre nada respeta, el hombre no razona, el hambre es una canalla; lo avasalla todo, todo lo trastorna.

Sonriente, contenta, vino a sentarse frente, sendero por medio, una linda muchachita vestida de azul, melenita negra y peineta roja. Con airosa desenvoltura cruzó la pierna, y se engolfó en la lectura de un libro.

El la miró: ¡Qué dichosa parecía! De cuando en cuando, por arriba del libro, echaba una ojeada a los transeúntes que cruzaban ante ella y de paso lo miraba también a él, a Ramón. ¿Y qué pensaría de Ramón la linda muchachita? ¿Se sanearía quizás atrás del libro, al hallarse los ojos de ella en tantas veces miraba con los ojos de él? En cualquier caso, cuán lejos estaba de sospechar la verdad. Estaba frente a un hom-

Ramón y Generosa

Por CLOTILDE C. BUCETA

bre al cual no se le importaba un ardite del mundo entero, cuanto menos de ella.

Todo esto cavilaba Ramón al mirarla pero... o aquella mujer fingía leer o leía rematadamente. A él ya lo estaba poniendo nervioso: jamás daba vuelta la hoja. Empezó a observarla mejor, y vió, por sus movimientos de cabeza y los gestos de su cara, el es-

lecerán acaso los muertos?...

El reloj de la torre cercana dio las diez horas y la linda muchachita, contenta siempre, cerró de un golpe el libro, de un salto se puso de pie y echó a andar ágil y saltarina como un pájaro.

El la siguió con la vista: al alzarse del banco lo había mirado con un modo que tal vez quería decir:

¡Quién fuera hembra!...

Ya me cansa el pantalón,
origen de mi tormento.
Lo digo como lo siento:
¡reniego de ser varón!

Gozar tantas preeminencias
digo que no me divierte.
Esto de ser *sero fuerte*
tiene mil inconveniencias!

Sostengo que es una guasa
y una constante vigilia
el ser *padre de familia*
y *cabeza de la casa*.

El tener que mantener
la familia es horroroso.
¡Pues apenas es costoso
dar a tantos de comer!

Es una dificultad
que no negará ninguno.
Hoy, en el mundo, come uno
casi por casualidad.

¡Ser mujer es delicioso!
Es una fortuna rara
eso de casarse para
que las mantenga su esposo.

Lo más dulce le tocó
a esa mitad cara y bella.
¿Que viene la paga? *Ella*.
¿Que viene el casero?... ¡*Yo!*

Para ellas lo divertido,
el gozar en dulce calma;
¡pero hay que romperse el al-
ma?...
pues para eso está el marido.

¿Que las hacen el amor?...
Pues el matarse interesa.
Somos los perros de presa
guardadores de su honor.

Que su vida es un tormento
dicen, y que es una cruz
el trance de dar a luz...
¡Eso es cuestión de un momen-
to!

Son dos segundos de pena
y, si viene muy mal, diez.
¡Más sufro yo cada vez
que doy un hijo a la escena!

Por los miserables cuartos
paso dos mil desazones.
¡Pues valientes comadrones
asisten a nuestros partos!

Un público aterrador,
deseando en su fiera
que no saque la cabeza
el fruto del pobre autor.

¿Que al hijo su sangre dan
las madres?... Pues buen pro-
vecho.

Más fácil es darle el pecho
a un hijo que darle pan.

Esta carga abrumadora
me pesa más cada día.
Mi tranquilidad sería
haber nacido señora.

¡Gozar completo reposo;
divertirme alegremente,
y comerme ricamente
lo que ganara mi esposo!

Y si era escaso su haber,
buscármelas... ¡No que no!
¡Bonita sería yo
para estarme sin comer!

José JACKSON FEYJAN

fuerzo que le costaba descifrar lo que leía. Cada vez que alzaba los ojos se perdía y le era un triunfo encontrar la línea en que iba.

—Hay otros más desgraciados que yo — pensó Ramón. — ¡Analfabeta! ¡Quiérese mayor desgracia!

Y, sin embargo, de qué le serviría a él saber leer divinamente si para aquella noche ya estaría durmiendo el sueño eterno, y si los que duermen no pueden leer?

Bello soñador: ¡quién fuera la dueña de su corazón!

Pero... no había comprendido ya esa mujer que a él no le importaba medio ardite del mundo entero, cuanto menos de ella?

A pesar de eso la siguió... la siguió con la vista y vió que entraba en un Banco... ¡Prosaica, vulgar! Iba a poner dinero... o a sacarlo. Sí: su vecinita del banco de enfrente había entrado en un Banco, pero... ¡Oh! Ramón que-

dó como petrificado: le pareció que la sangre se le paralizaba en las venas: un frío glacial le recorrió el cuerpo.

¡Su vecinita del banco de enfrente había dejado en el escaparate su linda cartera forma libro. El tenía al alcance de su mano lo que fuera para él acaso una fortuna. Se puso también él de pie, pero creyó no poder dar un paso: como de plomo le pesaban las piernas: fué fuerte, no obstante; fué tenaz, fué heroico; llegó hasta donde estaba la cartera; se apoderó de ella y la abrió. Como un libro de billetes de Banco la llenaba tanto, que parecía querer reventar. Allí no había cisne, ni pelvos, ni carmin, ni cartitas del novio: allí había solamente plata y plata y plata. ¡Vulgar... prosaica!...

Ramón guardó la cartera y se puso en acecho detrás de unos árboles. La dueña volvería: estaba seguro; pero... se la daría él o le cambiarían las piernas de plomo en piernas de plumas y echaría a correr como el viento? Eso estaba por verse todavía; dependería de su estado de ánimo.

Súbitamente Ramón quedóse mudo de sorpresa: la linda muchachita vestida de azul llegó nuevamente a aquel banco, pero no por donde Ramón la esperaba: llegó como un torbellino, dando saltos enormes, por entre los árboles.

Al llegar a aquel banco y no hallar su cartera, salió de su pecho un ruido como si algo se hubiese roto en él. Quedó un momento muda, con los ojos agrandados de espanto y la boca entreabierta como para dar gritos... muchos gritos, tantos seguramente que al apretujarse todos en la garganta no podía salir ninguno... Por fin rompió en sollozos y con los brazos caídos empezó a andar por un sendero y a volver nuevamente... y a seguir por otro... y a volverse a volver... En una de esas topó con Ramón, que seguía temiendo las piernas de plomo:

—¡Ah!... — exclamó ella, abatida a morir.

Y él: — ¡Oh! — susurró espantado al mirarla.

Ella vaciló: pareció que se iba a caer, y Ramón sintió entonces de pluma las piernas: de un salto estuvo a su lado y la sostuvo en sus brazos. Así, abrazados, llegaron a un banco; pero Generosa era recatada, honestísima, cándida, y aun en este caso tan excepcional creyóse ofendida, y sobreponiéndose a las circunstancias se retiró bruscamente a la puntita del asiento.

Caballero...

—Señorita...

Miró ella bien a la cara de Ramón: aquel hombre no era un sinvergüenza y aquel hombre... parecía su vecino del banco de enfrente...

—Ha perdido mi cartera — di-

jo. — ¿Creo haberla dejado en aquel banco... ¿no la ha visto usted, por casualidad?

—Qué lástima — contestó Ramón inmutable. — ¿Y tenía dinero?

—¡Mil pesos! Y no eran solo míos: que somos tres hermanas, las tres trabajamos y eran nuestros ahorros de dos años que iba yo a poner en el Banco. ¡Es para morirse! ¡Es para matarse!...

—¡Bah! señorita... no se aflija: hasta la salud.

Pero Generosa no se conformaba: volvía a romper en sollozos y exasperándose cada vez más, terminó entregándose a una desolación rayana a la locura.

Ramón quería hacerse el fuerte, aunque también estaba impresionado.

—¡Señorita... señorita... ¿a qué tanto llanto? Yo hoy tampoco tenía un centavo y, sin embargo... hay que tener paciencia... la plata viene y se va y se va y viene.

La infeliz lo miró con ojos extravíados.

—Caballero — le dijo — ¿me hace un favor?... ¡présteme un peso!

—¿Y para qué?

—¡Para cianuro!

—Lo siento pero no puedo, no tengo un peso; el dinero que tengo es ajeno ¿y sabe de quién es?

Ella lo miró llena de esperanza.

—¿De quién? — tartamudeó.

—¡Suyo!

Aquí no hubo recato, ni rubor, ni reparo siquiera. Al sacar Ramón el dinero Generosa le echó los brazos al cuello.

—¿Es usted un gran hombre! — exclamó llena de júbilo. — Es usted mi salvación, mi hermano, mi padre, mi abuelo!...

Ramón se rascó la nuca: estaba impresionado y además pensaba.

Nada de eso me gusta — le dijo.

Ella, al darse cuenta de lo que había hecho, escondió la cara en las manos.

—¡Perdón! — murmuró.

—No me juzgue mal!

Ramón ya no la escuchaba: contemplaba el espacio insondable del cielo. Ya no tenía dinero, ni tenía esperanza, ni hambre siquiera.

Ahora soy yo, señorita, el que pide un peso. — Generosa había entendido un beso y se puso encarnada.

—Perdone... pero eso no puedo.

—¿Tiene usted mil y no puede darme uno? — dijo él, en tono de reproche, y Generosa, toda azorada al comprender la plancha que había hecho, se rectificó en seguida:

—Pero no; cien sí — y alargó un billete.

—Perdone... es que cien no es dinero que no le devuelva: los muertos no pueden pagar las deudas de los vivos.

Ella lo miró asombrada. No po-

día comprenderlo ¿qué quería decir aquel hombre?...

—¿Y para qué quiere un peso? preguntó a su vez.

—¡Para cianuro!

Al oír esto creyó comprenderlo, y lo miró con reproche también.

—¡Malo! ¡malo! ahora se burla de mí. Usted no puede com-

triste pasar toda la vida en casa extraña... siempre sirviendo... siempre humillándose?...

—¿Y cree usted que no será más triste verse, como yo me veo, en sitio desconocido, sin dinero y sin trabajo? Hace un rato, mientras usted leía tan satisfecha, yo proyectaba eliminarme, irme del

Pequeñas historias

Un misionero que predicaba en tierras africanas llegó a un lugar tan salvaje, que quedó pasmado de ver las costumbres de aquellos antropófagos, que no obedecían otras leyes que sus necesidades propias, y no respetaban nada.

Viendo el santo barón que allí tenía tarea para muchos días, se instaló lo menos incómodamente que pudo y empezó a predicar con toda ilusión:

—¡Hijos míos! — decía — Nuestra santa religión no permite tener más que una esposa, y vosotros cometéis el grave pecado de tener cuatro o cinco cada uno...

Cada día predicaba sobre el mismo tema, encaminando siempre su palabra a destruir la poligamia.

El misionero, cansado de predicar, se fué de aquel lugar y no volvió allí hasta pasados algunos meses.

Los salvajes, al verle, salieron a recibirle haciendo toda clase de demostraciones de alegría. Habían comprendido las razones que el santo misionero predicaba y habían cumplido lo que les había ordenado.

—¡Padre! — dijo uno de ellos — Hemos cumplido lo que nos indicó cuando estuvo entre nosotros la primera vez. Ya no tenemos más que una esposa cada uno.

—¡Ah! ¡Muy bien! — dijo, hermosa! — exclamó encarnado el misionero — Y las otras, hijo mío, ¿dónde están?

—¡Oh!... — ¿Las otras? — repuso el salvaje, pasándose por los gruesos labios su lengua roja — ¿Las otras? ¡Nos las hemos comido!

Un pastor protestante fué citado para comparecer en la Comisaría, acusado de manejar su auto con excesiva velocidad.

—Usted dice — exclamó el comisario — que iba solamente a quince kilómetros por hora, pero el agente declara que iba a cuarenta. No quisiera poner en duda ninguna de las dos de-

claraciones. ¿Cree usted que el agente tiene algún motivo para decir lo que dice? ¿Hace tenido ustedes algún disgusto, por el cual le guarde rencor?

—No sé... no sé... Como no sea que lo casé hace tres meses.

Un señor, bien vestido y ceremonioso, se presenta ante la presidenta de la Sociedad de Beneficencia para hablarle de una familia que se encuentra en la mayor miseria.

—Se trata — le dice — de una mujer enferma, cuyo marido falleció hace poco, dejando varios niños desamparados. Deben tres meses de alquiler de la casita que ocupan, y si no los pagan pronto, los desahuciarán sin contemplaciones. Imagínese, señora, esa madre enferma y esos pobres niños en medio de la calle, sin hogar, obligados a dormir en la intemperie. Y todo por cincuenta miserables pesos que deben de alquiler. ¿No podrán ustedes ayudarlos? ¿Pagarles el alquiler?...

—Sí — contestó la presidenta — los ayudaremos. Pero, y usted, ¿quién es?

—¡Oh!... — contestó aquel señor tan bien vestido — Yo soy el propietario de la casa donde viven.

En unos grandes almacenes, un señor, cargado de paquetes, cae de un lado a otro, como si buscara algo.

Un dependiente amable y obsequioso, le pregunta:

—¿Desea algo el señor?

—No... Sí... Es que... lea, lo que me pasa es que acabo de perder a mi señora.

El dependiente llama a un cadete y le dice:

—Acompaña al señor a la sección de lutos.

STACEY BLAKE

mundo; sí: írmelo, pero no tenía un peso para comprar cianuro, ¿de-me usted un peso! no podré devolvérselo, pero usted es tan buena, usted me perdonará, y con poco gasto habrá hecho una buena obra: ayudar a marcharse del mundo a un alma que no era de él.

—No diga locuras! — gruñó

Fotografados Tricromías. Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER & Cía

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

casi ella — ¡no puedo oírlo! ¡me hace daño!

Fué a sacar su pañuelito para enjugarse nuevamente los ojos arrasados de lágrimas y rodó al suelo un peso.

Ramón lo atrapó. Se levantó bruscamente y echó a andar, sin decirle a ella nada: ni adiós siquiera.

Generosa pensaba si aquél sería un loco: lo siguió con la vista como antes él a ella, y el temor de que cumpliera su promesa, la hizo levantarse, y corriendo casi, lo alcanzó al cruzar la calle, frente a la farmacia.

Iba ya a entrar él, cuando ella se le asió de un brazo.

—Pero... ¿es verdad? ¿Va usted a comprar cianuro? ¿Va usted a envenenarse?

—Y qué le importa al mundo? — dijo él con convicción.

—No: ¡yo no quiero! — gritó Generosa — llamaré a un vigilante! ¡Usted no hará eso! ¡No hay cianuro en esta farmacia, ni sirve: es malo!

—¿Y por qué no sirve? ¿Qué... es ordinario? ¿Tiene mal gusto?

—¡Sabe a demonios!

—¡Jesús!

Ni ella le soltó el brazo, ni él se resistió ya: echaron a andar así, calle abajo.

—Yo me llamo Generosa — dijo ella después de un corto silencio.

—Y yo Ramón — contestó él, mirándola embebido.

Hubo otro corto silencio: no sabían qué hablarse: caminaban sin saber a dónde iban, queriendo sólo alejarse del cianuro.

—¿Qué leía hoy, Generosa? — preguntó por fin él.

—Leía... El dueño de las herrerías: Yo creía que era mi tío, que era una burla para él, porque están los obreros en huelga; pero parece que no: que él no es.

—¿Tiene usted tío y tía? ¿Le gustaría? — preguntó él, con seriedad.

Herrerías tiene y grandezas.

pero parece que no es el, el del libro.

Entonces será mi padre dijo Ramón, bien consciente de que decía un disparate; pero no quería ser más que Generosa.

¿Qué? tiene herrería su padre?

—Sí: Una muy chiquita; pero herrería es: que allí aprendí yo de herrero.

Ya sabía Ramón a qué iba esto, y ganó la partida. ¿Cómo no había Generosa de hablar a su tío para dar trabajo a aquel hombre, que tan honradamente habíase portado?

Y todo esto no ha pasado ayer, que ha pasado hace tiempo; por eso Ramón dijo el otro día a Generosa:

—¿Qué chambonada habríamos hecho en matarnos, mujercita mía! ¡lo que habríamos perdido!...

—Sí, es tontería matarse, para morir siempre hay tiempo.

—Es verdad — exclamó ella, abrazándolo — yo no quiero morir nunca ¡es tan lindo vivir!

—De veras que es lindo! — decía él.

Salvado de la muerte por una fracción de segundo

Tres guardianes de la penitenciaría San Quintín, estaban sentados en una pequeña cabina sobre la plataforma del cadalso. Cada uno tenía a su derecha un cuchillo sumamente afilado, colocado muy cerca de una cuerda muy fuerte, que seguía longitudinalmente una tabla de 30 centímetros de ancho y 60 de largo y desaparecía en un pequeño agujero de la tabla.

Los guardianes vigilaban la parte alta de un tabique que se encontraba a la izquierda de la cabina, sin techar. Dentro de algunos segundos aparecería una mano encima del borde. Sería la señal advirtiéndoles a los guardianes de cortar simultáneamente con sus cuchillos las tres cuerdas extendidas delante de ellos.

Una de esas cuerdas retenía una bola de hierro que pesaba 25 kilogramos, suspendida en un tubo recto. La bola, puesta en libertad, se precipitaba sobre el declive del escotillón del cadalso, lanzando una vida a la eternidad.

Ningún ser humano sabía cuál de los tres guardianes tenía la cuerda fatal. Las cuerdas habían sido colocadas una hora antes del momento fijado para la ejecución.



—Vengo a pedirle la mano de su hija.
—¿Está usted en condiciones de sostener una familia?
—Sí, señora.
—Está bien. Supongo que sabrá usted que somos siete.

El encargado que las colocaba sólo veía las extremidades libres, y no sabía qué cuerda ocasionaría la muerte. El que ataba la cuerda al contrapeso ignoraba donde sería colocada. Los tres guardianes tampoco lo sabían, y cada uno podía tener la creencia de que había cortado una cuerda libre. Jim-Martín, rodeado de guardianes, acompañado de un sacerdote, subió lentamente los trece escalones de la plataforma del cadalso. Le colocaron rápidamente sobre el escotillón. Un guardián lanzó una correa alrededor de sus tobillos y el verdugo le colocó el lazo corredizo en el cuello. Otro guardián envolvió la cabeza y las espaldas del condenado con un gran capuchón negro, que debía ocultar a los espectadores las horribles contor-

siones del moribundo. Sólo faltaba que el verdugo levantara la mano para que los tres hombres cortasen la cuerda.

Faltaba algunos segundos para que Jim-Martín, el rudo herrero, robusto y fuerte, pagase con la vida el delito de haber matado a su mujer.

Ciento cincuenta espectadores, reunidos por una curiosidad morbosa, y unos quince periodistas que asistían por deber profesional, observaban en silencio los preparativos de la ejecución, esperando el instante supremo.

Dos médicos se encontraban debajo del cadalso para certificar la muerte. Al lado de ellos, un detenido de la cárcel, hombre de confianza, estaba encargado de precipitarse sobre el cuerpo del ajus-

LA BACANTE

En el revuelto lecho, la Bacante sueña y sonríe... en desnudez gloriosa. Sus curvas de escultura primorosa, firmes, esperan el buril triunfante.

Blanca ilusión magnífica, mi amante el del Placer una celeste diosa, palpitando, sensual, en voluptuosa sensación de la carne lujuriente....

Encarnación de la belleza griega, a las caricias del amor entrega su fascinante cuerpo delicado...

Y en la orgía triunfal, pasa cantando, y vá rosas de fuego deshojando sobre sus tibias carnes de pecado...

Julio C. VIALE PAZ



liciado en el momento de caer y abrirle rápidamente la camisa, para que los médicos le reconociesen.

El director de la cárcel y su secretario, apartados de los espectadores, cerca de un teléfono que comunicaba con el gobernador de California, estaban pendientes de algún aviso.

El verdugo levantaba la mano para hacer la señal, cuando observó que el nudo de la cuerda que rodeaba el cuello del condenado no estaba bien colocado. Rápidamente se acercó, ajustó el nudo y volvió a su sitio.

En una fracción de segundo la señal iba a ser dada, y Martín, ejecutado. La mano del verdugo se levantaba... cuando en aquel mismo instante la fuerte llamada del teléfono dejó a espectadores y funcionarios petrificados. Algunos de los presentes perdieron el conocimiento de la fuerte emoción.

El verdugo se precipitó hacia el condenado aflojó el nudo de la cuerda y le arrancó el capuchón de la cabeza. El infeliz condenado se abandonó en brazos de los guardianes.

"No, señor gobernador; no es demasiado tarde", decía el director por teléfono.



Luchas Modernas

En los futuros viajes aéreos, uno de los servicios que habrán de estar mejor organizados a bordo de los aparatos aéreos será el de incendios.

El aparato ocupado por varios viajeros, se ve de pronto envuelto en llamas; sus ocupantes, ante el gran peligro, corren de un lado para otro, cayendo, enloquecidos, al espacio; el piloto, sin poder conducir la nave hacia el campo donde aterrizar, abandona el mando y busca anheloso el paracaídas salvador; el avión, perdido todo control de mando, cae raudamente a tierra, aprisionando entre sus restos humeantes a la mayor parte del pasaje.

Durante la guerra europea estos accidentes eran frecuentes entre aviones de caza y bombardeo, y el recuerdo de aquellas escenas, el de los pilotos que mueren por incendio del motor, ha hecho que las empresas de transportes aéreos se preocupen de esa contingencia tan peligrosa a bordo de aviones, y busquen el medio de evitarlas o de aminorar, por lo menos, sus efectos, creando un rápido y eficaz servicio extintor.

Los feroces y monstruosos enemigos del género humano, de cuya compañía gozaron nuestros antepasados prehistóricos, tienen como sucesores en la preocupación del hombre a un conjunto de invisibles seres que le amenazan de continuo. Aparte de los microbios cuyo descubrimiento es imposible sin ayuda del microscopio, existe un conjunto de moscas, mosquitos, garrapatas, etc., más peligrosos que el tigre o el oso de las cavernas, más destructores que el mastodonte.

Para ilustrar al público, en particular a los niños, sobre estos enemigos diminutos que constantemente están incubando enfermedades, el Museo de Historia Natural de South Kensington, Inglaterra, ha establecido una sección de modelos de mosquitos, garrapatas, etc., aumentados convenientemente para ser cuidadosamente montados por los técnicos para que el público pueda conocer los insectos en su grotesco e impresionante aspecto y se vaya habituando a la idea de que necesita aportar su concurso a la obra destructora de éstos para bien suyo y de la sociedad.

Los modelos expuestos logrados después de una difícil y continuada labor, son de gran exactitud en sus menores detalles, y principalmente hechos de cera. En la jirafa, por ejemplo, se precisaron más de dos mil pelos para dar una idea de este insecto.

Antes de proceder a montar los insectos, los naturalistas realizan un concienzudo examen del animal a reproducir con ayuda de potentes instrumentos y copiar hasta el menor detalle de éstos. Después se pintan cuidadosamente para darles una sensación de vida.

Los modelos que nos ocupan han sido de gran utilidad para estudiarlos en las clases. Prácticamente es imposible permitir a cada niño examinar el insecto auténtico a través del microscopio en clase; pero es fácil llevarlos reunidos ante una de las vitrinas del Museo donde se exhiben, de forma que puedan ser estudiados de un modo práctico y detenido.

Con estas observaciones el niño queda impresionado y se da cuenta de los peligros a que su vida está sujeta. El aumento de tamaño, forma en que los insectos se le presentan, es un acierto, porque la contemplación de un ser diminuto cuyas armas no se distinguen no causa la misma impresión que cuando se le ve del tamaño de un perro, extendidos sus enormes apéndices portadores de gérmenes insalubres. Y esta impresión de peligro se da no sólo a los pequeños visitantes, sino a todos cuan-

Un museo original

Insectos preparados científicamente

tos los contemplan, sea cual sea su edad.

El que haya visto una vez los modelos de las garrapatas y de la pulga tropical, por ejemplo, y sepa los peligros que con su vecindad corre su salud, tendrá buen cuidado de huir la compañía de huéspedes tan molestos. La misma mosca común, de cuyas molestias son sabedores todos, no causa la misma impresión al contemplarla en su tamaño natural que viendo su modelo en cera, que detalla sus partes y presenta sus patas de modo que pueda estudiarse cómo éstas no son otra cosa que un de-

ca tsé-tsé, la mosca común, la jirafa y el acaro.

Próximamente se aumentará la instalación con nuevas especies hasta completar todas las especies conocidas.

Dado el entusiasmo del público por conocer estos modelos aumentados de insectos y su interés por observar los detalles de constitución de los mismos, los directores del Museo han esbozado la idea de llevar hacia otros campos la atención del público, presentándole también modelos aumentados de otras formas de vida animal que de este modo se le presenta en

SI TU NO ME HABLAS

Si tú no me hablas, mi Dueño, colmaré mi corazón con tu silencio y lo aceptaré todo resignado.

Me quedaré inmóvil y esperaré con la calma solemne de las noches estrelladas. La mañana ha de venir seguramente; las sombras se desvanecerán, y tu voz, en torrentes de oro, romperá a través del cielo.

Entonces, tus palabras, Señor, tomarán alas en cada uno de mis cantos, y volarán en bandadas, desde mis nidos. Entonces, Señor, tus melodías florecerán, en supremas floraciones, desde el fondo de las selvas de mi alma.

EL COMPAÑERO

Yo partí solo en mi camino hacia el lugar de la cita, ¿y quién es éste que ahora me sigue en la oscuridad silenciosa? Quiero esquivar su presencia y no puedo evitarlo. Levanta polvo de la tierra en su andar pretencioso, y une su voz aguda a cada palabra mía!

—Es mi propia e insignificante personalidad, Señor, que no conoce la vergüenza y en cuya pobre compañía yo no me atrevo a llegar hasta tu puerta.

EL DESEO

¡Oh, necio, que tratas de llevarte a ti mismo sobre tus hombros! ¡Mendigo, que vienes a implorar a tu propia puerta! Deja tus cargas y dolores en las manos de Aquél que puede llevarlo todo, y no mires hacia atrás arrepentido.

Tus deseos extinguen bruscamente la lámpara, si la tocan con su aliento. Es impuro: no recibas dones de esa suerte. Acepta sólo lo que te ofrezcan con sagrado amor.

Rabindranath TAGORE

pósito de gérmenes.

E. E. Austen, el entomólogo que ha dirigido la instalación, tratando de lo conseguido con ella, dice que "mostrando al público en tamaño natural las especies de insectos propagadores de enfermedades era imposible hacer asequible al gran público las características de éstos y cómo, por otra parte, los dibujos, por bien ejecutados que estén, no se libran de omitir algún detalle, adaptó los modelos aumentados que el Museo exhibe".

Las especies que se han conseguido representar son trece, y entre ellas figura el mosquito de la fiebre, la garrapata africana, la pulga tropical, dos clases de mos-

malafagos, apluros (piojos), etc.

A las moscas domésticas se adhieren los bacilos del cólera y del tifus, que conservan mucho tiempo, transportados por ellos de una parte a otra. Las moscas contribuyen igualmente a la propagación de la peste bubónica, como se comprobó durante las epidemias de Bombay y Hong-Kong.

En 1869, Rambert demostró que la mosca transmitía el bacilo de la pústula maligna, y Leidy, durante la Guerra de Sucesión, demostró que se debía a ella la propagación de la podredumbre entre los heridos de los hospitales. La transmisión por las moscas de la oftalmía y de lo conjuntivitis fué indicada por Lavedan y su transmisión del cólera y de la fiebre tifoide lo demostró Budd por la misma época.

Posteriormente, Spillman y Haushalter explicaron cómo contribuye también a la propagación de la tuberculosis. En los Estados Unidos, la campaña contra este insecto fué precedida de notas explicativas, donde se demostraba que este insecto era uno de los más peligrosos con que el hombre tenía que luchar, cuando su convivencia con él no pareciera que su acción pueda ser tan peligrosa.

Las pulgas encontradas sobre ratas muertas de peste contenían también bacilos de estas enfermedades, aunque parece demostrado que estos bacilos mueren pronto en el cuerpo de las pulgas. Este insecto ataca a las ratas apesadas y no las deja hasta pasadas algunas horas después de la muerte del roedor.

Otros insectos repugnantes que conviven con el hombre sucio tienen aptitudes idénticas, y su acción es tan nociva como la de éste.

En tiempo de peste se ha comprobado que las hormigas transportan bacilos y propagan la enfermedad, por haber devorado cadáveres de apesados.

Conocida es la acción de los insectos chupadores; el más extendido de todos, el mosquito *Anopheles*, propaga la fiebre palúdica, y otras especies de los géneros *Anopheles* y *Culex* transmiten las enfermedades producidas por filarias. Entre ella la elephantiasis. Las del género *Stegomyia* propagan la fiebre amarilla.

De otras enfermedades parasitarias se verifica el contagio por medio de picaduras de los insectos. La enfermedad de los trópicos, llamada nagana, se transmite por la acción de las moscas tsé-tsé, que se inficionan al picar animales enfermos, y la transmiten a los sanos al picarles.

Los insectos que son perjudiciales al hombre y a otros animales pertenecen a los llamados parásitos, como son algunos hemípteros y dípteros, sinfonápteros (pulgas)



BRONQUITIS DE LOS NIÑOS DE PECHO

Lereboullet y Saint-Girons aconsejan:

1.º *Realizar condiciones higiénicas favorables.* — Si niño debe estar separado de sus hermanos y hermanas y vivir en un cuarto conveniente cuya temperatura se mantendrá alrededor de 18 grados y el aire se mudará prudentemente. En vez de la ebullición de las clásicas hojas de eucalipto, actualmente puede preferirse la práctica más sencilla que consiste en esparcir varias veces durante el día cerca de la cabeza de la criatura, sobre la almohada, la cama o un mueble cercano, unas gotas de esencia de eucalipto; así se obtiene una atmósfera antiséptica no húmeda.

2.º *Asegurar conveniente revulsión,* moderada, y es menester recordar la fragilidad de los tegumentos de las criaturas y la extremada frecuencia de las asaduras que muchas madres y hasta enfermeras han podido provocar con intempestiva sinapización. Fricción del pecho y de la espalda con el siguiente linimento:

Esencia de trementina 20 a 30 gr.
Aceite de amapola 60 a 70 gr.
cubriendo con delgada capa de algodón en rama. Esta revulsión es prácticamente suficiente y sin inconveniente. La revulsión yódica, las ventosas, deben rechazarse. Es sólo en los casos intensos que podrá recurrirse a los envoltimientos húmedos sinapizados.

3.º *Desinfectar la nasofaringe.* Como la rinitis es el punto de arranque de la bronquitis y en cierto modo el foco que la mantiene, hay que esforzarse para modificarla, pero absteniéndose de gomenol y de mentol, irritantes, el segundo sobre todo, el cual es además espasmógeno y a veces ha provocado graves accidentes.

Altérense el aceite eucaliptoleado y el colargol, según estas dos fórmulas:

Eucaliptol 0 gr. 30
Aceite de vaselina . . 15 gr.

Y:

Colargol 0 gr. 30
Agua destilada . . . 15 gr.

4.º *Realizar la antisepsia de las vías respiratorias. Asegurar la expectoración.*

Acetato de amoníaco 2 a 4 grs.
Benzoato de sosa 1

Jarabe de azahar 1

Jarabe de éter 1

Agua destilada c.s.p. . . 120 —

Cuatro a seis cucharitas por veinticuatro horas, a distancia de las comidas.

Al cabo de dos o tres días, cuan-

do la tos es menos seca, más "grasa", conviene dar además dosis pequeñas de ipecacuana, bajo forma por ejemplo de parabe de Desessartiz, y se puede formular:

Jarabe de Tolú 1
Jarabe Desessartiz 40 gr.
Jarabe de eulantrillo 1

Dos cucharaditas, de las de café o de postre, por día a distancia de las comidas.

Esta segunda prescripción reemplaza la primera o se asocia con ella y casi siempre las dos bastan para llenar las indicaciones sacadas del estado de las vías respiratorias.

5.º *Indicaciones accesorias.* Luchar contra la fiebre. — Es excepcional que necesite un tratamiento particular. Sin embargo,

una parte, a esta medicación se le puede añadir útilmente la adrena-
lina" bajo forma de cinco a diez gotas, dos o tres veces diarias, sobre medio terrón de azúcar, de solución de adrenalina al p. 1000.

d) Por último, en caso de bronquitis rezagada se pueden emplear las inyecciones de aceite de eucalipto, eucaliptoleado o no (a 0 gr. 10 por centímetro cúbico), que parecen producir verdadero efecto, pero en caso de bronquitis simple es menester no recurrir sino excepcionalmente a la medicación hipodérmica. (París médical, 12 noviembre 1927.)

UN METODO SENCILLO DE QUITAR LAS ENYESADURAS.

Emde y Christ (Der Chirurg, mar-



—¿Qué tal me encuentra usted, doctor?
—Admirable. Aguanta usted lo menos tres días más.

podrá ser bueno tratar de atenuarla en caso de continuar siendo elevada. Entonces hay que *proscribir la aspirina y el piramidón*, cuyo efecto depresor es de temer al tratarse de niños de pecho, y debe utilizarse la *quinina* en supositorios según la fórmula clásica: Clorhidrosulfato de quinina 0 gr 10 Manteca de cacao 2 gr 50 Para un supositorio No. 4 o en paquetes bajo forma de aristokuina sin gusto fácilmente aceptada e indirectamente útil para la tos

Aristokuina 0 gr. 15
Para un paquete No. 4
Uno o dos paquetes diarios, en una cucharita de agua azucarada o de leche.

Es sólo en caso de hipertermia acusada y prolongada que pueden aconsejarse baños calientes a 37 o 38 grados de cinco a diez minutos de duración.

b) *Calmar la tos.* — Si la tos es molesta por su frecuencia, su aspereza, su carácter ferino, se puede usar la siguiente tintura, eficaz también en los casos de bronquitis asmática:

Tintura de drósera 10 gr.
Tintura de lobelia 10 gr.

Quince a veinte gotas tres veces diarias en un poco de agua.

c) Si el elemento asmático o al menos espasmódico parece tomar

zo 1 de 1929) describen un método de quitar las enyesaduras por medio de una concentrada solución acuosa de cloruro crudo de bario al 20 por ciento. Se calienta un litro de esta solución a 40 grados a 60 grados C. en agua caliente y se envasa preferiblemente en una botella de cuello largo. Empácase una venda de tela de Billroth de unos 10 cm. de ancho y colócase firmemente en la línea donde se calcula abrir la enyesadura. También deben empaparse los cojines de algodón en cada extremo de esta línea. La solución contiene al yeso un color azulado. Se remueve la venda diez minutos más tarde y se hace una ranura provisional con el cuchillo apropiado. Si la enyesadura es muy gruesa, el cuchillo partirá la mitad y entonces debe llenarse la zanja con la solución de cloruro de bario y después de diez minutos se podrá cortar el yeso con unas tijeras fuertes. La reacción química resulta enteramente indiferente y la solución no hace daño alguno a la piel sana, pero debe tenerse el cuidado de que no alcance la sangre. Por lo tanto, deben resguardarse las heridas abiertas de las fracturas compuestas y las enyesaduras enrejadas con gasas y telas de Billroth. De esta manera la remoción de las enyesadu-

ras puede efectuarse fácilmente sin dolor ni peligro.

(De "Actualidades Médicas")

TRATAMIENTO OPERATORIO DE LA DIABETES

Mediante el cierre operatorio del conducto excretor de la parótida, que tiene una constitución histológica semejante a la del páncreas, lograron, Mansfeld y Schmidt, provocar un descenso del azúcar de la sangre, hasta 0,044 por ciento, de manera análoga a lo que se logra por la ligadura del páncreas. Mientras que 20 gramos de azúcar de caña producían glicosuria alimenticia en un perro antes de la ligadura de la parótida, después de ella no se producía glicosuria ni con 140 gramos de azúcar. Si en un perro hecho diabético por la extirpación parcial del páncreas se practica la ligadura de la parótida, desaparecen los síntomas de la diabetes. En la actualidad se están haciendo ensayos en el hombre, sobre cuyos resultados se ha prometido una comunicación.

Prof. Dr. Mansfeld y Dr. Schmidt
Pécs, Instituto Farmacológico
(Klin. Wochenschr. 1928, No. 31)

Aplicación Endonasal de Insulina

Wassermeyer y Schlafer describen la administración de insulina por medio de la aplicación a las mucosas nasales. Empleóse una preparación seca de insulina, bien mezclada con borax pulverizado. Cada polvo preparado de peso de 25 a 30 miligramos contenía de 10 a 30 unidades de insulina, y podía inhalarse sin causar visible irritación de las mucosas nasales. En las personas normales la inhalación de estos polvos causó un descenso de la glucosa sanguínea, con promedio de 24 miligramos en sujetos normales en ayunas. La inhalación de los polvos siempre motivaba un descenso de la glucosa sanguínea. Los casos cuyos regímenes y dosificaciones estaban cuidadosamente medidos experimentaron constantes descensos, hallándose los pacientes libres de azúcar. La aplicación endonasal de la insulina se adapta especialmente a los casos que requieren prolongadas administraciones. Al iniciarse el tratamiento, para determinar la tolerancia y dosificación, y en los casos severos, debe preferirse la aplicación hipodérmica.

(De "Actualidades Médicas")

Las estrellas, el secreto de la vida y el soplo divino

Por F. de CASAS GANCEDO

Miguel I. Pupín, autoridad mundial en fenómenos eléctricos, nos dice que la vida no es un accidente mecánico ni se originó espontáneamente en nuestro planeta. Puede venir aquí de las estrellas; por lo menos se revitaliza con sus misteriosos rayos, invisibles para el ojo humano, pero con una energía de penetración tan grande, que ninguna otra llega a superar.

Pupín añade que esta teoría está de acuerdo con lo que dice el Génesis, II, 7: que Dios tomó polvo de la tierra y con su divino soplo le dió vida.

Los electrones, afirma el sabio, son las piedras que constituyen el edificio del Universo; pero Dios los creó y El dotó a estas piedras de atributos con los que hace que todo vaya alcanzando niveles cada vez más altos.

Este aumento se ve en la vida de las estrellas luminosas, como se ve en la de los animales y de las plantas. Se puede observar en la evolución de los átomos desde los más bajos pesos atómicos, como los de hidrógeno, helio y litio, a los más altos, como los del oro, plomo, uranio y radio.

Que estas mismas piedras de construcción se empleen en la fabricación del alma humana, no lo sé, dice Pupín, porque no sé nada de la estructura física del alma. Sólo conozco alguna de sus actividades en la creación del mundo de la conciencia y de nuestro mundo espiritual.

¿Qué son los rayos estimulantes de la vida que nos envían las estrellas?

Son los rayos cósmicos, descubiertos y estudiados recientemente por Millikon, de una fuerza tal, que pasan a través de una plancha de plomo de cerca de dos metros de espesor.

Sabemos que toda acción química está precedida de la "ionización", y se sabe igualmente, que los rayos Millikon producen una fuerte ionización, y esto estimula la acción de las células vivas.

Ionización significa un desarreglo o dislocación temporal de los electrones en sus órbitas regulares.

¿Cómo se crean estos rayos cósmicos? Ya que por el nacimiento, ya por la muerte de la materia en la forma atómica.

Cada átomo es un submicroscópico sistema solar con núcleos positivos para su sol y un número de partículas eléctricas negativas electrones que evolucionan alrededor del núcleo.

Estos satélites están encerrados en sus órbitas y allí contenidos por una fuerza inmensa, inapreciable.

Si los separamos, los sacamos de sus órbitas, la energía que los disloca vuela al espacio en forma de radiación.

Este experimento se ha hecho ya en los laboratorios. En el sol y en las estrellas, miriadas de

átomos, bajo el terrible calor e inmensa presión, se desgarran, dislocan, descomponen, se alteran, se destruyen, se vuelven a formar, y una gran cantidad de esos restos de divina creación que se cuentan por trillones y cuatrillones salen lanzados al espacio con una velocidad de kilómetros 300 mil por segundo.

Esto es lo que da vida a nuestro planeta.

Pupín, el filósofo científico, hace tiempo que estudia el origen de la vida, y ha encontrado una explicación muy de acuerdo con sus acrisoladas creencias religiosas, y lo hace en esta forma:

"Todos los actos físicos tienen dos terminales: el uno, en nuestra

do con la lectura de los salmos de David, encontré que la luz de las estrellas era un lenguaje celestial que proclamaba la gloria de Dios; pero no me explicaba cómo ese lenguaje llegaba a mí. Ahora tampoco me lo explico; pero espero que algún día despejaré la incógnita.

"Esta esperanza inundó mi alma cuando llegué a Castle Garden. Hoy la ciencia me dice que las estrellas mismas me enviaron la esperanza.

"Cada estrella brillante es un foco de energía, de actividad, que da vida, que nos envía prodigamente, lanzándole en todas las direcciones para alimentar al espacio hambriento; nos regala con es-

— son, por lo que hasta ahora sabemos, inmutables e inmortales, porque el hombre no dispone de elementos naturales con los que cambiar los electrones ni las leyes que los rigen. No son el producto de ningún proceso de evolución conocido del hombre. Descubrir las leyes inmutables, la inmutable fundación del Universo, saber a lo que todo obedece es el ansia de la ciencia.

"La existencia de esos fenómenos de esas cosas eternamente inmutables, nos ponen frente a frente con una fuerza que es el fondo eterno de los fenómenos físicos.

"Intuitivamente sentimos que la ciencia nunca podrá penetrar en esos misterios; pero nuestra fe nos da fuerzas y nos procura la creencia de que allí, más allá del eterno fondo, se encuentra el trono del poder divino, el alma del mundo físico, la actividad que contemplamos cuando estudiamos los fenómenos físicos."

La evolución rige al mundo visible desde la nebulosa a la estrella y desde la amoeba al hombre. Es un proceso ascendente del caos al cosmos, de lo no coordinado a lo coordinado, de la anarquía a la ley, del desorden al orden, de lo inapropiado a lo exacto, del destructivo combate a la fecunda paz.

Y esta evolución, ¿llegará a producir un superhombre?

"Sí — afirma Pupín, — ya como un individuo, ya como un miembro de una democracia ideal."

Estas son las teorías del sabio Miguel Pupín, profesor de Electromecánica de la Universidad de Columbia.

Nació en Serbia y fué pastor en su adolescencia y juventud, y mientras cuidaba de los rebaños que le habían encomendado empezó a meditar sobre los astros.

Fué a Estados Unidos, y después de desempeñar humildísimos cargos, a fuerza de tenacidad y estudio, ha logrado alcanzar una reputación mundial entre los hombres de ciencia.

El valor de la mujer en ciertos países

En Africa, en Asia y en Groenlandia, el valor de una mujer es bastante limitado.

En Uganda una esposa suele costar tres toros, mientras que en el Aurdistán un cochinito es considerado precio suficiente.

Los cafres tienen que dar a sus suegros ocho vacas en buen estado, y los tártaros, un poco de manteca solamente.

En el país de los bengales, algunos fetiches y unas cuantas pieles de animales salvajes son todo lo que se reclama al que va a comprar esposa.

AMOR ES TODO

Amor es cuanto inspira,
Amor es cuanto vive y cuanto ha muerto...
Todo lo que es mentira,
y todo lo que es cierto.

El nos enferma y a la vez nos cura,
nos apena también y nos alegra;
es una lumbre demasiado pura,
es una sombra demasiado negra.

Amor es cuanto está en el Universo.
Es credo y negación, valor y espanto.
Todo lo que es perverso,
y todo lo que es santo.

G. PERKINS HIDALGO

conciencia; el otro, en alguna estrella que goza con el espléndido vigor de su juventud. Explora el camino que va de uno de los terminales al otro y descubriréis en ambos lados aquellas bellezas que constantemente palpitan en el corazón del hombre de ciencia.

"Recordemos a Einstein y su profecía realizada de que un rayo de luz se desvía por la fuerza gravitacional.

"Un rayo de luz representa energía eléctrica, y la energía eléctrica es gravitación, como cualquiera otra masa estudiada por Newton. Una estrella que emite luz radia energía eléctrica y, por consiguiente, nos envía parte de su propia masa.

"Podemos, pues, decir que cuando esa radiación llega a nosotros, la estrella nos visita, y esta afirmación no es una figura retórica. No poetizo cuando llamo a la radiación solar el hábito embalsamado del dulce amado, del glorioso sol.

"Hace cincuenta años, inspira-

plendidez la vida de su propio corazón para darnos nueva vida.

"¿Qué espectáculo tan hermoso se presenta a nuestra imaginación y qué bellísimas novedades descubre la ciencia en las palabras del Génesis: "Formó, pues, Dios el hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz soplo de vida y fué el hombre en alma viviente."

"La luz de las estrellas es una parte del divino aliento que produce la vida.

"Nunca levanto la vista para mirar la bóveda celeste, tachonada de estrellas, sin sentir el aliento de Dios y su rápida acción en mi alma."

Pupín considera al Universo como un microcosmo y un macrocosmo a la par. El primero fuera de nuestra vista y de la de los más potentes microscopios, y ése no cambia. Es el asiento de un poder inmutable. El segundo es el mundo visible, pasajero y relativamente débil en energía.

"Los elementos del microcosmo, los electrones en el átomo — dice

Se ha dado en llamar *doping* a la administración, por una vía cualquiera, a los caballos de carrera, de productos medicamentosos capaces de conseguir una excitación ficticia que les aliente a producir un esfuerzo de tal intensidad que fuera imposible de efectuar en condiciones normales.

El *doping* no puede ser considerado como un medio de entrenamiento. Este no debe admitir más que procedimientos capaces de desarrollar los medios naturales de que dispone el animal, actuando de una manera gradual y sin que pueda resultar ningún inconveniente para el funcionamiento ulterior de los órganos; por esta razón ha de ser metódico y progresivo el entrenamiento.

Entre los medicamentos empleados generalmente citaremos: la heroína, la estriénina, la cafeína, la morfina, la cocaína y la atropina.

La heroína posee una toxicidad que rebasa a la de la morfina. Produce al caballo una excitación intensa: se vuelve inconsciente y se precipita como un autómata. La respiración se acelera, el corazón no late, salta. Al día siguiente, el caballo se encuentra agotado y deprimido.

La morfina es un producto de análogos efectos que el anterior en el caballo aunque menos acentuados. Contrariamente a lo que sucede en el hombre, la morfina en el caballo no produce efecto hipnótico. La hipnosis se halla reemplazada por una fase de excitación: el animal se pone inquieto, endereza las orejas, piafa, quiere marchar hacia adelante, la respiración es más profunda y con frecuencia irregular.

La estriénina es un potente excitador de la función sensitivomotriz refleja de la médula espinal. Obra sobre el neumogástrico, determina la vasoconstricción con aumento de la presión sanguínea. Estimula igualmente en el centro respiratorio. La eliminación de la estriénina es lenta. Este agente puede provocar efectos de acumulación cuando es utilizada en diferentes sesiones.

La cafeína ejerce su acción principal sobre el corazón y los

Los excitantes en los caballos de carrera

riónes. Provoca una mayor intensidad de los movimientos del corazón, aumento de presión sanguínea; disminuye los espasmos en los órganos esplénicos y favorece la acción de los emuntorios renales y cutáneos. La fuerte dosis de

La cocaína, analgésico para las mucosas, posee una acción excitante del sistema nervioso cuando se inyecta en el tejido conjuntivo; se acelera el pulso, la arteria se pone tensa y la pulsación es fuerte; el caballo se despabila y se des-

le carreras, en inyección subcutánea, produce múltiples efectos. El caballo manifiesta excitación central, las contracciones del corazón son muy aumentadas; pueden producirse vértigos. Las secreciones disminuyen, la pupila se dilata mucho.

Todas las drogas utilizadas en el *doping* producen, a diferentes grados, excitación del sistema nervioso muscular e hiperactividad de las funciones del corazón. Cuando estos procedimientos son empleados en cada carrera, son para el animal de desastrosos efectos: las funciones digestivas se alteran, el apetito no es regular, los músculos se intoxican y se observa la arritmia cardíaca. Los caballos en tal estado son, como reproductores poco prolíficos, las yeguas producen hijos desmedrados y su fecundidad es bastante difícil de obtener.

Para averiguar la presencia de un alcaloide con seguridad, es necesario que éste sea revelado por el análisis químico de uno de los productos normales de secreción del animal sospechoso de haber sido tratado por el *doping*. La saliva es el medio que mejor se presta en este caso. El profesor Kaufman, de Alford, ha hecho minuciosos ensayos para descubrir la presencia de los alcaloides en los caballos tratados por el *doping*. Bru y Robert, en sus trabajos han demostrado que puede determinarse bien la presencia de los alcaloides en la saliva. La morfina y la heroína, utilizadas en inyecciones subcutáneas, pueden ser reveladas en la saliva del sujeto: la morfina, a los treinta minutos; la heroína, de los cuarenta a los sesenta. La eliminación de estos alcaloides no es total hasta el tercer día. La cocaína puede ser hallada en la saliva a la media hora, y su eliminación es completa a las veinticuatro horas. Pero sucede aquí, que durante el entrenamiento es preciso dar a los caballos nuez de kola la que contiene cafeína y arseniato de estriénina; no pudiéndose tachar de incorrecto este proceder, por cuyo motivo hay que tomar medidas para que la buena fe de los propietarios no se sorprenda y no se ponga en duda su seriedad.

Como hicieron fortuna los indios franceses

Los primeros millonarios que hubo en América fueron franceses.

Estos primeros millonarios llevaron a Francia la mayor parte de sus fortunas después de pasar algunos años de este otro lado del Atlántico, en las tierras americanas.

Después del descubrimiento de América en 1492 por Cristóbal Colón, fué el primer millonario el marqués de Vandrevil, funcionario francés que marchó al Canadá.

El marqués de Vandrevil, antiguo gobernador general de Francia en el Canadá, cruzó el Atlántico en una de las pequeñas embarcaciones de aquella época. Su travesía fué de lo más arriesgada. La embarcación fué combatida por mares tempestuosas y tiempos fuertes. Corrió el año 1750.

Lo único que se sabe acerca de la riqueza del marqués de Vandrevil es que comenzó a formar su considerable fortuna estando radicado en la Luisiana, por el año de 1751.

Cinco años después de estar en América regresó a su patria, Francia, con una suma que unos elevan a 115 millones y otros disminuyen a 100.

Esa fortuna, suponiéndola en los 115 millones de pesos, se

considera la segunda fortuna individual que se conoce de los primeros días de América y del Canadá.

Superó esa fortuna del marqués de Vandrevil el Sr. Bigot, que fué uno de los primeros franceses intendentés del Canadá.

También el honorable Sr. Bigot comenzó a amasar su fabulosa fortuna en Luisiana. Su administración vivió a las tropas y a la población y de esta manera fué levantando su capital. Al regresar a Nueva Francia (nombre verdadero del Canadá en aquellos días), reunió todas las existencias y las vendió a alto precio.

Por datos recogidos se sabe que la fortuna de Bigot, amasada duramente once años consecutivos de un rudo trabajo, que comprendió desde el año de 1749 a 1765, ascendía a la suma de 145 millones de pesos, aproximadamente.

En Nueva Francia existían, por lo menos, diez y nueve personas cuya fortuna pasaba del millón de dólares. De este número, sólo tres se quedaron en América invirtiendo su dinero en nuevas empresas fecundas; los restantes, es decir, diez y seis, regresaron a sus hogares

cafeína puede producir efectos análogos a la estriénina. Tiene la ventaja de favorecer la filtración renal y combatir la acción de las toxinas microbianas. Su abuso acarrea consecuencias nefastas: agotamiento del corazón y descenso de la tensión arterial.

plaza constantemente.

Su abuso o las dosis fuertes, provocan contracciones clásicas de los músculos estriados, perturbaciones motrices, escalofríos y marcha briosa.

La belladona, o mejor dicho la atropina, utilizada en los caballos

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . " 5.—	Semestre . . " 6.—	Semestre . . " oro 4.—
Año " 9.—	Año " 11.—	Año " oro 8.—
No. suelto . . " 0.20	No. suelto . . " 0.25	
No. atrasado . " 0.40	No. atrasado . " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato	grande	cada tomo \$ 12.—	3.70
	chico	" " 8.—	3.—
Tapas sueltas	grandes	" " 9.—	2.—
	chico	" " 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

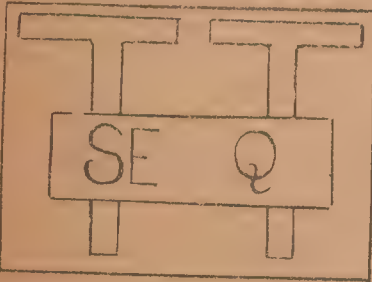
No. 38 — CHARADA

Prima dos su corazón.
Venga un prima dos tercer.
y fuera esa tres tres dos
que hace tiempo que le apena.

No. 39 — COMPRIMIDO

X

No. 40 — JEROGLIFICO



No. 41 — COMBINACION ARITMETICA

5	10	15	20
25	30	35	40
45	50	55	60
65	70	75	80

Colocar estas cantidades en tal disposición, que sumadas vertical, horizontal y diagonalmente den un total de 170.

No. 42 — JEROGLIFICO

LOLA DEL NEGRO

No. 43 — COMPRIMIDO

F

No. 44 — EL GATO Y LOS RATONES (Problema)



Se trata de que el gato. A quien toleraremos que coma todos los ratones negros, no pueda comerse el blanco. Es de advertir que, por un capricho extraño, el gato va contando los ratones y solo se come al que hace el número nueve. El intríngulis, pues está en averiguar en que ratón ha de empezar la cuenta para que el blanco no sea nunca el 9.º. No hay necesidad de advertir que los ratones comidos no vuelven a ser contados.

No. 45 — CHARADA

— ¡Qué segunda prima tiene esta dos terci. No habrá muchas así.
— ¡Qué no? ¡Vaya!
En esa todo hay diez más.

No. 46 — PROBLEMA

Un profesor dijo a tres de sus alumnos: si me dicen ustedes cuántos centavos traigo, se los regalo en cantidades iguales. Los ratos para que resuelvan el problema son los siguientes: si al número de centavos que traigo, después de multiplicarlo por ocho se le agregan seis, le correspondieran a cada uno de ustedes setenta y cuatro centavos. ¿Cuántos centavos traía el profesor?

No. 47 — COMPRIMIDO

2 PA 2

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- No. 30 — Gasolina
.. 31 — Remiendo
.. 32 — Traspaso
.. 33 — Emilio
.. 34 — El choque se produjo a las 22 horas
.. 35 — Camila
.. 36 — Emilio
.. 37 — Mal paga el diablo a quien bien le sirve

El orangután adulto en cautividad, es un animal de carácter concentrado y melancólico. Nada tiene de la picaresca actividad de los otros monos. Pero no se ha de deducir de esto una inferioridad de inteligencia. Al contrario, después del chimpancé, es el antropoide mejor dotado a este respecto, como acaso lo atestigua el siguiente relato de Cuvier: "Un orangután, muerto recientemente en el Museo, tenía, al llegar la hora de comer, la costumbre de abrir la puerta del cuarto donde almorzaba en compañía de varias personas. Como no era bastante alto para alcanzar la llave de la puerta, se colgaba de una cuerda, se balanceaba, y, al cabo de algunas oscilaciones alcanzaba la llave. Su guardián, fastiado por tanta exactitud, hizo un día tres nudos a la cuerda, que, así cortada, no permitía al orangután llegar a la altura necesaria para tomar la llave. El animal, después de un ensayo infructuoso, reconoció la naturaleza del obstáculo que se oponía a la realización de su deseo, trepó por la cuerda hasta colocarse más arriba de los tres nudos y los deshizo uno tras otros, en presencia del señor Geoffroy de Saint Hilaire, que me refirió el hecho".

Ese mismo orangután de Cuvier tenía por amigos a dos gatitos. Los llevaba a menudo en brazos o ban.

colocados sobre la cabeza. Uno de ellos lo arañó y entonces las examinó atentamente las patas y procuró arrancarles con los dedos las uñas. No lo consiguió y prefirió seguir soportando los rasguños antes que renunciar a jugar con sus favoritos. No le gustaban las visitas demasiado largas de las personas que no conocía. En esas ocasiones se ocultaba debajo de las mantas hasta que los intrusos se retiraban. Pero no procedía de la misma manera con los amigos: se complacía en su compañía, dejábase acariciar y les daba verdaderos besos.

Otro orangután criado por el holandés Vosmaer estaba atado a una cadena, cosa que lo desolaba. Un día vió que le abrían la cadena con una llave. Desde entonces intentó varias veces hacer lo mismo, introduciendo un palito por el agujero del candado. Desataba hábilmente, ya con los dedos, ya con los dientes, los nudos más complicados. Parecía que este ejercicio le proporcionaba placer, pues cada vez que le podía hacer, desataba los cordones de los zapatos de las personas que se le acercaban. Era, por otra parte, hábil la-

Costumbres del orangután en cautividad

drón. Un día logró escaparse, sustrajo de una estantería una botella de vino, le quitó el corcho, bebióse el contenido y se retiró después de colocar la botella vacía en el mismo sitio donde la había encontrado. Después de beber se secaba los labios con la mano; luego de comer usaba mondadientes. Eran muchos los preparativos que hacía para acostarse: tendía un jergón, lo golpeaba y lo alisaba cuidadosamente; luego ponía en la cabecera una brazada de pasto bien arreglado, a manera de almohada; por fin se acostaba y se cubría perfectamente con el cobertor. No le gustaba la soledad; se echaba a llorar cuando se daba cuenta de que lo habían dejado largo rato solo. Este mono murió tísico como casi todos sus congéneres cautivos.

Jeffries describe otro orangután doméstico que se complacía en limpiar el piso de su cuarto: retiraba todos los restos de sus comidas, lavaba el piso con agua y jabón y luego lo secaba con un trapo. El mismo mono se lavaba las manos y la cara exactamente como un hombre. Otro, llevado a bordo de un barco, sorprendía a la tripulación por su fuerza y su

agilidad. Sabía, sirviéndose de los dientes y los dedos, abrir uno de esos grandes cocos cuya cáscara de madera durísima sólo se parte, generalmente a hachazos. A medida que el barco se alejaba de la zona tórrida, el animal se ponía menos activo y más triste. Desde entonces pasaba casi todo el día en la despensa, llevando consigo una manta en la que se envolvía. Antes de acostarse sacudía y golpeaba cuidadosamente el colchón. Este orangután tenía dos grandes defectos: era ladrón y glotón. Aprovechaba los momentos de ausencia del cocinero para introducirse en la cocina, abrir el cajón de la harina y robar un panado, que comía rápidamente; luego se limpiaba la mano en la cabeza para hacer desaparecer las huellas del delito. Le gustaban sobremanera las bebidas alcohólicas y recibía a cada comida un vaso de vino. Su manera de beber era curiosa: proyectaba el labio inferior hasta darle forma de un eucharón capaz de contener todo un vaso del líquido. Después de oler la bebida que se le ofrecía, la echaba en ese recipiente improvisado y la hacía pasar lentamente entre los dientes y la cavidad bucal propiamente dicha, como si quisiera hacer durar más el placer del vino.

"ELELÍN" por RICARDO ROJAS.

El prestigioso escritor y poeta, don Ricardo Rojas, acaba de editar en volumen el drama en tres actos y en verso, que no hace mucho estrenó la compañía Rivera De Rosas, en el teatro Ateneo.

Leída ahora, con la calma suficiente, y conociendo el significado histórico del vocablo que da nombre a este interesante drama nuestro, es decir, argentino, su desarrollo, sus parlamentos, sus escenas y, el vuelo imaginativo que imprime el autor al rematar sus actos, nos parecen felicísimo y muy teatrales.

Los personajes Felipe Gutiérrez, Capitán; Catalina Enciso; Francisco de Mendoza y Rodrigo, están bien estudiados y exactamente concebidos, bajo el punto de vista del señor Rojas. Pues, el efecto buscado, para darnos a comprender la evocación perseguida, vióse compensado por la variedad de matices que aquí y allá abundan en torno de cada cuadro o situaciones en que se divide "Elelín".

Sus tres actos, hallanse bien distribuidos y presentados. Cada uno de ellos tienen el carácter y se ajustan en lo posible, a las crónicas que conocemos de aquella época a través de documentos.

El ambiente, vale decir, el reino fabuloso que los conquistadores buscaban, el señor Rojas lo refleja en esta su primera obra de teatro, con encomiable acierto, dándonos la sensación de que el paisaje llevado a escena es real y no fingido. Esto se debe, sin duda, a la fuerza y acción puestas en juego al ordenar la trama, ateniéndose al carácter geográfico social y psicológico en que el drama pudo haberse realizado en aquella remota época.

Con "Elelín", el señor Ricardo Rojas queda incorporado de hecho, y brillantemente, a nuestro teatro nacional que tanto necesita de estos valores, por el aporte que él representa.

"LAS MALVINAS RESTITUIDAS" por EMILIO B. COUTARET.

El autor de "Las Malvinas restituidas", señor Coutaret, es un prestigioso y conocido crítico de pintura, de la época en que la nueva sensibilidad era aun desconocida.

Sus actividades, se dirigen actualmente hacia la enseñanza del dibujo y la pintura. Hombre de vasta cultura, bien cimentada, quiere ahora y lo consigue con creces, dedicarse a la novela. Es así, que desde su modesto retiro de la ciudad de La Plata, nos envía este voluminoso tomo, en el que ha descripto una interesante e ingeniosa novela marina, cuyo epígrafe encabeza estas líneas.

PAPEL y TINTA

Decimos novela marina, porque la casi totalidad de sus capítulos se desarrollan a bordo, desde Mar del Plata, en donde se plantea la novela, hasta las islas Malvinas.

No vamos a seguir el hilo de esta ingeniosa novela, por ser ella extensa, llena de episodios entretenidos y varios, y porque no cuadra en una pequeña nota como es ésta. Sólo diremos, que su argumento es novedoso y atrae la atención del lector, que sus personajes están bien delineados y enfocados, que la acción y narración de los

él también, no se causa de peregrinar tras el amor, la belleza y la emoción.

La idea del señor Ferreira está cumplida: recordar por medio de estas líneas, la personalidad del poeta a la nueva generación.

"LA MEDIUM DE LAS FLORES", por el VIZCONDE DE TORRES SOLANOT.

El subtítulo de este libro, que con gran acierto acaba de reimprimir la Editorial Maucci, es el de Investigaciones hechas en el terre-

poes. Decía así el sabio Richet: "Si se tratase de probar algún hecho simple y natural, casi evidente a priori, o que no resultase en contradicción con las vulgares nociones científicas, me encontraría plenamente satisfecho; pero se trata de demostrar la realidad de fenómenos absurdos, contrarios a cuanto el vulgo y los sabios han admitido desde hace centenares de años. Se trata de un radical trastorno del pensamiento y de la experiencia humana; es un mundo nuevo que se nos abre, y por consiguiente, no es posible mostrarse demasiado afirmativo en la conclusión de estos extraños y sorprendentes fenómenos.

"Se muy bien que los mentados hechos, en el supuesto que se justifiquen, podrán hallarse de acuerdo con algunas verdades que ya son patrimonio de la ciencia, pero entretanto, debemos ser prudentes no aceptando más novedades sin venir precedidas de un escrupuloso examen.

"En el terreno de las pruebas, se aceptarán con menos dificultad los fenómenos químicos, fisiológicos y astronómicos que los espíritas; pues para éstos últimos, habrá muchas más exigencias para su admisión".

Los fenómenos testificados, de la médium napolitana, fueron insignificantes comparados con los grandiosísimos de "La médium de las flores", como podrá ver quien lea este libro.

"LA REENCARNACION" por un discípulo de ALLAN KARDEC.

Este libro, que con verdadero acierto ha reeditado la Casa Maucci, es un estudio bíblico, histórico, filosófico y moral sobre tan interesante tema, hecho con gran esmero y con gran espíritu crítico exento de toda pasión.

Contiene un extracto de los hechos capitales en que se apoya la ley de la reencarnación, tomados de la naturaleza, el hombre, las sociedades, el arte, las ciencias no-vísimas, la historia, la filosofía, las Sagradas Escrituras, el espiritismo, los atributos de Dios, el progreso general, etc., etc.

"La Reencarnación" es una obra de gran importancia y sin igual trascendencia. Dice su autor en el prólogo:

"Medité profundamente sobre la reencarnación; interrogué a las inspiraciones de Erasto, y ellas me trazaron un croquis de pruebas, cuyo desenvolvimiento había de realizar en el tiempo. El entusiasmo me llevó casi al éxtasis; en él pude entrever parte de la ciencia del porvenir; me recreé años minutos en la deliciosa visión, y al despertar de la abstracción, me puse a escribir con las reminiscencias que me quedaban de aquella lucidez pasajera.

"Esto fué el origen de mi libro sobre reencarnación".

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

M E J I C O 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Batio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre
Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 251

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor

Sebileau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas

GUIDO 1685 U. T. 41 2957

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

argumentos expuestos encajaban en un todo al móvil del autor. Y que después del tercer o cuarto capítulo de esta obra, el interés va en argumentos expuestos encajaban en de que no abandonamos más su lectura hasta no terminar con ella.

"LA BOHEMIA DE ESPIRO", por ALFREDO D. FERREIRA.

El señor Alfredo D. Ferreira, con "La bohemia de Espiro", acaba de escribir un feliz ensayo sobre la personalidad del conocido poeta entrerriano, don Diego Fernández Espiro.

El autor de este opúsculo, hace un ligero análisis de la vida ambulatória y lírica, retratándolo en medio de las diatribas del vulgo, como un hidalgo en su apostura, con sus largos bigotes, el cabello rebelde y el clásico chambergo.

Hilvanando acotaciones, el señor Ferreria, va deslizándose en torno al visionario del ideal, que, como

no de los fenómenos del Espiritismo por el Grupo espiritista "Marietta".

Fué el primero, en su género, que se publicó en Europa, y está confeccionado con un extracto de los siete cuadernos donde están recogidas las actas de las sesiones y notas tomadas por el autor durante los cuatro años que funcionó el notabilísimo Grupo "Marietta".

Estos artículos tienen la particularidad de que sirvieron de guía para los que publicó la "Revista Spirite", dando cuenta de los experimentos del coronel Devclust, que también encontró y desarrolló la facultad de dicha médium.

Al relatar "hechos" tan insólitos — dice el autor, en el prólogo —, como los que refiere este libro, juzgo muy oportuno reproducir el siguiente pasaje tomado de las conclusiones o notas del doctor Carlos Richet, respecto a las experiencias que presencié con la médium Eusapia Paladino, de Ná-

LOLA MEMBRIVES, DE INCOGNITO

Se encuentran en Buenos Aires la eminente actriz Lola Membrives. Acaba de realizar una interesante y larga temporada en España. Dentro de poco regresará a la madre patria y hará otra larga e interesante temporada. Entre tanto, viene a Buenos Aires a descansar. Estamos aquí en pleno invierno, es decir, en plena vida de todas las actividades, en el momento culminante de la labor teatral y Lola Membrives se encuentra entre nosotros como una viajera anónima, dedicada por entero a su familia, a sus relaciones, al margen de la actualidad escénica. Esto es una aberración. Lola Membrives, la eximia actriz argentina es el más puro y alto de nuestros valores teatrales. ¿Por qué, no está ocupando una de las mejores salas de la Capital, al frente de una compañía de sus méritos?

No queremos investigar las causas del hecho porque lo que hace al caso es el hecho en sí. No se nos hable de descanso. El artista se debe a su arte y, por lo demás, Buenos Aires no es lugar de reposo, ni se cruza el Atlántico para sosegar en la dinámica y vertiginosa colmena porteña en busca de un rinconcito de paz.

¿Por qué no trabaja en Buenos Aires Lola Membrives? ¿Por qué no descansa en Europa?

Brindamos estos dos interrogantes a la consideración de todos los amigos del buen teatro aunque en realidad deberíamos imponerlo a los que, por no remediarlo, resultan ser sus enemigos.

EN EL MEJOR DE LOS MUNDOS

El mundo del éxito es, sin duda, el mejor de los mundos y en él vive la compañía del Nacional con "La sangre de las guitarras" y "El conventillo de la Paloma", dos piezas tan distintas entre sí y tan iguales en la buena fortuna.

"CORAZONES ÑUBLAOS" en el BUENOS AIRES

No hay duda que los Sres. Muñoz Maines y Fariña Ortiz se propusieron al escribir la obra que nos sirve de epígrafe, acumular una serie de hechos y personajes de carácter negativo, quizá para que el cuadro tomara las tonalidades dramáticas necesarias para la culminación del proceso escénico. En este sentido, no puede sino elogiarse la hábil progresión teatral que en "Corazones ñublaos" se advierte como uno de sus mayores méritos.

Autores que no escriben ni describen tipos y ambientes campeños como reflejo de lecturas, sino por haberlos observado ellos mismos, han logrado sin esfuerzo apa-

TEATROS

rente trazar un interesante panorama rural y, lo que es quizá más importante, presentar tipos del campo bien dibujados, sin fallas de carácter psicológico.

Es un mérito que no es dado subrayar en la mayoría de las piezas de esta índole. Por lo demás, la acción de la obra se desarrolla en forma eficaz y culmina en la escena final de manera lógica y humana.

En la interpretación de "Corazones ñublaos" actuó con su habitual acierto el actor Muñio, principalmente, cuyo Don Rosendo adquirió en su encarnación una fuerza viva y mucho calor de criatura humana. También se destacaron las actrices Valdez y Cornaro, muy bien en sus respectivos papeles.

SIN NOVEDAD

En el Ateneo prosigue De Rosas ofreciendo a la sensibilidad de su público la exitosa pieza "El proceso de Mary Dugan", que entusiasma en muchas escenas y conturba en determinados pasajes. Dada la cantidad de gente que se da cita en la elegante sala de la calle Cangallo, es de esperar que la primavera sorprenda al cartel del Ateneo con el mismo título, lo cual vendría a demostrar que todos los procesos, hasta los teatrales duran largo tiempo antes de resolverse...

LA COMPAÑIA ALIPPI POMAR DEBUTO EN EL COMICO

Bajo la dirección escénica de Alippi y con los esposos Pomar como primeras figuras, se ha firmado un conjunto nacional de sainetes, que debutó en el Cómico con gran fortuna.

El cartel de la inauguración se formó con dos estrenos "Sos bueno vos también" de Alippi y Folco Testena y "El candombe federal" de Carlos Schaeffer Gallo.

La primera de dichas obras, denominada sainete, tiene por protagonista a un viejo conductor de carrajes que sin fortuna ni trabajo, ve aposentarse la miseria en su hogar, siendo él impotente para remediarlo. Ante la gravedad de las circunstancias, transige en que su hija debute como artista de variedades, primero y que acepte después la protección de un hombre de elevada posición, que sufraga los gastos de la familia.

Pero el hombre quiere emanciparse de aquella situación bochornosa y pone término a ella aceptando del protector una suma de dinero con la que vuelve a rehabilitarse en el trabajo honesto.

La obra tiene más aspectos dramáticos que cómicos y consigue llevar por momentos una bien medida emoción al ánimo de los espectadores.

"El candombe federal" es una edición más de esos cuadros de la época de Rosas, en los que el odio sectarista y la rivalidad amorosa dan margen a un conflicto de pasiones, que termina con el triunfo de los más buenos. La trama no es aquí lo de mayor interés, sino las partes episódicas y costumbristas, que dan margen a escenas divertidas y motivo para la presentación de decorados y vestuario de mucha propiedad y de seguro efecto.

Fué auspicioso el recibimiento que el público dispensó a la compañía del Cómico, elenco muy completo y que cuenta con figuras que tienen una larga y meritoria actuación en nuestros escenarios. Merecen citarse a este respecto, María Esther Pomar, Carmes Gimenez, Sara Prósperi, Alippi, Pomar, Sapelli y Fernández.

DISCEPOLO EN ACCION

El autor Armando Discépolo, que dirigió la compañía de Arata este año en el Cómico, está realizando gestiones para organizar un elenco nacional y debutar en el Nuevo, sala desocupada a raíz del siempre llorado fallecimiento de Casaux. Parece que el autor de "Mateo" trata de no fallar en esta tentativa, a cuyo efecto lo viene estudiando todo minuciosamente.

Discépolo es uno de nuestros mejores autores y es de desear que la suerte le acompañe.

PARRA SE APROXIMA

El 2 de septiembre podrá de nuevo nuestro público ponerse en contacto con el más eficaz de los autores cómicos, Parravicini, que después de trabajar en Montevideo y Rosario hará un paréntesis de descanso de un mes, el de agosto, para reanudar luego sus actividades.

Su reaparición se efectuará en el Ateneo, donde ya actuó este año con mucha fortuna y esta vez actuará dos meses seguidos.

COMEDIA

La salud de la señora Bozán no le ha permitido reanudar su actividad hasta el momento en que escribimos, por cuya causa volvió a postergarse el estreno de "El entrevero del 17", obra que parece destinada a vivir solo en anuncio.

La compañía, por eso, reprisa obras en las que pueda prescindirse de la popular actriz. La última reposición, "Infierno grande", fué muy bien recibida.

OPERETA

Actúa con buen éxito en el San Martín la compañía italiana de

opereta de Odette Marión, que atrae bastante público. Con obras conocidas como "El conde de Luxemburgo" ya es trabajar con discreción para llamar gente. Por lo demás, siendo la única compañía que hace este género el caso en parte se explica.

UN PERSONAJE POPULAR

Ha sido llevado a la escena por Telémaco Contestáble, un personaje de la actualidad pintoresca de Buenos Aires, mimado no hace mucho por gran cantidad de personas y buscado después por ellas mismas para descargar sobre él sus iras feroces. "El padre de los pobres" se llama en la realidad y en el teatro este personaje, encarnado por Marcelo Ruggero con su habitual gracejo.

MAS OPERETAS

Ha reaparecido en el Politeama la compañía italiana de operetas que dirige el popular Siddivó. El elenco ha sido renovado en parte, contando siempre con muy buenas figuras, excelentes cantantes y lujosa presentación.

GRAND SPLENDID

El nuevo film sonoro, "Manhattan Cocktail", ha sido, si cabe, más afortunado aún que sus hermanos menores. Baste saber que han sido suprimidas las orquestas, a pesar del indudable atractivo de la música en las salas de biógrafo. No puede ya negarse que el film sonoro gusta. De esta regia sala continúa actuando como administrador el señor Carmelo Carbone, conocido y estimado cinematografista de larga actuación en nuestro ambiente.

CAPITOL

"La venganza de Chan Fu" es una de los buenos estrenos que nos hizo conocer en la pasada semana, este acreditado salón, que logra atraer a numeroso público selecto. Para la semana en curso se anuncian bonitas producciones.

GLORIA

Con creciente resultado favorable que viene desarrollando su temporada este salón, cuyos carteles de cintas se caracterizan por la selección y el buen gusto. Valiosas películas serán exhibidas en breve.

PARC

La catedral del cine en Palermo, como se le llama a esta sala elegante y confortable, congrega diariamente a muchas familias de la mejor sociedad parlemense, que asisten a las funciones por el doble interés de las películas y la reunión social que se forma en la sala.



Sociales

Señorita Matilde Noceti Campos,
cuyo enlace con el señor Jorge
Rodríguez se efectuó en el domi-
cilio de la novia.



Señorita Silva, recientemente des-
posada con el señor De Stéfano.
La ceremonia religiosa se reali-
zó en la residencia de la con-
trayente.



Señorita Aída Motti
cuyo matrimonio
con el señor Carlos
Troglio se llevó a
cabo en el domicilio
de la novia.



Señorita María Zu-
lema Matienzo, des-
posada con el señor
Romualdo Sáenz, en
la iglesia de San
Miguel

Fots. Pérez.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Abrigo de drapella color negro, adornado con tiras cortadas en dirección diferente. Rico adorno de zorros enteros, color beige. — 2 — Elegante traje ejecutado en "breitschwantz" negro, guarnecido con bieses de satén. Cuello y lazo de érmina.



3 — Traje confeccionado con encaje grosella sobre fondo de satén del mismo tono. Cinturón de duvetina y piel oro. 4 — Lindo abrigo para la tarde, ejecutado en satén negro y "breitschwantz".